



Los andamios de la ira

Publicado por EDICIONES LA CÓPULA



los andamios de la ira

la
cópula
Serie Cuero Duro



la Cópula

Serie Cuero Duro

Publicado por **EDICIONES LA CÓPULA**
Casilla 52839, Correo Central, Santiago
Correo electrónico: lacopula@bigfoot.com
Página web: <http://lugar.de/copula>

1ª edición, julio del 2000

Fotografía de portada: **EDICIONES LA CÓPULA**

Diseño y diagramación: **EDICIONES LA CÓPULA**

Impreso en Chile por LOM, FONO 6885921, SANTIAGO

Permitida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso previo de los editores citando la fuente.



TRANSPARENTEMENTE FORMAL

(O PARA QUE DESPUÉS NO DIGAN QUE ESTAMOS FUERA DEL ESTADO DE DERECHO)

La necesidad de querer respuestas no se encarga sino que se asume y se le saca punta para que los otros respondan. De ahí que tomemos la palabra y los sentidos para aportar a un debate a cerca de los encapuchados, la capucha, la violencia política y las subjetividades sociales. Con la pretensión en alto y las inhibiciones guardadas en el baúl de la distancia asumimos la tarea de desterrar la ignorancia e irrumpir dentro de los discursos totalizantes para dar la pelea en el nicho fértil del sistema: el sentido común. Sin pedir permiso hacemos suya y nuestra la libertad de expresión, de debatir, de provocar, de proponer y copular conocimiento.

Las ocho dagas que tambalean en **los andamios de la ira** son las miradas oblicuas de distintos sujetos sociales, sus argumentos hablan por ellos, el debate es de todos. De nosotros (el Colectivo Literario "La Cópula") son los textos "**La estética de la capucha**", "**Las caras y las máscaras**" y "**Siete comunicados**". El del académico Carlos Pérez ("**Apuntes sobre ultra izquierdistas**") fue recuperado de una muralla de la

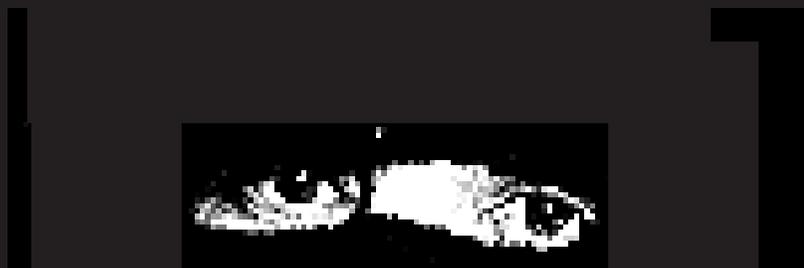
Universidad ARCIS tras los incidentes de agosto pasado, en que resultó herido un carabinero luego de ser alcanzado por una bomba molotov. El artículo de Fernando Villegas ("**A qué obedece el surgimiento de grupos universitarios revolucionarios**"), fue tomado de una columna de opinión del diario La Tercera. "**Corran los autos' o el encapuchamiento de la memoria**" es una ponencia de la académica, Olga Grau, presentada en un congreso realizado en la Universidad de Chile. Mientras que los textos "**La capucha no oculta, al contrario, muestra**" de Alejandro Cid y "**Rompiendo el cerco**" de Nicolás Castro llegaron por correo.

Y no es que uno se ponga el parche antes de la herida, pero es que en este país la lengua y la pluma son los regalones de la justicia y los cariños censores que amasan el cuerpo después de tanta querrela y leyes dictatoriales. Así que por eso siempre es bueno dejar las cosas en claro, para que quienes se quieran querrellar y censuren el libro piensen bien la figura legal que aplicarán para solventar sus acciones.



INDICE

NON FACIE	7
La estética de la capucha Rodrigo Soto	11
Las caras y las máscaras Ernesto Guajardo	17
«Corran los autos» o el encapuchamiento de la memoria Olga Grau	31
¿A qué obedece el surgimiento de grupos universitarios revolucionarios? Fernando Villegas	39
Apuntes sobre ultra izquierdistas Carlos Pérez	41
Rompiendo el cerco Nicolás Castro	53
La capucha no oculta, al contrario, muestra Alejandro Cid	61
Siete Comunicados Mabel Vargas y Gonzalo Rojas	69



La capucha es como la versión de un felino que nos mira en la calle. Sus ojos entierran agujas en la esquina del otoño donde interpretamos el secreto del abismo. Es como el pájaro Chucao y su canto libre en el bosque. Siempre arriba de un árbol, atrás de un tronco; la barricada sencilla del bosque húmedo envuelto por la niebla y las enredaderas. La capucha es como el Chucao que grita. ¡Canta Chucao!, no lo vemos, en el silencio inmenso del bosque hace estallar su voz. Chucao es un pájaro anónimo. La capucha es como el pájaro Chucao de la Selva Negra, donde encontramos al fuego interpretando el silencio del sur de América.

(Leubú)

CAPUCHA f. Especie de capilla unida a varias prendas de vestir: *echarse la capucha por la cabeza.* || Acento circunflejo.

NON FACIE

los pobres, me olvidaba del rostro de los pobres. ¿cuánta hazaña hay tras la máscara? (en este caso pasamontañas, adentromontañas, sueñamontañas).

ay del hombre que intente ver el rostro de dios, y ay del rico que intente ver el rostro sucio de dios, en ellos, en nosotros, en la moneda al aire que a veces es tú y a veces es yo.

bien, como dicen las escrituras: «No puedes ver mi rostro, porque ningún hombre puede verme y sin embargo vivir», ya que su rostro es la más pura verdad, y la verdad mata a quien no entiende, como matan los rayos al astronauta ingenuo que intenta el velo develar.

políticamente hablando, la raíz de la verdad araña los pies de este suelo seco, golpea sin miramientos los pulcros bordes de esta bóveda incipiente, y fluye como un manantial desesperado, y galopa destrozando los espejos de los cinco continentes. ¡adelante carabelas de la sangre!, ¡adelante pies monumentales como un pulpo desobediente!, es todo de uno y todos en uno navegando por los mares como un gran pájaro vidente.



y al igual como los hombres no pueden ver el rostro de dios, los ricos no pueden ver el rostro de los pobres sin riesgo de muerte. ¿qué hay tras la daga luminosa?, ¿qué hay tras el faro violento que el cielo gime?, ¿qué hay tras el follaje de esos locos espejos?, ¿qué hay tras sueños ocultos como a r d i e s ? ay del insensato que intente levantar el velo de dios, no hay a ú n hombre alguno que pueda comprender el vendaval de la verdad. ay del rico que intente ver el rostro pobre de dios, no hay aún mísero alguno que logre ver en estas aguas el gran espejo en llamas devorando las mansiones de la ciudad. ya que no hay que olvidar: antes que un rico llegue al reino de los cielos, habrá de pasar un camello por el ojo violento del puñal.

así sea dicho. así sea escrito.

los ojos de los pobres acechan tras las delgadas ventanas, y es sagrado el sudor que cae, como sagrado es el pasamontañas, adentramontañas, sueñamontañas, símbolo de la sagrada e inviolable libertad en igualdad.

así sea dicho. así sea escrito. así sea hecho.

hasta que caigan todas las máscaras y la verdad no sea más que una mesa o una silla para reposar.



capuchón







LA ESTÉTICA RODRIGO SOTO * DE LA CAPUCHA **

(o el reencuentro de la subjetividad política)

Interrompiendo la estética del consenso y la reconciliación por decreto, aparecen cada cierto tiempo para recordarnos, a través de su acción fugaz y violenta, que existe un cuerpo abstracto que no está dispuesto a sumarse a la normativa global vigente. La polera sudorosa que cubre el rostro del estudiante, el poblador, el mapuche, el trabajador, se ha transformado en un símbolo mediático que fractura –aunque sea por un instante– los pliegues de nuestra transición democrática. Resulta curioso, pero más allá de la barricada en la calle, la motov y el enfrentamiento con la policía, lo que inquieta a la mayoría del espectro político y social del país, es la estética de la capucha.

* Periodista. Colaborador de *Punto Final*.

** Este artículo fue publicado en *Punto Final*, 34(456):16-17, en su edición del 15 al 28 de octubre de 1999, con el título “Los ojos detrás de la capucha”.



Ese acto transgresor, contradictorio y ritual, de ocultar la identificación para resguardar la identidad, da para muchas lecturas y análisis. Sin embargo, una vez más, los medios de comunicación, los partidos políticos, el gobierno y los centros de estudio han optado por abordar este fenómeno social desde una mirada reduccionista, parcial y cargada de juicios valóricos. Hablar de los encapuchados como “*violentistas*”, “*lumpen*”, “*antisistémicos*”, “*anarquistas*” no resuelve, ni explica nada. Detrás de ese juicio oficial categórico, que no intenta problematizar al encapuchado y la capucha, se esconde el miedo a mirarse en un espejo y reconocer que el maquillaje aplicado desde el noventa no es tan homogéneo y cautivador como se pensaba.

Pero para eso aún falta mucho. Las ganas de generar un debate social, con respecto a la violencia que manifiestan los encapuchados, se diluye cuando las miradas son más agudas y se encuentran con que no

sólo los estudiantes se encapuchan, sino que también los pobladores, empleados, mapuches, portuarios y quizás quién más en el futuro. Entonces, después de observar la imagen de un padre de familia con su rostro cubierto y peleando en las calles del puerto para que no privaticen su actividad laboral; o ver a un grupo de mapuches encapuchados, en una colina de la IX región, decididos a recuperar sus tierras, uno se pregunta *¿por qué la capucha, para qué incorporar en el acto reivindicativo un elemento tan controversial?, ¿será sólo por seguridad o es un acto simbólico, que engloba distintas subjetividades que aún no tienen un contenido definido?*



La capucha:

¿una propuesta política estética?

No es lo mismo hablar de la capucha y los encapuchados, es necesario afinar un poco más la mirada, desperdiciarse un poco del juicio valórico a priori, congelar el sentido común aunque sea por un instante, en fin, es necesario querer un debate, enfrentar el significante y el significado, desterrar el prejuicio, los estereotipos y perder el miedo a teorizar sobre el presente. La capucha no mueve a los encapuchados. Sólo es una máscara, un elemento técnico que representa, que los hace visibles cuando quieren, que es capaz de dinamizar y alinear a sujetos frente a una fecha ritual o un hecho coyuntural. Sin embargo, y aquí se esconde lo interesante, la polera cubriendo el rostro ha gatillado que su uso se extienda, vaya más allá del enfrentamiento callejero, protagonizado por su actor principal de los últimos años: los estudiantes, para hacerse carne y protagonista en otros actores sociales del país.

Estamos hablando de un símbolo político, de una propuesta estética que representa un cúmulo de imágenes tan contradictorias como su

historia; hablar de la capucha es recordar al Ku Klux Klan, alzar un poco la mirada y encontrarse con los paramilitares de Colombia y México, bajarla y recordar a los tribunales sin rostro en el Perú de Fujimori, pero también es recrear un mítico Marcos en la selva Lacandona, ver en la televisión por cable como en Bolivia, Ecuador, Venezuela y El Salvador estudiantes encapuchados defienden la universidad frente a la privatización global de comienzos de siglo.

La capucha es una imagen, una propuesta que subvierte, o como dice la editorial de la revista literaria *La Cópula* (...) *“La capucha no es buena ni es mala, o al menos no se alimenta de juicios de valor. La máscara se alimenta de usted mismo, no requiere de justificaciones tal como usted no las necesita para vivir, usted ES. A lo más, la capucha requerirá de una mirada más aguda que vaya, esta vez sí, directamente a los ojos”*, pues bien, dialoguemos con esos ojos que brillan en nuestro país tras una capucha.

El ejercicio del anonimato tras una capucha se puede englobar en dos dimensiones: una técnica y otra estética, ambas son complementarias, no excluyentes. En una predomina más la seguridad, en la otra lo estético, como excusa para la posible propuesta. Javier, profesional joven, treinta años, se hace cargo de su capucha *“yo creo que los que venimos de los ochenta que nos encapuchamos, lo hacemos por una necesidad técnica, en los ochenta jamás se pensó esto como discurso estético o comunicacional, creo que en los cabros de los noventa esto cambia, también se encapúchan por seguridad, pero le agregan un simbolismo, en ellos hay una voluntad de decir, en un gesto, cuál es su posición con respecto al sistema político en que están”*. Por su parte Marcela, 22 años, pobladora de la zona sur, agrega que *“la capucha es algo simbólico,*





que connota una historia en diferentes momentos, que quiere decir algo más. Cuando, a través del tiempo, me comienzo a identificar con esa acción, me tapo."

Pero, paradójicamente, la acción de encapucharse envuelve una provocación no sólo al sistema, sino que también a los propios encapuchados. Porque no son pocos los que se cuestionan qué hacer con la capucha, hacia dónde llevar toda esta expresión de descontento, cómo dotarla de un valor agregado. Para Mabel Vargas, presidenta del centro de alumnos de la Facultad de Filosofía y Literatura de la Universidad de Chile, la capucha representa todo un problema y un desafío: "el problema es que algunos grupos de encapuchados se han quedado con una máscara absolutamente vacía de contenido político. Yo no veo el problema en la máscara o en la barricada, veo el problema en que se ha convertido en un muñeco que a veces en su interior no tiene prácticamente nada, no lleva explicación, no lleva propuesta. Hay que potenciar a la capucha de un contenido político, de un discurso que pueda llegar al objetivo de crear conciencia y llamar la atención sobre la gente". Javier también se hace cargo de la autocritica, pero hace hincapié en un punto: "El contenido político está en todos los encapuchados, no entiendo lo político como una acción necesariamente desarrollada a partir de la consciencia, yo creo que lo político puede expresarse a través de lo inconsciente".



La imagen que proyectan los encapuchados, y que es recibida por la sociedad, es variada, construida en gran medida por los *mass media*. Todo dependerá del contexto de la acción, las consecuencias de la misma, y la masividad que pueda tener la irrupción. Basta recordar el primer semestre de 1999, cuando el movimiento estudiantil paralizó las universidades. "Hubo un momento en que en todas las universidades del país surgen encapuchados. En la opinión pública hay una condena al acto en sí (encapucharse) pero simpatizan y adhieren a la causa del estudiantado", comenta Mabel. Lo mismo ocurre para el once de septiembre en las poblaciones, pero hay diferencias que llevan a aceptar o no la capucha, "el 29 de marzo, (día del joven combatiente), cuando salimos en la población todos los viejos nos cerraron las puertas, tuvimos que correr cuadras y cuadras para salvarnos. Sin embargo, para el once de septiembre fueron muchos los que nos abrieron las puertas de sus casas, esto es así porque hay algunas acciones que ellos validan y otras que no los representan, depende de la experiencia histórica de cada sujeto y de su representación simbólica", explica Javier. Con rabia e increpando este tipo de actitudes del imaginario de la izquierda tradicional, Francisco, un joven poblador de la zona sur, arremete: "Ellos (las generaciones anteriores) se olvidan de que nosotros también somos el pueblo, que hay un sector de la juventud que se la juega más que por la nostalgia, por nuevas necesidades que surgen".

Nadie debiera ser neutral frente a la capucha y los encapuchados, con esa postura no se hace otra cosa que evadir el debate, quizás haya que partir por casa, o por Facultad, como a la que pertenece Mabel, en donde "la discusión se mueve entre la aprobación incondicional y la descalificación, no hay un trabajo serio de reflexión en este sentido. Pareciera que en las últimas semanas el tema comienza a moverse un poco más y po-



Una black and white photograph of a young woman with dark hair, wearing a light-colored shirt. She is wearing a white cloth or mask over her face, with only her eyes visible. She is looking directly at the camera.

dría generarse un debate interesante sobre este tipo de prácticas".

Un croquis en construcción

La capucha y sus protagonistas han llegado a transformar su accionar en un rito predecible, en lugares predecibles, en fechas predecibles, y frente a eso el Gobierno, los medios de comunicación y la policía son capaces de elaborar en torno a ellos discursos totalizantes que dan cuenta de su accionar, creando para ello perfiles de delinquentes y jóvenes "antisistémicos", incapaces de elaborar propuestas a largo plazo. Sin embargo, y pese a sus esfuerzos, aún son discursos vagos, efímeros, contruidos para bajarle el perfil al asunto, evadir el conflicto una vez más.

Como lo demuestran las opiniones de Fernando Villegas, en su columna del diario *La Tercera* al "analizar" a los encapuchados. *"Pululan bajo el alero de todas las formas concebibles o imaginables del progresismo sexual, ambiental, político y económico; se codean unos a otros en la promiscuidad de muchas variedades de sectas con nombres de fantasía que a veces recuerdan a los grupos Heavy Metal. Y su diagnóstico continúa: "En algunas de esas sedes 'de estudios' la mezcla es delirante: conviven en sórdido revoltijo democratacristianos de izquierda con las yeguas locas del Apocalipsis, histéricas con peinado pre-mojado de manifestación callejera con profesores deseosos de cobrarle al mundo facturas personales a través de sus alumnos, comunistas con socialistas, rodriguistas con estalinistas y junto a todos ellos, para los grandes días de protesta, lumpen auténtico importado de las poblaciones."* Pero Villegas va más allá y señala: *"Si acaso Carabineros les rompe una uña, se prefigura instantáneamente un caso de 'violencia excesiva'; si los detienen, llueven los paros solidarios y las huelgas de hambre; si*



los juzgan, se trata de mártires inocentes. No tener otra vez 18 años para sumarse a la diversión"...¹

Quizás para Villegas sea divertido tener que encapucharse para defender el derecho a educarse, mientras paralelamente se trabaja repartiendo balones de gas, como lo hacía el estudiante Daniel Menco, asesinado por carabineros el año pasado, en Arica. O tal vez sea parte de la diversión, y de la acción profesional de carabineros, disparar por la espalda a la estudiante Claudia López, durante las protestas del once de septiembre de 1998, en la población La Pincoya.

Se los acusa de violentistas, rupturistas, infiltrados, que aman la violencia y que pertenecen a la ultra izquierda, que se

agrupan en torno a pequeños colectivos universitarios. Se dice que son marginales, carentes de una ideología, que privilegian la acción directa, que son anarquistas y que abrazan todas las causas reivindicativas que puedan aparecer. En fin, se los llama "protoanarquistas", término acuñado por el analista Guillermo Holzmann, del Instituto de Ciencias Políticas, de la Universidad de Chile, y que ha encontrado gran difusión en las páginas de *El Mercurio* y *La Tercera*, desde el año 1997. Pero eso no explica por sí sólo el fenómeno. Cómo comprender que sujetos tan diversos se junten para irrumpir violentamente en cada jornada de protesta. Frustración, acción política reivindicativa; cansancio de ser excluidos; rabia

¹ VILLEGAS, Fernando. "¿A qué obedece el surgimiento de grupos universitarios revolucionarios?", *La Tercera*, 12 de septiembre de 1999. Este artículo se reproduce, íntegramente, en las páginas 39-41 del presente libro.



contra todos los ámbitos del sistema: sí, todo eso, pero falta algo más importante, y no es otra cosa que la de haber nacido y crecido en una sociedad violenta, administradora de una violencia que trasciende los márgenes políticos. Las secuelas de nuestro pasado son las *venas abiertas* de Chile que se mezclan con la capucha, los encapuchados, junto a todos los otros que hacen vista gorda y se pierden en la cotidianidad.

Resulta peligroso desplegar sólo el uso de la violencia, como continuidad necesaria para superar el proceso traumático de la dictadura. El quedarse en esta lógica implica riesgos, agota a sus protagonistas, motiva irresponsabilidades y al final termina por no construir nada, para Javier *"la violencia es un método, es un entrar y salir, pero en absoluto es un fin, siento que muchos jóvenes lo toman como un fin"*. Pero, cómo marcar la pauta, hacerse responsables, si no hay una dirección que conduzca las explosiones de descontento. Según Javier, la responsabilidad vendrá en un tiempo cercano y se hace necesaria para generar un proceso de construcción. *"A medida que dotemos a la capucha de contenido, los grados de irresponsabilidad serán menores porque el que está encapuchándose por jugar, va tener que terminar de hacerlo o aceptar las consecuencias políticas de lo que está haciendo"*, afirma.

La conducción de los encapuchados está dada por las sensibilidades que, en el terreno de las subjetividades, encuentran su punto de encuentro, ahí radica su fuerza movilizadora. El problema para quien quiera destruir o capitalizar estas acciones, es que no hay un cuerpo concreto al cual golpear, no hay substancia, lo que existen son pequeñas organizaciones que, por el momento, no logran agrupar en un solo gran referente todas estas sensibilidades.

Mientras no se realicen cambios estructurales en el conjunto del sistema, los encapuchados seguirán apareciendo. Al respecto, algunos de nuestros

entrevistados fijan sus posiciones. Para Francisco *"mientras haya pobreza, haya injusticia, el proceso nunca se va a cortar, la única forma que tienen para cortar esto es a través de la represión, y en ese contexto yo seguiré encapuchándome"*. Mabel problematiza la imagen de su Facultad asociada a los encapuchados. *"Si lo único que se ve en la Facultad de Filosofía y Humanidades son encapuchados, es porque también han sido los únicos que hacen críticas, que a lo mejor aportan o no, pero son ellos los que se han planteado el tema de la memoria, el dolor, la rabia, la injusticia y deciden actuar por ello"*, señala. Por su parte, Javier visualiza una capucha con contenido propositivo: *"atrás va quedar lo reactivo, hay que evadir el rito, debemos empeñarnos en dotar a estas formas de lucha de un discurso, de un contenido"*.

La capucha, símbolo político disperso que provoca, que rompe la cristalización del consenso de una década, que se muestra precaria, reactiva, violenta, pero a la vez tan cercana, tan válida y atractiva. Los encapuchados son el croquis tenue de una cartografía nacional marcada por los trazos verticales, son ellos, ellas y otros, que se encuentran tras la danza frenética de la salida a la calle, el enfrentamiento, el repliegue y la construcción en el anonimato.



IMAGINA QUE
TU CARA ES UNA
MÁSCARA.



AL FIN Y AL
CABO, ESO
VIENE A SER,



UNA MÁSCARA.



QUE MIRA HACIA
AFUERA.



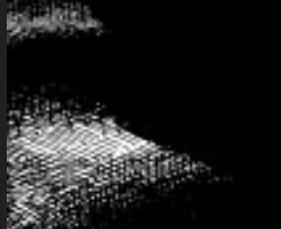
QUE LLEVAS
DESDE EL DÍA EN
QUE NACISTE.



QUE OBEDECE
A TUS MENORES
ÓRDENES
MENTALES.



QUE VEN TODOS
CUANTOS TE
ENCUESTRAS.



PERO QUE
TÚ NO VES
NUNCA.



AHORA
ABRE SUS
OJOS.

BASTA
CON QUE LO
PIENSES. LA
MÁSCARA
OBEDECERÁ





LAS CARAS ERNESTO GUAJARDO * Y LAS MÁSCARAS

*“Luchamos ahora contra una dirección.
Pero esta dirección morirá, eliminada por
otras direcciones
y entonces nadie entenderá nuestros
argumentos en su contra; no comprenderá
por qué hubo que decir todo eso.”*

(Ludwig Wittgenstein)

*“La humanidad no fue traicionada por las
empresas intempestivas de los revolucionarios
sino por la sabiduría contemporizadora
de los realistas.”*

(Horkheimer)

*“Yo sé que me están cagando,
hace mucho tiempo que lo sé.
Lo que yo quiero saber,
es cómo salgo de esta mierda.”*

(Francisco Ramos)

Siempre tuve problemas con el pañuelo. Problema estructural: una nariz aguileña, que cae buscando el abismo, solía llevarse el trozo de género en su caída. De ahí la constante necesidad de anudar, una y otra vez, sus extremos tras mi nuca.

Una vez exageré el nudo: al momento de volver a casa no podía deshacerlo. Bajé el pañuelo de mi rostro, y quedó instalado en mi cuello, con una reminiscencia de vaquero. Vino en mi ayuda la Chica. Traía entre sus manos una tijera, obtenida quizás dónde, y una sonrisa. Luego, el

helado metal rozando mi piel, y un breve *clic* de hojas metálicas cerrándose y cortando.

No lo boté, lo guardé en el bolsillo –contraviniendo las normas–. Me propuse acoger esa anécdota en mi baúl de memorias.

Ahora lo tengo ante mis ojos, y escribo. Recuerdo:

*todos esos gestos ya no estarán,
quizás retornen en algún instante,
extenso o intenso como los que vivimos,
pero ya nunca serán los mismos,
ya nunca podrán ser lo que eran.*

todos esos gestos:

* Poeta. Ha publicado *Por la patria* (autoedición, 1989; Ediciones La Cópula, 1997); *Nosotros, los sobrevivientes*, (Editorial Mosquito, 1994); *Las Memorias* (Red Internacional del Libro, 1996).

tus ojos mis ojos solamente
 únicos destellos en nuestros rostros cubiertos.
 mi mano derecha en alto el dedo índice
 acariciando el guardamonte,
 mis labios moviéndose tras ese tejido de lana.

todos esos gestos esos detalles
 esos fugaces momentos en que nos observábamos
 y todo parecía posible...

Me canso de recordar. Sirve, pero no basta.

Era la década de los ochenta, y los encapuchados no suscitaban tanta emoción comunicacional como, particularmente, ocurrió a mediados del año pasado.

Extenso sería enumerar todos los lugares comunes al respecto. Que los encapuchados son infiltrados o provocadores; que no lo son, pero sus formas y métodos invalidan sus opiniones; que no tienen opiniones, y por eso hacen lo que hacen. En fin.

Son los noventa, y si es cierto que nadie se relaciona *de la misma manera* en contextos idénticos, menos podría intentar explicar el *hoy* únicamente con el *ayer*. *Todos esos gestos ya no estarán/ quizás retornen en algún instante,/ pero ya nunca serán los mismos.* ¿Acaso no era McLuhan el que decía que acostumbramos entrar en el futuro, mirando en el espejo retrovisor el pasado? Los riesgos de accidente son evidentes.

Otro tiempo, otros textos. No necesariamente otra direccionalidad del discurso; la flecha perdura hacia el norte.

Partamos por la calle. Es decir, por manifestantes en la calle. Precisemos. Manifestantes encapuchados en la calle. ¿Qué son?



Entrando en materia

Si era cierta la consigna de los manifestantes estadounidenses que se oponían a la participación de su país en Vietnam, a finales de los años sesenta, existe un desplazamiento que va del *disentimiento* a la *resistencia*.

Yo disiento. Peleo con el ministro que aparece en la pantalla de mi televisor. Critico la política económica en la intimidad de mi cocina.

Yo resisto. Me convoco a integrar una marcha, autorizada o no. Escojo en ella la forma de manifestarme que me parece más correcta.

Del disentimiento a la resistencia. Es decir, del espacio de lo privado a lo público; de la opinión a la acción material. (No me agotaré en deslindar las sutilezas que ligan lo público con lo privado o en explicar que la opinión puede ser *una* de las formas de la acción, ni tampoco referirme a las variadas formas que puede asumir la resistencia o el disentimiento).

En fin.

Las dos palabrejas señalan un tránsito, un desplazamiento. No son excluyentes, por el contrario, se complementan y extienden mutuamente.

¿Cuándo surge la resistencia?

Supone la reacción frente a algo, o un movimiento en favor de algo. En cualquiera de los dos casos, estamos ante las consecuencias de un conflicto.

Habría que indagar, entonces, sobre las condiciones generales de *surgimiento* y *presentación* de un conflicto social. Busco apoyo en Ramón Reyes (que, si supiera algo de él, se los contaría).

Para Reyes, una situación se define como conflictiva cuando las "condiciones originarias de relación cambian, las condiciones de fijación de esa relación, asimismo, varían, o el beneficio gratificante deja de tener el interés, intensidad, amplitud u oportunidad que inicialmente poseyera."

Surgen dos visiones de textos: la propuesta programática de los



dos gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia y los bandos de la dictadura militar. ¿A cuál de los dos discursos, ofrecidos al país, le colgaremos el ropaje de un acuerdo social propuesto y no cumplido?

“El conflicto [prosigue Reyes] puede ser provocado unilateralmente, cuando una de las partes, por ejemplo, entiende que esas condiciones [de relación] no se cumplen o ese beneficio no se da. La otra

parte, a su vez, podría acusar dicha provocación, como desarraigo del interlocutor *en crisis*.”

Interlocutores desarraigados: todos aquellos manifestantes que, utilizando determinadas formas de lucha, terminan con un estigma sobre sus cuerpos: desadaptados, delincuentes, irracionales, etcétera doble.

“Cuando el equilibrio no puede mantenerse por más tiempo, la *tolerancia* se convierte en *denuncia* militante y se busca con urgencia un nuevo orden de relación y disfrute en condiciones diferentes y, si es preciso, también con otros agentes”, propone Reyes.¹

Piedras, bombas incendiarias, rostros cubiertos, *no son las formas de manifestarse*, se señala desde las oficinas del Poder. *No lo son*, reitera

¹ REYES, Ramón. “Sobre la inmediatez: (seudo) sociología de la vida cotidiana”, incluido en *Conocimiento y comunicación*; R. Reyes, O. Ura, J. Vericat; editores, (Barcelona, Montesinos, 1989), pág. 220. (*Sociedad y conocimiento*, 1). [Las cursivas son del autor].

el coro monocorde de la mayoría de los medios de comunicación. Entonces, ¿cuáles serían esas formas aceptables o tradicionales de *expresar* una disidencia, esto es, hacerla resistencia? Uno puede suponer que la solicitud de una entrevista, una conferencia de prensa, una sentada en la vía pública o desnudarse en pleno Paseo Ahumada, (todo ello a rostro descubierto, obvio), podrían ser formas más soportables para la buena imagen de una democracia que todavía no se realiza en su definición mínima; para una *transición* que se eterniza en el transcurso del tiempo, y que me hace recordar los carteles en los negocios del barrio: *Hoy no se fía, mañana sí*.²

² Sin embargo, las formas de expresión que se citan en este párrafo se aproximan más a la disidencia que a la resistencia. Aceptar la disidencia no representa ningún problema para el Poder; en una democracia se disiente, señala, no se resiste. Al respecto, y considerando la abundancia de *mesas de diálogo*, que ha implementado el gobierno de Lagos, me parece interesante citar la siguiente reflexión de Franz J. Hinkelammert:

“Aparece otro utopismo (...) se trata del utopismo de la democracia dialogante, en la cual todos dialogan entre sí y pueden hacerlo, porque sus intereses ya no chocan. El mercado los ha armonizado y, por tanto, el libre diálogo entre los hombres es posible al fin. Ser democrático es discutir sin que florezcan conflictos de intereses. Ya no hace falta chocar, todos se entienden. Y se pueden entender, porque los conflictos de intereses están resueltos. En esta democracia dialogan almas puras, ángeles sin cuerpo, sin chocar jamás. Este utopismo de la democracia dialogante permite ahora determinar al malo. Es aquel que rompe el consenso producido por la armonía de los mercados y transforma el diálogo entre almas en una confrontación de intereses conflictivos. Pero esta democracia sostiene que no hay intereses conflictivos; la magia del mercado los armonizó. Si a pesar de eso se presentan conflictos, hay maldad, conjura en contra de la libertad, mala voluntad, ansia irracional de poder. Por tanto, sus promotores son demonizados. Ocurre algo que para estos ideólogos de la armonía es completamente inexplicable. Su reacción será defender la democracia.”

Hinkelammert, Franz J. “Democracia y nueva derecha en América Latina”, *Nueva Sociedad*, (98):105, noviembre-diciembre de 1988.

El *mañana*, sin embargo, no necesariamente puede significar lo mismo para todos. Para unos el mañana puede ser la prolongación de una espera que, de tanto extenderse, se torna en natural. Para otros, el *mañana* es tarde, porque su última carta se la están jugando en el hoy. ¿Y si se acaba la paciencia?, ¿entonces, qué?

Un *pedrazo es un ejercicio de violencia*, dice el Poder. ¡Por supuesto que lo es! Pero un *ejercicio ilegal e irracional*, precisa el mismo rostro.

Vamos por partes.

Su violencia y otra más

Podría continuar con las repetidísimas frases que preguntan si acaso un orden económico como el actual no es, también, violento; así como la censura cinematográfica, o tantas otras violencias que se podrían inventar en la actualidad de esta geografía. Estamos hablando de una violencia que no se ejerce, necesaria y frecuentemente, con disparos o electricidad, pero que existe, y quienes la sufren o resisten lo saben mejor que nadie. Pero esa violencia (*estructural*, aunque se acusa de trasnochado el concepto) no es el gran problema nacional. Ese lo constituye esta *otra* violencia, la que se ejerce desde abajo o desde fuera de los espacios del poder instituido. Yo *prefiero el caos, porque es violento tu orden*, cantan/vociferan *Los Miserables*. Antes que ellos, pero muy cercano, el poeta Mauricio Redolés había lanzado su *Yo prefiero el caos, a esta realidad tan charcha*.³



³ Para visiones más clásicas respecto del problema de la violencia, puede consultarse, desde una perspectiva liberal *La marca de Caín. Estudios sobre la violencia humana*, Fredric Wertham, (ver "Sangre y pintura al óleo", págs. 309-340). Desde una perspectiva marxista, la obra de Cristóbal Caudwell, *Una cultura moribunda: la cultura burguesa*, (México, Grijalbo, 1970); en particular, el ensayo "Pacifismo y violencia: (un estudio de la moral burguesa)", págs. 55-85.

Trataré de evitar la mala leche y los lugares comunes; las frases, de tanto reiterarlas, van gastando su significado.

La condición de legal/ilegal la define la autoridad y la consolida en el sentido común. Violencias buenas *versus* malas violencias. Precisemos.

Lo punible, lo ilegal, –nos dice el tal Reyes– es "cualquier desviación con respecto a un determinado equilibrio o a una determinada organización del sistema de relaciones e intercambio.

Esa distribución de funciones dentro del sistema puede convertir lo punible en loable/premiable y viceversa, según se tenga encomendado o no el ejercicio de una puntual o sectorial represión (...).

Ahora bien, ya que las leyes necesitan de infractores potenciales, reconocibles, en consecuencia, por *sus culpas* –aunque la inculpación sea competencia de una *alteridad cualificada*–, los controladores del sistema han de mantener la amenaza de su aplicabilidad discrecional, si desean que las correspondientes leyes sigan manteniendo su vigencia más allá de su eficacia.

La *tolerancia* no es aquí otra cosa que la demostración de impotencia o ignorancia –real o supuesta– de los tolerantes, por lo que al campo de aplicación de las leyes se refiere: las leyes dejaron de cumplir su función originaria tan pronto como los administrados superaron las condiciones que originariamente las motivaron.

Es por ello, que con frecuencia se finge la igualdad. A base de repetirlo, es posible que al menos alguien –el legislador, por supuesto– termine creyéndose que efectivamente 'todos son iguales ante la ley'.⁴

Si creen que están en lo correcto, ¿por qué se tapan la cara?, fue el emplazamiento a muchachos encapuchados, por parte de una señora que marchaba rumbo al cementerio general, en la romería del once de septiembre pasado. He ahí funcionando la lógica de la *igualdad* en su totalidad. Curiosamente, es un



⁴ Reyes, Ramón. *Ob. cit.*, pág. 226.



discurso que acepta la existencia de una igualdad originada en la “recuperación” de una democracia formal e incompleta. Una *igualdad* contextualizada por un acuerdo –*consenso*, le llaman– que, probablemente, esa misma señora rechazaría en varios de sus componentes, a saber: la existencia de la impunidad, la ley electoral, otro etcétera. En definitiva, una *igualdad* contextualizada, determinada, por un *consenso* que la niega.

Otra expresión de esta mirada es lo que ocurrió en la universidad privada ARCIS, cuando algunos de sus integrantes propusieron el lema: *Yo doy la cara*. (Que original no es, se corresponde con la campaña televisiva del gobierno de Aylwin, ¿la recuerdan?, esa donde salía John Lennon, Pablo Neruda y Mahatma Gandhi, inicialmente cubiertos por un pañuelo o un gorro pasamontañas –aquí me naufraga la memoria–, para luego quedar al descubierto. El lema era algo así como: *ellos lucharon por sus ideas y no ocultaron su rostro*). Y, bueno.



Por cierto, la *ilegalidad* de determinadas formas de lucha no sólo se determina desde un punto de vista jurídico. También se puede construir esta misma significación desde la moral o la política, incluso, desde la psicología.

De ahí las adjetivaciones que, por ejemplo, intentan quitarle toda connotación política al uso de la violencia en las manifestaciones. *Sólo son delincuentes*, dicen los ministros. Y si no es la calificación, es la cuantificación: *son grupos minoritarios*, dice el presidente. Por último, todos al diván: *actos irracionales son*, diagnostica el obispo.

Precisamente aquí, Noam Chomsky tiene algo que decir:

“La resistencia puede ser emprendida, y creo que lo es muy generalmente, como un acto político. Cabe afirmar que está mal orientada, pero no que es *apolítica*.”⁵

Pero, el reconocer la condición de *política* a toda forma de resisten-

⁵ CHOMSKY, Noam. “Sobre la resistencia”, incluido en su libro *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: (los nuevos mandarines)*, (Barcelona, Ariel, 1969), (*Ariel quincenal*, 25), pág. 352. El subrayado es nuestro.

cia, no obliga a definir rígidamente las distintas maneras de manifestarse. “En realidad, [sostiene Chomsky] carece de sentido hablar –como hacen muchos– de tácticas y de acciones a las que se atribuye el calificativo de ‘radicales’, ‘liberales’, ‘conservadoras’ o ‘reaccionarias’. *Una acción no puede ser colocada por sí misma en una dimensión política plena. Puede tener éxito o no en la consecución de un fin susceptible de ser descrito en términos políticos.*”⁶

Resumiendo, toda forma de resistencia es política y podemos evaluar su efectividad o pertinencia, según la relación que tenga con los fines que se propone alcanzar; no a partir de una definición estática, (la cual tiende al establecimiento inmediato de juicios de valor: *la violencia es mala*, o buena, dependiendo de quién esté hablando); o utilizando clasificaciones que también tienden a la rigidez, cuando se confrontan con el desarrollo de los procesos sociales.

Desde Alemania (país donde, en la actualidad, el uso de la capucha está penalizado legalmente), Jürgen Habermas extiende la observación de Chomsky.

En 1987, el gobierno dio a conocer los resultados del estudio encomendado a la Comisión de Violencia. Dicha comisión examinó, como un todo, distintas categorías de violencia, las:

- *explosiones violentas de carácter apolítico* (vandalismo),
- *explosiones violentas de carácter político* (disturbios públicos),
- *violaciones simbólicas de las leyes* (sentadas y cortes de tráfico),
- *manifestaciones no pacíficas*, y los
- *actos de violencia políticamente motivados* (ocupaciones de casas y edificios, asaltos, atentados),

eran todos algo *similar*. Esto le llama la atención a Habermas, y señala: “es evidente que el mandante político sospecha que se dan relaciones entre la crítica radical, la inquietud de la opinión público-política, las manifestaciones de masas, las protestas que toman la forma de violación simbó-

⁶ *Ibid.*, pág. 361. El subrayado es nuestro.

lica de las leyes, los disturbios sin ninguna clase de objetivos y la violencia de motivación política. Desde este punto de vista, una difusa y difícilmente aprehensible crítica, que discute al Estado su legitimidad y desestabiliza la conciencia jurídica general, constituiría el primer eslabón en una cadena de acumulativa generación de violencia.”⁷

Por cierto, del mismo modo como Chomsky sostiene que toda forma de resistencia es política, el Poder pervierte la relación, y afirma que toda forma de desobediencia civil es violenta. Al menos, eso ocurre en el informe de la Comisión de Violencia, de Alemania. En él, “toda forma de desobediencia civil queda subsumida, sin más, bajo el concepto de violencia de motivación política.” Este juicio lo justifica la Comisión, al considerar que muchas formas legales de participación, (manifestaciones autorizadas), devienen en actividades ilegales, (sentadas, cortes de tráfico) e, incluso a veces, en acciones ilegales violentas (enfrentamientos con la policía, daños a la propiedad pública o privada).⁸

¿Será por ello que, en la actualidad, los organizadores de algunas marchas estructuran su propio anillo de seguridad interno, para evitar los desmanes de *infiltrados*, *provocadores* o *exaltados*?, ¿aquí estará uno

de los fundamentos de la lógica del ministro, que llama al estudiantado a *dejar solos a los encapuchados*, en un discurso que recuerda las estrategias de contrainsurgencia de los años sesenta (por eso de *quitarle el agua al pez*)?



Por la razón o la fuerza, dicen

La piedra y la *molotov*, pero también el gesto de cubrirse el rostro en las manifestaciones, son las formas de la violencia que se pretenden desterrar.

Para ello se han intentado varios caminos.

Uno de ellos ha sido mirar la historia de Chile, y proponer una lectura de remanso, de nostálgico atardecer en la playa. La tradición de Chile ha sido el diálogo, la negociación, se dice. Y, bueno, es cierto, si nos olvidamos de los períodos de la Conquista; la Colonia; la Independencia; los en-

sayos constitucionales; todos los enfrentamientos entre liberales y conservadores, a mediados del siglo pasado; la Guerra Civil de 1891; los golpes de Estado en el primer cuarto de siglo; el Gobierno de González Videla y la historia reciente que todos conocemos. Sí, en realidad, nos deben quedar algunas decenas de vida nacional en paz, con el agravante de que no son años continuos. En fin, nada es perfecto.⁹

Cuando a uno le traen a colación la historia nacional, la idiosincrasia

⁷ HABERMAS, Jürgen. “Monopolio de la violencia, conciencia jurídica y proceso democrático. Primeras impresiones de la lectura del ‘Dictamen’ de la Comisión de Violencia”, incluido en su libro *La necesidad de revisión de la izquierda*, (Valencia, Tecnos, [1991]), págs. 237-238, (*Cuadernos de filosofía y ensayo*).

⁸ *Ibid.*, pág. 244.

⁹ Al respecto, el historiador norteamericano Brian Loveman señala lo siguiente: “...en Chile nunca jamás ha habido una constitución verídica. Lo que ha habido siempre son constituciones impuestas por las armas, por los vencedo-



y otras yerbas similares, definitivamente termina anodado, ¡es demasiado! Pero, ¿qué son todas esas palabras?, la *identidad*, el *patrimonio cultural* que ha construido una sociedad, ¿qué es?

Walter Benjamin dice, por ahí, algo interesante:

"Quienquiera haya conducido la victoria hasta el día de hoy participa en el cortejo triunfal en el cual los actuales dominadores caminan sobre los que yacen en tierra. La presa como es costum-

bre es arrastrada en el triunfo. *Se la denomina patrimonio cultural.*"

Deseo compartir aquí el comentario de Carlos Pereda sobre esta cita. "Parte del botín que los poderosos dejan a sus herederos es el 'patri-

res. Ahora, yo creo que en Chile se confunde la estabilidad institucional relativa con democracia, consenso o legitimidad.

(...)

Nunca ha habido una democracia como yo la entiendo. Esto es, prensa libre, elecciones libres, con un sistema que representa al pueblo de verdad. Un país en que los conflictos no se manejen por leyes de seguridad interior del Estado. Un país en que los civiles no estén sujetos a la jurisdicción militar.

(...)

...yo estoy en desacuerdo con el concepto de los enclaves autoritarios, porque yo no creo que haya enclaves. Yo creo que el sistema es autoritario. No es que haya modalidades autoritarias –con eso obviamente coincido–, pero concebirlos como enclaves es un error. Imaginarlo así es desconocer que el punto del sistema es ser autoritario. Es un diseño, no es que uno pueda sacar una cosa u otra."

JÖSCH, Melanie. "Las suaves cenizas del olvido", *Rocinante*, 1(9):31, julio de 1999.

monio cultural' en tanto 'presa' de triunfo. (...) En la escuela de lo sublime nos hemos habituado a pensar en el 'patrimonio cultural' como aquello que redime y reconcilia con los horrores y las miserias de la historia, *no* como un fragmento más de esos horrores y miserias."¹⁰

Una presa. Eso es el patrimonio cultural. Pero una presa, no un cadáver. Una presa puede estar agónica, pero aún puede liberarse. Por eso es problematizante un rostro cubierto. Si no, mírese el caso de Chiapas.

Además, el patrimonio cultural no es universal para un país. Mi patrimonio cultural será evidentemente distinto al del lector que haya resistido hasta aquí el ejercicio. En las clases y sectores sociales ocurre lo mismo. El tan mentado patrimonio cultural, la identidad, la idiosincrasia, la historia, será muy distinta para el campesino que trabajaba en la hacienda, que para el dueño de esta. Y si eso es más o menos obvio, ¿por qué se propone, entonces, que existe *una* manera de hacer las cosas?, ¿*una* forma de expresar la disidencia?

Desde las máscaras al rostro

Los símbolos juegan aquí un papel relevante. Un rostro cubierto en una manifestación es un símbolo. De muchas cosas. Por un lado, evidentemente, es un recurso técnico. Se le dice al Poder: he perdido la ingenuidad con respecto a tus intenciones; me protejo. Pero además se construye, en el propio cuerpo, un territorio de poder, de un *contra-poder* –si se permite la figura–, en donde se desplaza al que se confronta, se le desaloja en el momento en que no se acepta la lógica formal del adversario, en el instante en que no se cree en su forma *única* de confrontación.

Por otro lado, la ausencia del rostro posee un efecto multiplicador: cualquiera de los allí presentes *podría ser*, y eso extiende aún más lo an-

¹⁰ PEREDA, Carlos. "Lecciones de la bajeza", en: *Sobre Walter Benjamin: vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*; edición a cargo de Gabriela Massuh y Silvia Fehrmann, (Buenos Aires, Alianza Editorial/Goethe Institut Buenos Aires, 1993), pág. 89.



terior, por cuanto inicia el proceso de construcción de una referencia identitaria que cualifica el gesto individual, y lo expande hacia el colectivo en el cual se ha generado. Si no fuera así, el plural perdería su significación: *obreros portuarios causaron graves disturbios en Valparaíso*, señala la prensa. No un sindicato, o una organización política, o *algunos* trabajadores portuarios. La referencia es al cuerpo social, independientemente de que la totalidad del mismo se haya expresado de la misma manera

Otras cosas se pueden decir sobre el ocultar el rostro.

Tal vez recordar que la primera causal para aplicar la, *legalmente* caducada, detención por sospecha, se refería “al que anduviere con *disfraz* o disimulando su verdadera identidad y se negara a proporcionarla cuando ésta le sea requerida”. En el caso del encapuchado, el reconocimiento, o la interpretación del concepto de *disfraz* no es una sospecha; el propio cuerpo que disiente le señala al Poder que se ha disfrazado, lo hace explícito, manifiesto, como una proclama o un inmenso anuncio publicitario. Así, el Poder no tiene la necesidad de sospechar o dudar: se encuentra, efectivamente, ante un *disfrazado*, el cual no se oculta a la mirada del orden, se enfrenta a ella, precisamente al ocultarse para destacar, para señalar con claridad su gesto.

La capucha se ha instalado como un código social. Ella se lleva sobre el cuerpo, y eso es interesante, porque, al decir de Pierre Guiraud, “el hombre es el vehículo y la sustancia del signo, es a la vez el significante y el significado.” Si esto es así, —y la capucha es el código escogido para participar, para *estar-en-el-mundo*, a través de ella—, quien la usa, pone de manifiesto su identidad y su pertenencia a un grupo determinado, al mismo tiempo que reivindica e instituye esa pertenencia. Así, la persona con su rostro cubierto es tanto el portador del código, como el referente

del mismo.¹¹

De hecho, lo que más le complica al Poder es la posibilidad de la instalación de esa pertenencia y esa referencialidad. Todo cambia, y lo sabe. “Es necesario no olvidar, que los códigos jamás tuvieron validez universal, ni que la potencialidad de *ser vehículo* que todo código contiene no es mayor porque sea precisamente ése el código considerado vigente por una *generalidad cualificada*”, sostiene Reyes.

Pero volvamos. Los símbolos también construyen poder, algo que el Poder sabe muy bien, y por ello trabaja para que sean *sus* símbolos los que sean aceptados por toda la comunidad nacional como los únicos.

Miremos un momento hacia atrás, veamos qué encontramos.

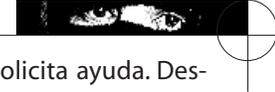
Perdiéndose en la biblioteca

Surge, nítido, el Poder reprimiendo los símbolos que construyen otro discurso, por lo tanto, otra dirección de acción posible y, eventualmente, otra manera de resolver los problemas.

Ibáñez no tuvo el *inconveniente* de los rostros cubiertos. Él se enfrentó a las banderas, bueno, no a todas, a una sola que le inquietaba. Estamos en 1925:

“La bandera *roja* no puede usarse como insignia dentro del territorio de Chile porque ella simboliza la anarquía y el desorden, el libertinaje y los peores horrores; en consecuencia, los oficiales de todos los grados instruirán a su personal de estas actividades capitales porque ha llegado la hora de darle una batida a los que creyeron que Chile había perdido hasta su dignidad. En el futuro el personal de Carabineros procederá de

¹¹ GUIRAUD, Pierre. “Los códigos sociales”, en el libro *Lenguaje, literatura y sociedad*, (San José. Costa Rica, Editorial Nueva Década, 1985), págs. 58-59; 65. El capítulo reproducido en este antología pertenece al libro de Guiraud *La semiología*, (México, Siglo XXI, 1974).



hecho contra los manifestantes que ostenten banderas rojas y les impedirá toda clase de manifestación, procediendo a destruir esas banderas."¹² ¡Pobres banderas!, nunca en su metafísica textil imaginaron tanto alboroto por su existencia. Ya suficientes problemas tenían con la mitología de los toros, y ahora ésto.

Ahora bien, el Poder no sólo necesita eliminar o neutralizar algunos símbolos. También requiere instalar los propios, aun cuando no siempre logre que todos comprendan su *verdadero* sentido. De eso nos da cuenta el escritor Carlos Pezoa Véliz:

“Por aquellos días de 1891, los periódicos clandestinos que hacían la propaganda revolucionaria con artículos dogmáticos y maldiciones en verso, pusieron de rabiosa actualidad la palabra *Constitución*. El vocablo de labio en labio, como si se hubiera intentado reunir en el modo de pronunciarla todo el respeto que guardaron por ella los estadistas de los primeros tiempos, desde Portales hasta Aníbal Pinto.

El Presidente Balmaceda había violado la Constitución. Las huestes libertadoras del general Canto defendían los derechos *constitucionales*... ¡Oh, la Constitución!

Hubo campesinos de las provincias australes que se la imaginaron un templo donde se guardaban los estandartes tomados en la guerra contra el Perú y Bolivia, o las cenizas de Arturo Prat. Y los niños, que allá en su inocencia hacen más bellas las cosas, figurábensela una inmensa mujer de cabellos rubios... ¡Hermosísima!

Aun escuché esta frase: ‘El Presidente Balmaceda se ha ido con todo el dinero que había en la Constitución.’”¹³

En fin, a qué seguir.

A estas alturas, uno quiere entender algo, y como la inmensidad

¹² ROJAS Flores, Jorge. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos*, (Santiago, Biblioteca Nacional, 1993), pág. 24. (*Sociedad y cultura*, 6). [El subrayado es nuestro].

¹³ PEZOA Véliz, Carlos. “El candor de los pobres”, en: *Antología de Carlos Pezoa Véliz: (poesía y prosa)*; selección y prólogo de Nicomedes Guzmán, (Santiago, Zig-Zag, 1957), págs. 165-166. (*Biblioteca cultura*).



del espectáculo abruma, se solicita ayuda. Desde Inglaterra, Graham Murdock viene solícito.

Buscando la puerta

Murdock sostiene que el establecimiento de un *consenso* nacional supone no sólo un acuerdo con respecto a las cuestiones de fondo, sino que también respecto a las formas en que éstas se encaran (discuten, negocian, confrontan). De este modo, por ejemplo, la actividad política puede llegar a identificarse exclusivamente con la actividad parlamentaria o la negociación sindical. Así, los sectores sociales involucrados quedan inicialmente marginados del debate, a no ser que deleguen su representación en otros, o bien que se expresen para ser considerados; expresión que debiera realizarse en las formas construidas y propuestas por el espacio del *consenso*.

Sin embargo, tanto la *supuesta comunidad de intereses*, como las formas de relacionarlos o confrontarlos ya están definidas. Por lo tanto, cualquier nueva forma que surja corre el riesgo de ser definida como inapropiada o “radical”. La discusión se centra, entonces, en las formas de acción, y no en las causas que las originan. *Los mapuches no deben tomarse las tierras*, se reitera una y otra vez. Pero, ¿por qué se las toman?, ¿por gusto? Ocurre que el establecimiento del consenso tiende a ocultar las causas *estructurales* del disenso. Y aquí no estamos hablando de platas más o platas menos, estamos hablando de las causas últimas que llevan a ese requerimiento. ¿Qué parte del Estado, o es su totalidad, la que falla, para que se produzcan las manifestaciones *violentas*?

En resumen, ¿por qué se busca convencer respecto a cuáles son las formas *válidas* de expresión?, ¿por qué se proponen formas *únicas*? Aquí, a riesgo de parecer anticuado, le cedo la palabra a Carlitos, el alemán ese

que andaba –junto a Engels– desatando fantasmas por el mundo:

“Cada nueva clase que pasa ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada, para poder sacar adelante los fines que persigue, a *presentar su propio interés como el interés común de toda la sociedad*, es decir, expresando esto mismo en términos ideales, a imprimir a sus ideas la forma de lo general, a *presentar estas ideas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta*.”¹⁴

“Mayonesos protagonizaron incidentes”, grita el *popular* diario *La Cuarta*. Mayonesos = Locos = Conducta Irracional. Manifestaciones públicas: expresiones de dicha conducta.

No es culpa exclusiva del periodista, años lleva el Poder tratando de convencernos de que determinadas formas de expresar la opinión son irracionales. Las formas razonables son las que el Poder indica, no otras.

A lo anterior se suma lo cuantitativo. Si no son expresiones mayoritarias, no importan. Ante ello, recuerdo lo que señalaba un sociólogo estadounidense: este año sólo fueron asesinados dos negros por causas raciales en nuestro país, ¿eso implica que no debemos re-

flexionar al respecto?, ¿se debe esperar a que, estadísticamente, estas expresiones sociales sean *interesantes*? Parece reiterativo, pero es necesario señalar que, en los procesos sociales, las situaciones de minoría o mayoría son perfectamente intercambiables.

Desde nuestro continente, Ramón Reyes continúa el diálogo.



¹⁴ MARX, Carlos; ENGELS, Federico. *Textos sobre la producción artística*; selección, prólogo y notas de Valeriano Bozal, (Madrid, Alberto Corazón Editor, 1972), pág. 52, (*Comunicación. Serie B*, 20). [El subrayado es nuestro].

Si el uso de la capucha, y las manifestaciones asociadas a ella, son una expresión de disenso, éste se origina por que el consenso se ha fracturado, o porque los contenidos del mismo ya no logran convocar y conmovir a la totalidad de los ciudadanos llamados a asumirlo. Se inaugura entonces el conflicto.

“Uno tiende, no obstante, [señala Reyes] a eludir toda crisis *detectada*. Los sistemas para eludirlos y las técnicas que las desarrollan se confunden con los modelos habituales de comportamiento: dejar que el riesgo de la denuncia lo corran otros. Mientras tanto, actúo *como si nada anómalo sucediera, como si ello no me afectara*. Los que se arriesgan son *los otros*, los de siempre: aquellos grupos que, en defensa de intereses particulares, optan por la denuncia o corrupción del sistema. Como intermediario óptimo actúan los medios de comunicación, herramientas poderosas en manos de educadores, es igual la connotación represiva que se les asigne y el nivel de represión que se les reconozca.

La *opinión acreditada* y la ‘autoridad’ que emita/legitime esa opinión, actúan como filtros de la crisis: uno termina juzgando lo real, desde los parámetros del discurso noble, situándonos en el nivel de *palabra erudita*. (...).

De esta forma, la responsabilidad va a ser siempre problema de los demás: son ellos los que *a diario* cambian nuestro entorno, construyéndolo con su discurso y con sus actuaciones consecuentes.

(...)

Pero, al ciudadano *normal*, ciertamente, esto le importa poco. Le basta el discurso público y autorizado a *propósito de lo real*, es igual que ese discurso no conduzca a parte ni a objetivo alguno. La ficción se convierte para él en arma poderosa y en razón principal: lo que importa es *prolongar* la existencia –sabiéndose de alguna manera sujeto de la misma–, en condiciones lo menos traumáticas posible.”¹⁵

Palabras que explican, pero, ¿y lo *real*?

¹⁵ REYES, Ramón. *Ob. cit.*, págs. 222-223.



()

(Esto es un paréntesis)

Quiero invitar a recordar. No muy atrás, sólo dos años. Érase una vez, un gobierno que quería reemplazar un feriado por otro. Un once de septiembre por el día cinco, del mismo mes. ¡Qué de cosas no se dijeron en ese momento!

Para comprender la totalidad del discurso que se construye, es necesario considerar varias de sus expresiones fragmentadas. Las características más comunes a todas ellas es su voluntad generalizante, presentando conceptos vaciados de significados.

Frente al *último once* (es decir, el que iba en rojo en el calendario, en 1997), Frei propuso: "El único llamado es a que lo recordemos con gestos de unidad y de reflexión. *Hay que aplacar las espíritus* y contribuir a que este sea un día de reflexión." El triunfo de la razón por sobre la emoción: los sentimientos se domestican reflexionando; la reflexión nos llevará, única y exclusivamente a la unidad. ¿Y si uno, por esas cosas de la vida, comienza reflexionando, y termina más enardecido o apesadumbrado que antes, y con sentimientos muy poco fraternos con respecto a algunos compatriotas? Porque compatriotas también son, al menos formalmente, aquellos ciudadanos que portan uniforme.

Como el comandante en jefe del ejército quien, ante el enjambre periodístico, señalaba: "hay que dejar atrás los *sentimientos mezuquinos* que no llevan al *bien común* de una nación."

Una vez más encontramos aquí a los pobres sentimientos protagonizando el papel de los chicos malos de la película, como si no pudieran existir *razones* para oponerse a la construcción de un símbolo de unidad nacional. Esto, sin considerar la profunda ambigüedad que implica la noción que se pretende alcanzar. ¿Qué debe comprenderse por *bien común*?, ¿quién o quiénes deben definir sus contenidos?

Pero la discusión no es solamente por la ubicación de un día feriado en el calendario. Lo que se desplaza tras estas representaciones simbólicas son los contenidos que se le pretenden asignar a ellas.

(La trastienda de los símbolos)

Realizada la puesta en escena de la ritualidad del once de septiembre, se sucedieron las observaciones de los opinantes, que comentaron la *movilización*, el *evento* o el *espectáculo*, dependiendo de dónde se instala su sensibilidad.

Desde la derecha se culpó al PC de instigar a la violencia; dicho partido aseguró que jamás había convocado a ningún acto de violencia; demócratacristianos afirmaron que las organizaciones de derechos humanos fueron sobrepasadas por infiltrados del *lumpen*; por último, los socialistas se preocupaban de los actos *vandálicos* ocurridos en Santiago, durante la noche de ese día. El senador socialista Carlos Ominami, por ejemplo, afirmó que *las acciones de violencia nada tienen que ver con la actividad política*, están reñidas con la democracia y sostuvo que son el producto de personas que son o están muy próximas a la delincuencia, "de otra forma *no se explican actitudes que no tienen ninguna justificación*." Claro, si se propone que una acción determinada no tiene ninguna justificación, es evidente que *el otro*, el que la realiza, se encuentra incapacitado a priori para poder explicarla.

Es interesante notar cómo los discursos emitidos se centraron en la problemática del uso de la violencia. Todos asumían que los rituales del once de septiembre sólo habían confirmado la certeza de que los *gestos* por la unidad nacional aún no lograban encarnar en toda la ciudadanía. Dos países construyeron sus propios espacios simbólicos ese día, pero ése no era el problema. Lo *grave* estaba en que, en ese contexto, varios habían optado por el uso de la violencia, justificada o no. La adjetivación de editoriales y artículos de opinión fue evidente: *penoso*, *lamentable*, *vandálico*, *vergonzoso*. (Al menos para mí, penoso, lamentable y vergonzoso es este proceso de *transición*, esta *ordinariedad intelectual*, como la calificara el poeta Armando Uribe, pero bueno...).

“La violencia le hace mal a nuestra sociedad”, decía *La Nación*, la violencia de abajo o de afuera, se entiende. (Esto, si los *abajos* y los *afueras* son espacios realmente existentes). “Que nadie [continuaba afirmando] piense que de la violencia puede surgir algo provechoso para el pueblo, como a veces parece deducirse de ciertas proclamas. (...) Necesitamos la *paz* y la *libertad* sin vacilaciones, pues tales son las condiciones para que el *pluralismo* sea posible”, dice el diario. ¿Cuáles son los contenidos de esos conceptos? ¿La paz es igual al olvido, intercambiable por impunidad? ¿La desigual distribución de la riqueza no es una forma de violencia social y, por lo tanto, atentatoria contra la paz de los pobres?, o bien, esa misma desigualdad, ¿es una de las expresiones de la libertad a la que podemos aspirar? Una libertad *sin vacilaciones*, ¿es el equivalente de la justicia en la medida de lo posible? ¿Acaso una libertad *sin vacilaciones* no tendría que haber investigado, no sólo los casos de violaciones a los derechos humanos, sino también los negocios fraudulentos del hijo de Pinochet, por ejemplo? ¿Cómo se entiende el pluralismo, cuando se pretende imponer un consenso, en el tema de los derechos humanos, basado en la *privacidad* de su construcción, como propone “una alta fuente de Gobierno”? Demasiadas preguntas para un pobre ciudadano; sí, todavía lo soy.

(Entre Dickens y Shakespeare)

“Tiempos difíciles”, decía uno. “Algo huele mal en Dinamarca”, el otro. Así nos encontramos en este paisito.

Una editorial de *La Tercera* señaló que “es de esperar que este esfuerzo parlamentario, en el que destacan la sensatez, la vocación de servicio público y el sentido de futuro y de nación, [se refiere a la eliminación del día once como feriado], no sea malogrado ni malentendido por aquellos que, *felizmente en minoría* [ahí nos encontramos nosotros y, en cuanto minoría, susceptibles de ser avasallados por un consenso, *mayoritario*, por cierto], insisten en anteponer sus *rencores* y *recelos* [¿serán estos nuestros anhelos de justicia?] a los *intereses superiores* del país [¿cuáles serán éstos?]. Ello a pesar de que nadie ignora que Chile no pue-

de pretender vencer sus retos venideros en medio de la discordia, más aún si ésta adquiere visos de *esterilidad* y *obsolescencia*.” Claro, estéril, por cuanto la Ley de Amnistía asegura dicha condición, y obsoleta, por que los huesitos llevan un cuarto de siglo esperando ser encontrados.

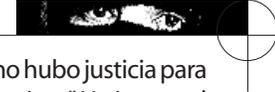
En el mismo sentido opinó el columnista Sergio Muñoz, en *La Nación*: “Es bueno hablar con la verdad a las nuevas generaciones. Con toda la verdad. Es bueno transmitirles un mensaje de *humanidad* y *civilización*, no de *rencor* ni *sectarismo*. Así se podrá ayudar a que no repitan los costosos errores que cometieron las generaciones anteriores.” Antes que nada, ¿quiénes sino nosotros, los jóvenes, conocemos esos costos? ¡Por cierto que no pretendemos cometer los mismos errores!, tal vez *otros* nuevos, pero, por favor, denos la libertad de equivocarnos, ¿o ustedes solamente podían hacer y deshacer con el país a su antojo?

Los conceptos de *humanidad* y *civilización* son más interesantes, al menos como los entiende Muñoz.. Él asume, ingenuamente, que ambos no contienen en sí mismos las nociones de rencor y sectarismo. Pues bien, en la integralidad del ser humano habita el rencor, así como el amor, evidentemente. En la civilización existe, por cierto, el sectarismo. Esto no será hermoso, pero es.¹⁶



¹⁶ Para apreciar cómo un orden civilizatorio integra, en sí mismo, la exclusión y la violencia, puede considerarse el libro de Hernán Vidal: *FPMR: el tabú del conflicto armado en Chile*, (Santiago, Mosquito Editores, 1995), 270 págs., (*Biblioteca setenta & 3*). En él, sostiene que la búsqueda del humanismo es una utopía antropoecológica, una imagen ideal que la humanidad ha construido para desafiarse a sí misma a manifestar el máximo de sus potencialidades latentes. Sin embargo:

“Lo que realmente conocemos en la historia concreta son civilizaciones. Estas son sistemas institucionales de alienación humana diseñados para do-



De nuevo, el cuerpo

No es mucho, y ni siquiera sé si sirva, pero yo opto por respirar por la herida. Si tanto les molesta el predominio de los sentimientos, y si nuestras razones no son válidas por minoritarias, me sumo al verso de Nicanor Parra: "Aúllemos, por lo menos, ya que no somos capaces de rebelarnos."

Soy hijo de un ejecutado político. Eso no dice mucho, incluso el lector puede en este momento decir, súbitamente lúcido: "¡Ah, por eso...!" Pero quiero decir que no se puede explicar muy bien qué es perder un padre a los cinco años, y la casa propia, y la noción de barrio o de estabilidad familiar. Contar que la *impunidad*, al menos para mí, es ver al cabo Fuentes cada vez que voy a comprar el pan, en el pueblo donde aún vive mi madre. ¿Qué otras cosas?, que mi padre murió por ser socialista y carpintero, y por creer que había que resistir el Golpe Militar, "porque el compañero Altamirano está organizando la resistencia..."

En fin, son demasiadas cosas, y no deseo abusar de tanta paciencia lectora, permítaseme sólo ésto: si desean pasar por encima de los huesitos y negar nuestra historia, que es *también* la historia del país, háganlo, es parte de su lógica, pero luego no se quejen. Sin pertenecer a esa organización, hago mía

masticar una fuerza de trabajo e inyectar en su mente sistemas de autocontrol que, sin embargo, mantengan algún grado de libre iniciativa. La civilización es una institucionalidad diseñada para disciplinar a grandes colectivos humanos de acuerdo con criterios de raza, etnia, género sexual, religión y convicciones políticas. Esto sienta las bases de planificación que permiten la acción cultural como una interferencia en la naturaleza para confinar y orientar sus ciclos y procesos hacia la productividad material. Esa institucionalidad permite una apropiación de plusvalía por quienes la controlan, provocando un mundo de escasez en todo orden, cultural, material y espiritual. La escasez refuerza la autoridad del poder, ya que le permite crear las relaciones sociales y la ritualidad con que magnánimamente distribuye parte del producto social acumulado para ganarse el apoyo de los seres subordinados." (págs.30-31).



la consigna del Guachuneit: "Si no hubo justicia para los pobres, no habrá paz para los ricos." Y, ojo, que el reclamo no es nuevo.

Vicente Huidobro, el poeta, en 1935, a raíz de un atentado contra el local donde se realizaba el Congreso de Unidad Sindical, en Valparaíso, escribió:

"[Los autores del atentado] son tan cretinos, que no piensan que sus bombas pueden tener eco, y que ese eco puede ser un trueno, y que ese trueno puede contener muchos rayos (...).

Entonces, sí, ellos gritarían, ellos protestarían, olvidando los pobres imbéciles, que ellos fueron los provocadores, que ellos armaron de justas venganzas las manos que les castigan.

Si esas bombas las hubieran colocado obreros en un congreso de liberales o conservadores, cómo estaría chillando la gran prensa, la grandísima prensa. ¡Cómo se habrían movilizado las policías, cómo se perseguiría sin cuartel a los culpables!

(...)

El salvajismo de sus procedimientos está pidiendo a gritos procedimientos iguales en respuesta. Entonces protestarán y bramarán, porque los asesinos de la clase dominante no permiten que nadie asesine, sino ellos; quieren tener la exclusividad. Y si el pueblo quisiera adoptar sus mismos métodos, si el pueblo aprendiera su lección, serían pocas las cárceles y los fusiles para castigar al buen discípulo."¹⁶

Y eso sería todo.



¹⁶ HUIDOBRO, Vicente. "Los salvajes"; *La Opinión*, Santiago, 5 de junio de 1935, pág. 3. Incluido en *Textos inéditos y dispersos*; recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente A., (Santiago, Biblioteca Nacional, 1993), págs. 144-145. (*Escritores de Chile*, 3).



«CORRAN LOS AUTOS» O EL O L G A G R A U * ENCAPUCHAMIENTO DE LA MEMORIA

Quien llega desde fuera queda un tanto desconcertado por los distintos paisajes que se pueden percibir en la Facultad de Filosofía y Humanidades un día de conmemoración de algún hecho doloroso ocurrido en nuestra historia reciente: *Corpus Cristi* u Operación Albania, el 11 de septiembre, el 29 de marzo o el día del degollamiento**, y otros y otros. Algunos hechos también de la actualidad política y universitaria, que son acompañados de esta bulla, ruido, pesantez del aire, objetos voladores de riesgo.

Días de memoria, para hacer memoria. El calendario, el tiempo, efemérides que marcan lo que acontecerá en el espacio. Los encapuchados

del campus universitario ocupan su territorio, fabrican sus barricadas; despliegue de neumáticos, de ramas, de piedras, pañuelos que atraviesan el rostro, gorros pasamontañas. Indumentaria mínima, los cuerpos desprotegidos, sólo paños que los recubren. La capucha de lana o de paño, contrasta con la rigidez del casco defensivo que cubre poderosamente la cabeza del protector de la ley. La capucha cubre una cabeza vulnerable, el casco, una cabeza protegida institucionalmente.

A 300 metros, otros jóvenes universitarios juegan a la pichanga, ajenos al foco político; a otros tantos metros, una pareja se besa; otros estudian sentados en un pasto cercano, hasta donde sea posible hacerlo con la invasión de los gases lacrimógenos. Otros miran desde algún piso más alto del edificio. Alguna que otra reunión no se suspende, sólo pican los ojos y la garganta. Tal vez hay que irse, pero nadie parece tener mucho apuro. Alguien llega hablando con entusiasmo de cómo sorteó los obstáculos para poder asistir a la reunión planificada. Muchos trabajan en sus computadores, otros leen o conversan, ocasionalmente se refieren a lo que sucede fuera y más que nada porque sienten los estampidos de las bombas lacrimógenas y sus efectos; otros toman un café; otros conversan con alumnos, si es que no están en alguna clase. Las vías habituales quedan cortadas, pero todavía hay algún otro lugar por donde entrar, por la Facultad de Artes o la Facultad de Ciencias Sociales, se ru-morea. De ese modo se puede llegar a una reunión o a tomar algunos

* Olga Grau es académica de la Universidad de Chile y de la Universidad ARCIS. Este texto corresponde a una ponencia, presentada por la autora, en un seminario realizado en la Universidad de Chile, a mediados de 1999.

** *Corpus Cristi* fue el asesinato de doce jóvenes integrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FMPR), los días 15 y 16 de junio de 1987. El 28 de marzo de 1985, fueron degollados tres militantes del Partido Comunista (PC). Al día siguiente, fueron asesinados los hermanos Rafael y Eduardo Vergara, militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); a partir de entonces, cada 29 de marzo se realiza, en su homenaje, el *Día del Joven Combatiente*. [Nota de los editores].

alumnos en una clase. Se llorará un poco, como efecto de los gases, y se tendrá la sensación de una continuidad de la experiencia política en esta Facultad de la memoria.

Los funcionarios corren la voz de que los académicos deben mover sus autos. "Corran los autos." Bajan todos a defender su pequeña propiedad privada de los embistes de las bombas lacrimógenas y de alguna desviada o mal lanzada piedra, o de alguna botella que se devuelve encendida. Algunos estudiantes y funcionarios sonríen viendo el espectáculo, hasta puede resultar un momento entretenido ver cómo se van dando los acontecimientos. Hay un acostumbramiento a que los hechos deben ocurrir de tal manera, una cierta rutina, hasta una suerte de determinación acotada de los hechos: los carabineros parecen concurrir sin pasión, tal vez a cumplir con un rito que se cumple de lado a lado; rito político no negociable, ni pactable, ni transable, fuera de la Constitución. También se les ve, a quienes deben cautelar el orden público, en las inmediaciones de la Facultad, en la reserva, parlotteando, sonriendo, contando alguna anécdota de hechos similares que se vivieron en otros momentos, o comentando algún hecho cotidiano.



Avenida Grecia con Ignacio Carrera Pinto.
Séptima Protesta Nacional,
27 de octubre de 1983.

la identidad. A veces es posible saber si se trata de una mujer o de un hombre, muchas veces ni eso puede ser reconocido, pero también ha

El encapuchado tapa su rostro, y así su cuerpo identitario entero desaparece. Pensemos cómo, para ocultar el rostro de una fotografía, en la que no se quiere hacer visible el sujeto de la imagen, basta tachar los ojos, se censura la verdad del rostro. La tachadura borra la identidad, porque desaparece su huella más viva. El encapuchado viste su rostro dejando sólo los ojos al descubierto y con esa operación, sin el marco del cuerpo, los ojos quedan reducidos a la acción, a la visión rápida y oportuna. Queda a la vista el ojo como máquina, como dispositivo mecánico, acentuada su capacidad de alcance, de rapidez en el ojeo, animalizado.

Si en la foto censurada se ocultan los ojos, en el encapuchamiento se oculta todo, menos los ojos, pero que, sacados del rostro, como rostro, no hacen accesible el reconocimiento. El encapuchado no sólo no se puede identificar, sino que también queda reducido a la acción común junto a otros u otras, sus símiles. De sus rostros sólo quedan los ojos, sólo importa mirar y producir efectos frente a las fuerzas especiales de carabineros.

Se expone el cuerpo ocultando



sido posible que un hombre y una mujer se encuentren en sus ojos y después, en otro momento, se relacionen amorosamente, desvestidos.

Exponer el cuerpo como soporte del descontento, la pesadumbre y de la ira de sí mismo y de otros. Hacer desaparecer el cuerpo y hacerlo aparecer ingresándolo en otro registro. Quien oculta su rostro entra en conflicto con la ley, la elude, la pone en jaque o juega con ella restándola de su estatuto dramático, de su empeño normativo. Es como si se cosiera en el cuerpo el paño de un ocultamiento. En el acto del encapuchamiento se imbunchiza la cabeza, paradójicamente, al quedar abiertos los ojos.

El rostro oculto ya no permite la identificación, que hace siempre posible la atribución de la responsabilidad de los actos en alguien. Se está más libre y más liviano sin identidad (nos vamos lejos para no ser reconocidos por nadie, nos transformamos con la cosmética o la vestimenta). Pero en el acto del encapuchamiento, la pérdida de la identidad es ambivalente, porque también se adquiere una densidad e intensidad tal, que no es posible sustrarse a la fuerza centrípeta del cuerpo que oculta el rostro.

El ladrón, el asaltante, también se encapucha para realizar su acción y ese gesto es seña de ponerse en un lugar de renuncia a una dimensión de la seguridad, seguridad como la del que transita como cualquier otro por el mundo, la del campo normado y por tanto de mayor previsibilidad. Autoseñalarse fuera de la necesidad del rostro, hacer del rostro algo innecesario, es salirse de algún modo de la ley y de la necesi-

dad, es ocupar tal vez un lugar primario de violencia, la violencia de no tener rostro y figura. Emerge así un fondo innumerable, lo que desaparece del cuerpo es lo que no tiene nombre. Sabemos que el rostro y la huella digital; la cabeza, en su cráneo y maxilares, son los elementos decisivos en cualquier identificación. Se suceden fotos y retratos hablados en los álbumes de la sospecha, para poder alguna vez dar con algún culpable; o álbumes de rostros de personas desaparecidas, para dar con algún destino que se ha perdido en el tiempo.

A veces vemos en la televisión cómo a los que delinquen, violadores, asesinos, descubiertos en su delito y finalmente presos, los encapuchan tapándoles completamente la cabeza. Quedan sin cabeza, sin ojos, guiados por quien representa la autoridad, la ley, soporte del cuerpo del

conducido en su indefensión. Se cubren, los cubren, con su propia chaqueta, con su chaleco, y si no, ellos mismos bajan la cabeza en la renuncia a ser vistos, para no ser fotografiados. Sorprendidos, ubicados en el delito, parecen optar por la sumisión, o por el simulacro de ella, para evitar mayor castigo. Los hay muy pocos que se vanaglorian irguiendo la cabeza. La cabeza pareciera ser lo fundamental de la figura humana, allí nos diferenciamos singularmente. Ocultada la cabeza, dejamos de ser. "¿Está? Ahí está", nos suenan las voces pueriles de adultos y adultas, padres y madres jugando con sus hijos, ocultándoles sus rostros para hacerlos reír nerviosamente, como que no fueran ellos, juego que tiene mucho de pa-



Avenida Grecia con Ignacio Carrera Pinto.
Séptima Protesta Nacional,
27 de octubre de 1983.

recido al juego del cuco. La cuca madre o el cuco padre también se ocultan, amenazantes.

Muchas son las formas del ocultamiento. Al cuerpo del cadáver también se le oculta el rostro, el cuerpo entero se tapa de la vista, resguardo de la muerte en su violencia, en su verdad. Michel Foucault, haciendo la genealogía del castigo, nos ha hecho saber que, en la fase del tránsito del castigo hecho espectáculo a la "sociedad punitiva", hubo un momento en que el cuerpo se ocultó por completo; se le hacía una especie de mortaja anticipada, un



Monolito recordatorio, Facultad de Literatura y Filosofía, 28 de marzo de 1984.

velo negro cubriendo todo el cuerpo, o un velo negro en la cabeza y un sudario blanco cubriendo el cuerpo.

Alguien puede ocultar su rostro queriendo no dejarse ver, o respondiendo con la mirada como del que no ve lo que yo (hacemos como que otra persona no nos ha visto o no nos ha reconocido, como que fuéramos otro del que esa persona ve que somos, intentamos borrar su propia memoria, y más aún, miramos al otro o la otra como de paso, para descargarlos de toda responsabilidad o culpa).

Volvamos a los sin rostro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Los encapuchados de la Facultad no son un grupo estable, menos un tipo de persona, una clase o

una raza. Puede que un encapuchado no vuelva nunca más a actuar en un enfrentamiento con los carabineros, ese día tal vez estaba más furioso o triste que de costumbre, o todo parecía haber perdido sentido con las últimas declaraciones de algún político que parece haberse ya olvidado de mucho. Se juntan más o menos unos veinticinco, nunca los mismos, sin organización previa, e interconectan las distintas Facultades del Campus Juan Gómez Millas. Le llaman a su acción política "acción callejera", "salir", "ir a la pelea", "salir a dejar la cola" y también "hay hueveo".

"Vamos a salir hoy día." Siempre hay alguien que toma la iniciativa o que lanza la primera piedra, aunque nunca será una mujer, porque "no saben", dicen, o le llega la piedra a un compañero y no al objetivo del tiro; les gustaría, pero se reservarán ellas mismas para las labores de enfermería y cuidados, evitando los "chascos". La señal es el día, el día señalado, señalado en la memoria, combate a las políticas del olvido. Los materiales a usar no salen del medio natural, se preparan, se acumulan. Y los gestos hacen visible el carácter de conflicto, que la acción política callejera de los encapuchados revela e indica que los intentos de gobernabilidad absoluta, el tránsito normal y expedito, no son posibles. Señal luminosa de que las políticas oficiales no pueden absorber y asimilarlo todo. Uno podría llegar a preguntarse si estos actos constituyen un tipo de sociabilidad *otra*, otro modo de hacer política. También cabe la pregunta de si son una suerte de performance política, la performance del no olvido. Se actúa la memoria de las protestas, se repite el pasado, aunque la repetición sea una forma constreñida, acotada, no popular; se persiste en una forma, se reitera neuróticamente, en el síntoma de la capucha, afirmación de clandestinidad, de un modo de ser cómplices secretos.

¿Se podría reconocer allí, en la acción callejera, un argumento político hecho gesto, (en contra de...), corporeizado? No hay discurso, pero sí relato. Escenificación de un habla catártica que tiene obstaculizados los canales de expresión, reprimida por las costras de la frustración y desazón. Teatralización de un conflicto que se expresa territorialmente. En esta rebelión, que da curso a la actualidad de la memoria, asistimos a una física política: en los vectores de fuerza que se activan, en los despla-



zamientos (del ataque y la fuga; geometría de los cuerpos que interactúan, y que, si miráramos con atención, configuran una estética política.) También geometría de los cuerpos (de tres instituciones cercanas espacialmente y con historia común: la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, la Universidad Tecnológica Metropolitana.) Los tres puntos refieren a la memoria de una otrora única institución, la Universidad de Chile, universidad estatal. Un triángulo institucional que ha vivido una historia de separación. Ya no son la misma entidad, ya hay recorridos propios como lugares separados. Lo común, lugares estatales y lugares de memoria, bolsones de memoria activados intermitentemente a propósito de un calendario con días rojos, que no son feriados ni días de fiesta, sino días marcados por un relato sangriento que se evoca. Allí, en la calle se cumplen gestos antisistémicos que realizan, de algún modo, otra capilaridad del poder. Tal vez su lógica interna. Triángulo de la memoria, no en bermudas sino encapuchada, memoria que permanece dos o más días, en el aire de gases picantes del frontis universitario.

Los encapuchados no son siempre los mismos, no es que conformen un grupo político, con liderazgos internos, o que posean una concepción política discursiva instituyente. Lo que se da es sólo acontecimiento, puro presente referido a un pasado o a un presente. Pertenece



Avenida Macul,
afueras del Pedagógico.



Desalojo del Pedagógico, realizado por carabineros
y apoyado por militares. 16 de junio de 1986.

su composición a una política aleatoria, más anárquica, de pulsiones actuales, compulsivas, pero que se ligan a una voluntad de memoria, a una memoria activa. A estos sustentadores de una política de la memoria, los nombran “subversivos” y “antisociales” desde un juicio que se aparee con la forma de la negociación política, de los pactos, de las transacciones. También se les nombra como los “angelitos”, desde una voz paternalista que sólo reconoce los elementos lúdicos en la acción y no oye el ‘loco afán’ de hacerse de un sitio político de reclamo, de un lugar de poder sin destino, pertenecientes a un interregno, mediadores imposibles.

La acción callejera tiene algo de protesta, algo de enfrentamiento, y agitación, contra la ley y el deseo de gobernabilidad del Estado, contra la propiedad privada, contra un estado de cosas de gobierno, contra un estado social, en medio de conflictos severos en la sociedad que no encuentran voz en los encapuchados, sino grito. Acción periférica, des-sistematizada, despliegue de una forma de resistencia efectiva, alusión a la ruptura histórica más dolorosa vivida por nuestra sociedad; en-

cuentro, en lo violento, de dos componentes sociales: el de resistencia y el de consistencia institucional. Persistir en la resistencia. El primer gesto de los “angelitos” es prender fuego, la señal del *pólemos*, hacer arder una hoguera, que no sólo interrumpe el paso de vehículos y peatones, sino que también es llamado para quienes representan la autoridad manchada de una historia, sin posible reparación.







¿A QUÉ OBEDECE EL SURGIMIENTO DE GRUPOS UNIVERSITARIOS REVOLUCIONARIOS? (Nintendo 1999)

FERNANDO VILLEGAS *

Cada 20 o 25 años una nueva generación de jóvenes universitarios amamanta a un grupito que redescubre la política revolucionaria. Sus líderes suelen ser intelectuales y profesionales algo mayores de edad, a veces con prestigio, pero a menudo con menos del que creen merecer; no pocos están llenos de resentimiento por eso y devuelven el golpe con el expediente de declarar inválido el orden social que los condena a la sombra. En cualquier caso, opacos o famosos, todos por igual operan desde la verdad revelada de la misma doctrina: o se trata del marxismo-leninismo en su versión antigua o de la reciclada, de la Gramsciana o la Althusseriana, de la enverdecida o la empalidecida. Y en cualquier caso y como siempre ni mentores ni discípulos suelen conocer bien su propio evangelio: la "teoría revolucionaria" que proclaman es, hoy como ayer, un baturrillo indigesto que resulta de la lectura de los primeros dos capítulos de media docena de libros de divulgación de la fenecida Academia de Ciencias de la URSS. Ni en los sesenta ni en los noventa ha habido nunca un solo dirigente estudiantil que haya estudiado a fondo esa ideología y mucho menos leído siquiera las reseñas de las obras críticas

de aquella. Son, cuanto más, lectores, memorizadores y proclamadores de eslóganes.

Pero así es la cosa y los "revolucionarios" están de vuelta sin otra novedad que aparecer, esta vez, enmascarados. Se atrincheran en sedes universitarias, donde el lanzamiento de la botella en llamas se ha convertido en ramo electivo; pululan bajo el alero de todas las formas concebibles o imaginables del progresismo sexual, ambiental, político y económico; se codean unos a otros en la promiscuidad de muchas variedades de sectas con nombres de fantasía que a veces recuerdan a los grupos Heavy Metal. En algunas de esas sedes "de estudios" la mezcla es delirante: conviven en sórdido revoltijo demócratacristianos de izquierda con las yeguas locas del Apocalipsis, histéricas con peinado premojado de manifestación callejera con profesores deseosos de cobrarle al mundo facturas personales a través de sus alumnos, comunistas con socialistas, rodriguistas con estalinistas y junto a to-



* Fernando Villegas es sociólogo y comentarista de prensa y televisión. Este artículo fue publicado en *La Tercera*, el domingo 12 de septiembre de 1999.



«Si acaso carabineros les rompe una uña.....»

la sempiterna renovación de los mismos errores que aseguran infaliblemente estos dos compadres del alma, la ignorancia y la estulticia. La estulticia la aportan los ideólogos del movimiento, que parecen no estar ya en edad de aprender algo nuevo –pese a sus reiterados y ceremoniales “ejercicios de autocrítica”– o siquiera desaprender lo que creían saber, mientras la ignorancia la aportan las nuevas generaciones llegando a la vida como hojas en blanco a disposición del primero que garrapatee en ellas. Lamentablemente dicha escritura no se hace con el íntimo conocimiento de las cosas que tal vez adquirieron sus padres, sino con el Verbo, ese peligroso instrumento de simplificación de lo sabido, inex-

dos ellos, para los grandes días de protesta, lumpen auténtico importado de las poblaciones. A coro reiteran el mismo discurso de rechazo tajante y en bloque de la sociedad que los rodea, el llamamiento a “todas las formas de lucha” que se traduce en la disposición a matar, quemar o mutilar a las “fuerzas represivas” y/o a los “enemigos del pueblo”, a hacer “justicia popular”, a demoler la vida universitaria, a convertir las calles en campos de batalla.

¿Por qué sucede?
¿De dónde vienen? ¿Qué trae de vuelta este viejo furor? Lo trae de regreso

tinguible fuente de errores a partir de verdades a medias y madre nutricia de mentiras y engaños nuevos. Así, lo que cada generación de recambio conoce del mundo antes de experimentarlo por su cuenta, es una versión de segunda mano casi siempre simplista y errónea. Ciertamente la simplificación es la clave de estos movimientos de revuelta: sin simplificación no hay eslóganes, sin eslóganes no hay seguidores, sin seguidores no hay nada. Mucho más fácil es entender una presunta causalidad planteada en blanco y negro que comprender la compleja, ambigua mecánica del orden social. A la pasada, el eslogan ofrece un camino de acción. Ambas cosas, diagnóstico y receta al vapor, operan con gran fuerza en la mente del estudiante promedio. Este, estando sociológicamente en el limbo, sin responsabilidades, disciplinas ni coacciones laborales y familiares que lo obliguen a asumir la realidad y entenderla desde dentro, asume fácilmente esa arrogancia que denunciaba Hegel, la del entendimiento abstracto –pobre en sus determinaciones– que viene “a enseñarle al mundo cómo debe ser”.

Así pues, aquí están de regreso para enseñarnos, hoy como ayer, cuán despreciable es el actual modelo social, universitario, cultural y político en el que vivimos. No pueden formular un reemplazo viable a nada, pero mientras tanto luchan contra lo que existe implicándose en el gran y excitante juego de la guerrilla urbana. Es un juego entretenido y sin muchos costos, salvo por accidente; es como un Nintendo en gran escala sin necesidad de joystick ni consolas y, además, cuenta con la protección de juristas, letrados y almas buenas. Si acaso Carabineros les rompe una uña, se prefigura instantáneamente un caso de “violencia excesiva”; si los detienen, llueven los paros solidarios y las huelgas de hambre; si los juzgan, se trata de mártires inocentes. No tener otra vez 18 años para sumarme a la diversión...





APUNTES SOBRE CARLOS PÉREZ * ULTRA IZQUIERDISTAS

1. Una situación concreta

Hay brutalidad policial cuando se llena un edificio de bombas lacrimógenas sin importar cuántas personas, y en qué condiciones de salud, hay adentro.

Hay brutalidad policial cuando se intimida una manifestación inicialmente pacífica con la presencia amenazante de una formación de guerra, que provoca por sí sola los efectos que dice querer evitar.

Hay brutalidad policial cuando se lanzan bombas lacrimógenas al cuerpo de los manifestantes y queda un estudiante inválido, o cuando se disparan balines supuestamente disuasivos con el resultado de dos estudiantes muertos.

No creo que para la mirada de izquierda, largamente acostumbrada a la provocación por parte de las fuerzas policiales, haya duda de que lo que ha habi-

do en este caso, y en tantos otros, es brutalidad y exceso en la acción de la policía.

No creo que haya duda tampoco, entre los militantes sensibles de la izquierda, de que es terrible y lamentable que un ser humano sufra quemaduras importantes en medio de una protesta, por mucho que venga en posición amenazante, por mucho que su acción esté inscrita en el marco de la violencia policial innecesaria. Es lamentable igual, es terrible igual. Se trata de un ser humano tan valioso como todos nosotros, que decimos defender los derechos de todos los seres humanos.

Hace ya bastante tiempo que la humanidad ha tratado de dejar atrás la miseria vengativa del ojo por ojo y diente por diente.

Al menos en el horizonte moral de la izquierda esto debería estar incorporado entre los principios básicos. Es necesario decirlo claramente y de una vez: no todas las formas en la lucha son válidas. No son válidas, para los que tienen principios de izquierda, en particular aquellas que contradicen de hecho los mismos principios que se dice defender.



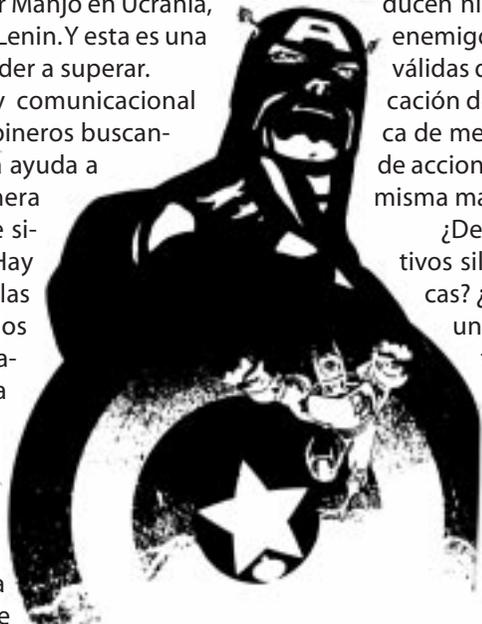
* Carlos Pérez es docente de la Universidad ARCIS.

El terrorismo nunca ha sido una política compartida por la izquierda realmente arraigada en el movimiento popular. Ha sido herramienta de los movimientos ultra izquierdistas justamente cuando la base social no los acompaña. Ha sido un método promovido desde el Estado por los burócratas que hegemonizaron las revoluciones inicialmente bolcheviques. Pero todos deberíamos esperar que la izquierda sea algo mejor que esos dramas extremos.

Terroristas eran los que fusilaron a Roque Dalton simplemente por una "desviación ideológica". Terroristas eran los que fusilaron a Nicolás Bujarin, amparados en el poder absoluto de un Estado totalitario, por "complicidad con el enemigo y crímenes contra el pueblo". Terroristas eran los que masacraron a los anarquistas de César Manjón en Ucrania, y los eseristas de izquierda que dispararon contra Lenin. Y esta es una larga miseria que los marxistas deberíamos aprender a superar.

Se puede pensar en un montaje policial y comunicacional cuando los periodistas llegan casi junto con carabineros buscando retratar una violencia que su misma presencia ayuda a producir. Hay montaje cuando se lleva a la primera plana un encapuchado lanzando una bomba y se silencia la actividad académica de quince años. Hay montaje cuando se selecciona como imagen de las conmemoraciones del golpe de Estado los hechos de violencia, sin indagar a fondo las opiniones reales de la mayoría de los chilenos respecto de esta fecha.

Pero se puede pensar en complicidad objetiva con el montaje, buscada o no, cuando se instala ritualmente una barricada inútil, que no paraliza el tránsito, que no detiene a ningún enemigo, que no defiende a nadie, que es repudiada por la mayoría de la comunidad, con el único resultado de aparecer cada año en las portadas de las campañas de la prensa reaccionaria.



El Capitán América juega un papel muy importante en la historia «Tree of Knowledge» y también intenta resolver el misterio de los terroristas.

¿Grandes masas estudiantiles se han ido plegando con el tiempo a las formas de hacer política de estos grupos, o se trata más bien de una rotativa de personas cuyo número es siempre más o menos el mismo? ¿Hay organizaciones sociales que han apoyado de manera entusiasta estas formas de rebeldía, o se trata más bien de minorías relativamente aisladas? ¿El enemigo ha resultado amedrentado, ha disminuido sus acciones represivas, se ha visto obligado a entrar en negociaciones, o se trata más bien de acciones perfectamente funcionales a la política de mantener la estigmatización sobre el accionar de la izquierda?

No son apoyados por las grandes masas populares, no logran formar grandes organizaciones que pongan en peligro al Poder, no producen ningún tipo de temor en los organismos represivos del enemigo, no son vistos como ejemplos a seguir o como formas válidas de protesta contra el sistema, no poseen ninguna explicación de fondo para sus acciones ni defienden ninguna política de mediano plazo que no sea volver a repetir el mismo tipo de acciones, se sienten orgullosos de tratar a sus enemigos de la misma manera en que los enemigos los tratan a ellos.

¿Deberíamos apoyarlos? ¿Deberíamos ser cómplices objetivos silenciando los errores de fondo de sus acciones políticas? ¿Deberíamos dejarnos amedrentar también, como si en una cacería de brujas desde la izquierda resultáramos ser también nosotros una parte del enemigo? ¿Deberíamos simplemente volver la espalda como si no existieran? ¿Deberíamos "comprenderlos" usando esa complacencia como base para encubrirlos?

No esperamos que el enemigo tenga clemencia con nosotros, y justamente por eso es que hemos proclamado que no todas las formas de lucha son válidas. No esperamos que el enemigo nos comprenda, nos ampare o nos tolere. Pero reclamamos nuestro derecho a no ser torturados, encarcelados ilegalmente, secuestrados o quemados. ¿Por qué razón las



cosas que pedimos que el enemigo no haga habrían de ser válidas aplicadas sobre ellos?

No estamos pidiendo que ya no haya guerra. Al menos los que creemos que una revolución es necesaria la vemos como una guerra de la que puede surgir una humanidad mejor. No estamos pidiendo, hipócritamente, que una vez que el enemigo ya ha ganado todas sus batallas, se declare la paz perpetua y se consagre con ella la explotación, la marginación y la miseria. Pero reclamamos que aún en las guerras los seres humanos, enfrentados por sus diferencias objetivas, no dejan de ser seres humanos. ¿Por qué razón, esto que predicamos para nosotros no habría de ser válido también para el enemigo? ¿Es que hemos empezado a creer que son "humanoides"? ¿Estamos dispuestos a afrontar el tipo de guerra que surge de esa clase de consideración?

Es hora ya de que la izquierda deje de ser intimidada por el pasado de brutalidad de la guerra sucia, en que no se podía criticar a unos sin dejarlos en manos del enemigo, al borde del crimen. Nos opusimos a la guerra sucia, y no debemos ser nosotros ahora los que la apoyemos, o la ignoremos, con el frágil argumento de que ahora los que la dan son las víctimas, y que tendrían razones para hacerlo. La venganza nunca ha sido una política revolucionaria. No queremos que los hipócritas nos identifiquen fácilmente con la guerra sucia entablada desde la izquierda, y nos exijan rebajar la altura de nuestros horizontes revolucionarios. Pero justamente por eso no queremos que haya una ultra izquierda que permita esta operación mañosa y oportunista.

Ya es hora de que la izquierda vuelva a sentirse con la libertad de distinguirse de la ultra izquierda, como pudo hacerlo históricamente, como debiera poder hacerlo siempre, en virtud de los principios humanistas que la animan. Y el argumento de la izquierda no puede ser la hipocresía del llamado a la no violencia indiscriminada, cuyo único resultado es que la violencia de las instituciones dominantes siga en pie. El argumento es más profundo: vemos la violencia como una trágica necesidad impuesta por la socie-



dad de clases, y lo que queremos es que efectivamente, enfrentados a esa necesidad dolorosa, lo que surja de ella sea efectivamente una sociedad más libre, no una sociedad que tenga que luchar luego para liberarse a su vez de sus nuevos dominadores, por muy iluminados y representantes del pueblo que se sientan.

Creo que una izquierda revolucionaria es posible. Creo que para que sea posible debemos ser capaces de distinguirla del terrorismo y del fascismo de izquierda. Creo que la violencia terrorista en la izquierda no es sino otra herencia más a que nos ha obligado la sociedad de clases que combatimos. Tener la imaginación política suficiente como para ir más allá de la obviedad del continuo represivo es lo que define a una política revolucionaria.



2. Una subjetividad

Los ultra izquierdistas están dispuestos a desilusionarse de todo fácilmente. En realidad no es claro qué es primero en ellos, la tendencia a la desilusión o su ser ultra izquierdistas.

Por cierto, no viven ninguna de estas dos actitudes directamente. Viven la tendencia a desilusionarse como sueños desafortunados, y mientras más grandes son sus sueños más grandes son sus desilusiones. Y viven su ultra izquierdismo como militancia consecuente y, también, mientras más consecuentes tratan de ser, más fácilmente se desilusionan.

Hay una lógica que liga el exceso de las esperanzas a la profundidad de las desilusiones. Ambas son, en realidad, caras de una misma moneda. El origen de esa lógica es sólo uno: han dividido el mundo en un ser lleno de defectos y un deber inalcanzable. Pasan de un extremo a otro constantemente, simplemente porque han dividido. Su drama puede resumirse así: tienen ideales. No logran reconocer lo ideal en lo real y lo real en lo ideal:

han dividido el mundo, viven a saltos entre extremos que ellos mismos han creado.

Pero ambas posiciones, la de la esperanza extrema, el ideal, y la de la desilusión extrema, la caída, se oponen a su vez a otro polo. Si estos dos son los polos del ideal, en positivo y en negativo, el otro es el de la entrega sin más, sin trabas ni condiciones, al mundo concreto.

Tan furiosamente como soñaron, y tan intensamente como se desilusionaron, no es raro que al momento siguiente se entreguen furiosamente al mundo tal como existe, sin la menor oposición ni crítica. El lado positivo de esta entrega es la simple adaptación, la vuelta a la normalidad mediocre después de haberse permitido algo de locura. El lado negativo, oscuro, (y menos frecuente) es la amargura permanente en la inacción, en la resignación enojada.

Quizás se puede soñar, y quizás muchos sueños conducen a la desilusión pero, más allá de ella, los que vuelven a la normalidad cínica, sin rastros de culpa, y los que emigran a la amargura resignada, no han logrado salir aún de la lógica inicial de dividir el mundo y quedarse sólo a un lado.

El cinismo furioso con que los que optaron por la normalidad enfrentan a los que luchan, la desconfianza radical que sienten de que alguien sea realmente consecuente, el discurso constante de amarga descalificación de los que quieren seguir luchando (por este defecto, por el otro, o el otro), la curiosa alabanza a la consecuencia (esa sí es de verdad) de los enemigos, la triste ironía con que tratan a su propio pasado, los delatan a cada paso. Los mismos rasgos pueden encontrarse entre los que optaron por la amargura, otra muestra más de que se trata de dos lados de una misma lógica.

Para los que han dividido el mundo en ideales abstractos y realidad contaminada, nadie puede ser realmente consecuente. Nadie puede estar realmente a la al-

tura de esos ideales. Y la desventura de sus propias subjetividades es que, desde luego, ellos tampoco.

Pero, cuando se descubre que el reverso de esos tan altos ideales era la facilidad de la desilusión, queda en evidencia que la tal altura de los ideales no era sino un recurso de evasión. Han elegido ideales inalcanzables, estándares de consecuencia demasiado altos, justamente para luego, a través de la desilusión, tener el camino y la racionalización apropiada para no asumirlos. Ni esos ideales imposibles ni, de pasada, muchos otros ni tan ideales, ni tan imposibles, pero que exigen cuotas de sacrificio y entrega que no se está dispuesto a asumir.

A la hora de la verdad a los desilusionados no les faltan pretextos. Lucharon un día y eran buenos, lucharon un año y eran mejores, otros lucharon muchos años y llegaron a ser muy buenos, pero al final nunca llegan a ser de la clase de los imprescindibles... aquellos que tuvieron la fuerza de luchar toda la vida.

Cuando examinamos las historias de los ex consecuentes, la tristeza y la miseria asoman por todos lados. En la práctica, y en detalle, resulta que no fueron tantos años los que habían luchado. Examinadas de cerca resulta que no eran tan radicales las luchas que habían dado. Y, peor, resulta que eran bastante pobres los resultados que obtuvieron, casi siempre derrotas, con más o menos gloria, con más o menos honor.

Por cierto, en el amplio espectro de los ex izquierdistas, los que han sido ultras no son los únicos, aunque suelen ser los más fervorosos. Dada la profundidad de la caída del horizonte marxista clásico, desde todos los sectores hay quienes han preferido abandonar la lucha activa, o simplemente pasarse para el otro bando. Pero mientras cada día es menos probable que aparezcan nuevos marxistas de tipo reformista o burocrático, las razones sociales y psico sociales que dan origen al ultra izquierdismo permanecen, toman nuevas formas, se reproducen. Por eso, criticar al marxismo burocrático hoy es hablar del pasado.





Criticar al ultra izquierdismo, en cambio, es hablar de un futuro posible, a partir de las cenizas del totalitarismo de los clásicos.

Políticamente hablando, la categoría de ultra izquierdista no es asimilable a la del radicalismo de izquierda, o las muchas políticas de acción directa o que pregonan la violencia como modo de lucha. La diferencia más visible entre ambos tipos de militantes es, en general, la edad.

La verdad es que entre los jóvenes ambas categorías son indistinguibles. Nunca se puede saber si el joven ultra izquierdista de hoy no será alguien perfectamente normal y mediocre mañana. La consecuencia de sus actitudes, como siempre ocurre con la consecuencia en la lucha revolucionaria, sólo se puede medir en períodos muy largos de tiempo.

Después, habiendo sobrevivido por fin a la múltiple y variada estupidez, puramente cultural, que en la sociedad burguesa se llama adolescencia, mucho después, habiendo sobrevivido a la múltiple y variada atrocidad, puramente política, que en el mundo burgués se llama normalidad, se puede saber cuánto había de esa pretendida consecuencia, que se proclamaba con tanto énfasis, con un énfasis que casi siempre es inversamente proporcional a su duración.

A veces se casan (“quería tener hijos”, o “una pareja estable”, o “construir algo junto a alguien especial”), otras veces consiguen trabajo (“hay que sobrevivir para poder luchar”), otras veces van racionalizando lentamente sus grandes luchas en pequeñas peleas, cada vez más limitadas (“pero que son también frentes de lucha”). Los múltiples y dramáticos caminos de la normalidad o la amargura aplastan a la gran mayoría.

Otras veces, aunque se casen, aunque consigan trabajo, aunque sus peleas sean menores, se quedan igual con el sentido común al revés, se quedan igual con la profunda voluntad de pertenecer, con las profundas ganas de transformar el mundo, de ser felices, y llega a haber un revolucionario.

No hay nada que impida que un ultra izquierdista llegue a ser un revolucionario en cualquier plazo, incluso cuando joven. Todos los impedimentos, todos los prejuicios, las profundas taras que la formación burguesa imprime en el alma y en las manos, en los anhelos y en la vida, son superables. Ninguna de ellas pertenece a la naturaleza, a menos que nuestra cobardía quiera ponerlas en esa condición.

Si tuviéramos que hacer un pronóstico, siempre arriesgado por supuesto, yo diría que mientras más consecuente trata de ser un ultra izquierdista, o mientras más le preocupa la consecuencia, o mientras más extremas son sus formulaciones y sus proposiciones de acción, más oscuro es su futuro posible. Si es pobre terminará probablemente en la marginación rencorosa y la amargura. Si pertenece a las capas medias medianamente acomodadas, no será extraño verlo, diez o quince años después, rumiando la amargura triste, característica de los ex izquierdistas y, por cierto, en un buen trabajo. En estos destinos tristes quedará de manifiesto un rasgo patético que los caracteriza, como una maldición de fuego: los ultra izquierdistas son especialistas en destruir las cosas que aman.



Nota de los editores: «Tonto» es el nombre original del sioux que acompaña al «Llanero Solitario». La traducción al español fue «Toro» ya que la alusión al carácter veladamente despectivo del personaje era muy evidente para los lectores hispanohablantes.

3. Se trata de estudiantes

La caracterización subjetiva del ultra izquierdismo permite comprender trayectorias individuales, pero no permite comprenderlo como conjunto, ni como fenómeno social ni, menos aún, como estrategia política. Ayuda a comprender, a saber qué cosa se puede esperar de cada uno de ellos en el mediano plazo, pero no es suficiente. No puede ser suficiente. Salvo que confundamos la psicologización de un opositor con el argumento político por el cual no estamos de acuerdo con él. Se puede recurrir a una descripción de tipo existencial y psicológico para comprenderlos, pero no para discutir con ellos.

En rigor, ninguna caracterización psicológica muestra rasgos insuperables en alguien. No hay naturaleza humana, y nunca una conducta social puede tratarse como si fuese una enfermedad, o un rasgo sobre el que no se pueda llegar a tener control consciente. Cuando creemos que los rasgos de personalidad son una especie de destino sólo tratable a través de la terapia lo que estamos haciendo es abrir las puertas al totalitarismo naturalizante, en que más que opositores políticos lo que tenemos son conductas alteradas por razones en último término médicas, y todo el saber de la política se reduciría a cero frente a la omnipotencia de una u otra forma de la medicina que, por cierto, se presenta, aún en este caso, como ciencia.

La discusión con el ultra izquierdismo no puede darse, entonces, en términos psicológicos, como si se tratase de conductas desviadas, de respuestas a traumas, de rabia acumulada, o de resabios de estructuras de personalidad alteradas. Lo que procede, si queremos evitar el reemplazar el totalitarismo contenido en sus actitudes por la pretensión igualmente totalitaria de los "expertos" en subjetividad, es discutir políticamente. No estamos frente a cuadros psicológicos, aunque tengan



efectivamente tales o cuales características, estamos frente a opiniones y acciones políticas.

Por la misma razón el tema del ultra izquierdismo no es asimilable a los de la drogadicción, el alcoholismo o las barras bravas, por mucho que se puedan presentar patrones conductuales y existenciales semejantes. Esta asimilación forma parte, en realidad, de una estrategia de estigmatización de la política radical en particular y, en el fondo, de toda discusión política. Lo que en la práctica son opciones sociales y políticas, con más o menos coherencia o eficacia, se presentan simplemente como parte de un continuo donde coexisten la delincuencia, la locura, la violencia que procede de la marginación, y en general todas las formas en que el orden social se ve sobrepasado, con o sin conciencia de ello.

No estamos frente a jóvenes confundidos, o resentidos, o frustrados. Y aunque esto sea cierto, de manera inmediata, no es esa la clave que permite su crítica racional, una crítica que se haga realmente desde la izquierda.

También, por lo mismo, no se trata de "jóvenes", aunque lo sean. Cuando se aborda el tema sosteniendo en primer lugar que lo que tenemos es uno más de los problemas de la "juventud", no logramos sino quedar atrapados en la infantilización general a que la dictadura, y ahora la "democracia", ha sometido a los ciudadanos. Cada vez que un grupo de ciudadanos se manifiesta radicalmente en contra del ordenamiento dominante se lo estigmatiza como "problemas de jóvenes" o "resabios del pasado". O demasiado jóvenes o demasiado viejos, nunca la ciudadanía se puede ejercer realmente si no se acata en lo fundamental el orden dominante.

El que, de hecho, la mayor parte de las acciones que se pueden llamar ultra izquierdistas sean efectuadas por jóvenes, que tienen tales y tales características psicológicas particulares, no debe ocultarnos una cuestión fundamental: se trata de ciudadanos de la República, en general mayores de edad, perfectamente capaces de explicar qué es lo que



están haciendo y por qué razones, y que tienen una opinión política radicalmente distinta a la de la mayoría de nosotros.

Pero ciudadanos. Adultos haciendo uso de su capacidad de asumir libremente un camino político, con algún cálculo, erróneo o no, de los riesgos que involucra, o de las consecuencias que pueda tener. Sólo reconociéndoles esta capacidad se puede discutir realmente con ellos. Mientras sigan siendo tratados como resentidos, como desadaptados, como simples “jóvenes” rebeldes, el espacio de diálogo seguirá siendo nulo, e incluso tendrán algo de razón al rebelarse de manera radical en contra de la naturalización, o de la estigmatización, a que se los somete.

Estos ciudadanos tienen, además, derechos. Esto es algo que la dictadura, tanto la dictadura militar como la dictadura de los “expertos”, nos han enseñado sistemáticamente a olvidar. En este país es tristemente necesario recordar que tienen derecho a no ser torturados, a no ser secuestrados, a no ser procesados de manera arbitraria, bajo el marco de leyes represivas arbitrarias. Es tristemente necesario recordar que tienen derecho a pensar como piensan y a intentar llevar adelante los estilos de acción política que les parecen más eficaces. Es necesario recordar que sus asociaciones posibles no son ilícitas a priori, meramente en virtud de lo que declaran, a pesar de las leyes represivas que instauró la dictadura, y que siguen siendo parte de las vergüenzas de la democracia.

No sólo se nos ha infantilizado sistemáticamente, negándonos el reconocimiento pleno de nuestra autonomía como ciudadanos, también se nos ha enseñado a juzgar a los que difieren de nuestras opiniones guiándonos por el juicio de los medios de comunicación, asumiendo como probado lo que los expertos dictaminan como científico, asumiendo como parte del sentido común que basta con pensar de una determinada manera para ser susceptible de castigo o sanción.

Hace ya bastante tiempo que el horizonte jurídico de la



humanidad ha asumido como un principio que lo que se puede castigar son los hechos efectivos, no las ideas, o las intenciones. La existencia de la figura del delito ideológico fue repudiada por todos los países “democráticos” como uno de los defectos básicos del ordenamiento de las dictaduras burocráticas que se llamaron socialistas. La psicologización del delito y del castigo ha sido criticada ampliamente por los teóricos progresistas en ciencias sociales y en el ámbito del derecho.

Ser ultra izquierdista no es delito, no es un estado de alteración de la personalidad, no es, en esencia, el resultado de un resentimiento, o una visión deformada del mundo: es

una opinión política que debe ser juzgada como responsable, y con la que se puede discutir, en el plano teórico, y disentir activamente en el plano de las acciones políticas, es decir, en el ámbito en que el conjunto de un pueblo intenta decidir su propio destino, sobreponiéndose a las infinitas trabas a la libertad que significa el sistema de la dominación social.

Y POR EL BIEN DE SU ALMA,
TÉNE QUE HACERLO.



Y si se trata de reconocer a estos agentes sociales como ciudadanos responsables, entonces es posible pedir de ellos que asuman las consecuencias jurídicas posibles de sus acciones efectivas. Antes, de manera esencialmente previa a cualquier discusión sobre la legitimidad o la eficacia de la violencia como medio en la acción política, es necesario reconocer que el secuestro es punible, que quemar a un ser humano es una atrocidad, que amedrentar a una comunidad abusando del poder militar es inaceptable, que torturar a un enemigo es un crimen contra la humanidad.

Cuando, desde la izquierda, se propone la posibilidad de reconocer como punibles las acciones efectivas de un grupo ultra izquierdista, nunca deben perderse de vista el carácter necesariamente doble de esta opción. Se trata, por un lado, de combatir las leyes represivas, de defender el derecho al debido

proceso, el derecho a sostener opiniones políticas libremente, el derecho a ser tratado humanamente cuando se está sometido a juicio. Se trata, por otro lado, de impedir que las luchas de la izquierda se llenen de las atrocidades que caracterizan, en nuestro concepto, el accionar represivo del enemigo. Se trata, por un lado, de luchar por cambiar el ordenamiento jurídico que nos mantiene en la represión y la explotación. Se trata, por otro lado, de que el campo de lucha política nunca pierda las características básicas del humanismo que perseguimos como horizonte social.

También, desde la izquierda, la violencia desligada de las grandes masas populares, las acciones brutalmente ejemplarizadoras que pretenden educar a través del temor, las iniciativas políticas en que los medios contradicen flagrantemente a los fines, pueden y deben ser consideradas como delitos. No se trata ya, en estos extremos, de si el ordenamiento jurídico desde el cual serán castigadas sea burgués o no, se trata de los derechos de los seres humanos en su conjunto.

En este país, en este momento, no es claro que se pueda confiar sin más en la rectitud de los tribunales, o en el proceder de los agentes que se supone deben resguardar el orden. Que desde la izquierda se puedan considerar determinadas acciones de ultra izquierda como delitos es algo que debe correr paralela y estrechamente relacionado con la vigilancia y la lucha por el que estos delitos sean perseguidos respetando siempre la integridad de los acusados, y con la lucha por terminar con las leyes que convierten en figuras delictuales, cuestiones que deberían considerarse derechos de todos los ciudadanos.

Dos cuestiones deben ser estrictamente distinguidas: la lucha contra la política ultra izquierdista y la condena de sus acciones delictivas, y la defensa paralela de los derechos de esos mismos ciudadanos de los que diferimos radicalmente. No hay contradicción entre ambas líneas de acción. Sólo las mentalidades totalitarias ven en esto confusión, ambigüedad o contradicción. Y está muy claro, hace ya bastante tiempo, que hay tantas mentalidades totalitarias en la derecha como entre los que dicen ser de izquierda.

Al interior de la izquierda, muchos creemos que una revolución es

necesaria, queremos llevar adelante una gran guerra, a través de la cual creemos que será posible por fin la paz. Pero odiamos la guerra tanto como odiamos la explotación y la miseria. Queremos que incluso tratándose de una guerra la luz que surja desde ella sea la de la humanidad misma, la humanidad que queremos, y no simplemente la de la muerte. No vamos a la guerra para la muerte, sino para hacer posible la vida. Ya estamos, en la sociedad de clases permanentemente en guerra. Y este es justamente el estado de cosas que queremos humanizar.

4. Un problema político

La discusión política con el ultra izquierdismo está marcada, casi siempre, por el lugar que puede tener la violencia en la acción revolucionaria. Se trata, en general, de la discusión sobre las formas de hacer política. El tema de la violencia no es el único, ni siquiera el más recurrente, pero es, de muchas maneras, un tema esencial.

Sin embargo, la política ultra izquierdista no puede ser caracterizada sólo por el tema de la violencia, por mucho que afirmemos que se trata de un tema esencial. No se es ultra izquierdista porque se predique la violencia como modo de hacer política, sino por el tipo de accionar político que se predica, sea violento o no.

Lo que históricamente se ha llamado ultra izquierdismo en la tradición marxista es un conjunto de proposiciones en torno a la idea de vanguardia revolucionaria, al tipo de relación entre esta vanguardia y el conjunto del pueblo, a las formas de organización del partido revolucionario, a las maneras en que el partido se integra en las masas y hace política.

Entre las convicciones comunes que los caracterizan se pueden encontrar: la idea, clara y recurrente, de que las luchas populares tienen y deben tener una vanguardia consciente, aguerrida, audaz; la idea de que las relaciones al interior de esta vanguardia y respecto del movimiento de masas deben ser esencialmente democráticas y horizontales, evitando concentrar las decisiones en una dirección superior y restringida; la idea que la educación revolucionaria pasa esencialmente por la ejecu-



ción de acciones prácticas, y que debe perfeccionarse y desarrollarse de manera permanente. La idea de que las condiciones objetivas para la iniciativa revolucionaria están dadas permanentemente, y que en todo momento la lucha principal es por desarrollar las condiciones subjetivas. La idea de que una multitud de acciones directas particulares pueden desencadenar un estado de solidaridad general de parte del conjunto de los trabajadores, los que irían descubriendo por esa vía sus verdaderos intereses y sumándose al movimiento, con el resultado de una situación objetiva y subjetivamente revolucionaria que podría desembocar en la toma del poder.

A estas ideas es necesario agregar temas que aparecen de manera recurrente en su práctica política efectiva: la crítica permanente a la noción leninista de partido, o la reinterpretación del leninismo en clave demócrata; la vigilancia permanente sobre la consecuencia política de cada militante, preocupación que se extiende a todos los ámbitos de la vida y, con esto, la insistencia en una actitud de lucha global, que compromete la vida en todas sus dimensiones; la tendencia a establecer un canon teórico ortodoxo, respecto del cual la mayor parte de las elaboraciones del resto de la izquierda aparecen como revisionismos que han cedido, en mayor o menor medida, ante la influencia ideológica del enemigo. La tendencia consiguiente a discutir larga y latamente en torno a cuestiones de teoría, con el efecto recurrente del desacuerdo inconciliable y la división, acompañada casi siempre de excomuniones mutuas.

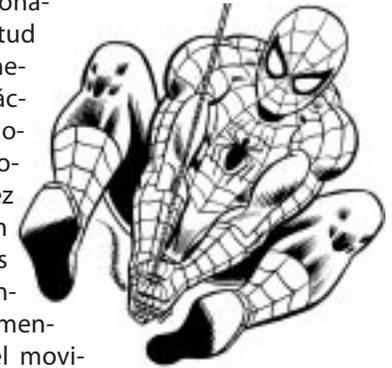
Y, aún, a estas tendencias, se pueden agregar características existenciales recurrentes, que se pueden reconocer constantemente en su acción: la tendencia a considerar las discusiones teóricas como esenciales, poniendo casi siempre las cuestiones de principio por sobre las posibilidades de alianza política práctica; la tendencia a quedarse en las proposiciones de acción máximas, sin repliegue posible ni alternativas; la tendencia a poner la consecuencia, el valor y la audacia como virtudes centrales, por sobre la coherencia, o el despliegue teórico; la tendencia a valorar las acciones por lo que tienen de audaces, de consecuentes o de demostrativas, por sobre la eficacia, o la viabilidad.

Es curioso constatar, entre gente cuya actividad más común es discutir enconadamente cuestiones teóricas, una actitud de desvalorización de la teoría en beneficio de la práctica, sobre todo de la práctica inmediata, directa y ejemplarizada. Es curioso constatar también, en movimientos que se dividen una y otra vez a raíz de largas discusiones teóricas en torno a la interpretación de acciones relativamente locales y pasajeras, el sentimiento de pertenecer a los destacamentos más conscientes y avanzados del movimiento popular.

Cuando se los ha criticado, históricamente, se ha señalado también su tendencia al individualismo, su retórica frecuentemente ampulosa y excesiva, su enorme capacidad de hacerse notar a pesar de su falta de importancia numérica, su enorme capacidad de autojustificación teórica de los errores más evidentes, o de las estrategias políticas más inverosímiles.

¿Qué decir hoy día frente a estos fantasmas recurrentes que recorren el marxismo con retórica maximalista, con la pretensión de asustar al enemigo y con el único resultado de ofrecerles, una y otra vez, los elementos empíricos que permiten mantener y racionalizar la represión? ¿Qué decir hoy, con un sistema de comunicación social globalizado y opresivo, con un sistema económico transnacionalizado y sin competidores, con una amplia capacidad técnica para manipular diferencias y extremos y hacerlas funcionales a la dominación?

La mínima acusación que puede hacerse es la de su trágica ineficacia. Trágica no sólo porque no consiguen lo que quieren, sino porque contribuyen, una y otra vez, a conseguir exactamente lo contrario de lo que se proponen: el refuerzo opresivo y agobiante de los poderes dominantes, que ganan una y otra vez, la batalla en el sentido común de



las masas, apoyados tanto en su tecnológica como gigantesca capacidad en la manipulación de las acciones, que la torpe ofensiva pre tecnológica les ofrece en bandeja.

Pero, desde un punto de vista teórico, no es suficiente con esto. Desde luego, y en primer término, porque tampoco puede decirse, de ninguna de las otras estrategias marxistas posibles, que hayan sido demasiado eficaces. Si tuviéramos que competir para ver qué sector de los marxistas le ha hecho más daño al sistema de dominación la verdad es que nadie podría salir demasiado orgulloso.

Arrinconados históricamente, como de hecho estamos, la pregunta entonces, más que sobre la eficacia pasada o presente, no puede ser sino hacia el futuro. Por un lado, el pasado del marxismo está lleno de horrores y atrocidades que quisiéramos superar, porque aún creemos que una sociedad más justa y libre es posible y necesaria. Por otro lado, el presente está demasiado marcado de herencias autoritarias, volteretas hacia la derecha, irracionalismos compensatorios, como para que queramos alinearnos con unos o con otros fácilmente.

Hacia el futuro, el problema político es qué marxismo queremos, de qué clase de marxismo creemos que puede surgir la práctica política que pueda alterar significativamente el continuo de la sociedad represiva. Hay muchas tristes cuestiones que no queremos nunca más cuando consideramos las dictaduras burocráticas que gobernaron de manera totalitaria en nombre del pueblo. Hay muchas tristísimas cuestiones que no queremos cuando consideramos la ignominiosa historia de voltereta y traición que se ha hecho común entre la mayoría de los ex marxistas. Pero hay también muchas cosas que no quisiéramos nunca más, que siguen siendo ciertas entre los que presentan sus meros ideales, y su práctica paradójica, como emblema de consecuencia revolucionaria.

Nunca más vanguardias. Ya no más expertos en revoluciones que se paran frente al conjunto del pueblo en la actitud de saberlo todo y de consecuentes abnegados mientras la gente común se debate en la inconsecuencia, la ignorancia y la complicidad. Estos expertos son aho-

ra fácil instrumento de la propaganda burguesa, pero si triunfaran sería peor: los vanguardistas de hoy, serán los burócratas de mañana. Ya ha ocurrido esto, mientras haya vanguardias nada nos asegura de que no ocurrirá otra vez. El totalitarismo que resulta de las prácticas políticas ilustradas no es patrimonio de la derecha, es también ampliamente constatable en la historia de los socialismos reales durante este siglo. Es de estos horrores y vergüenzas que debemos alejarnos para que un marxismo distinto sea posible. Los ultra izquierdistas vanguardistas de hoy ya profesan y practican la mentalidad totalitaria que ejercerán cuando sean los burócratas dominantes de mañana. El que hoy sean minoría, o el que se puedan contar entre las víctimas de la represión no agrega ni quita nada a lo que ya la racionalidad de sus acciones revela.

Nunca más, de manera indiscriminada: "todas las formas de lucha son válidas". La violencia directa tiene sentido sólo cuando involucra al conjunto del movimiento popular. La violencia directa particular, local, meramente ejemplarizadora, no sólo es funcional al sistema, sino que nos hace parecernos sospechosamente al enemigo.

Pero, al revés, nunca más el exclusivismo en las formas de lucha, los expertos en dividir más que en integrar, los expertos en revoluciones que critican más a la propia izquierda que a la derecha. Todas las formas de lucha que no contradicen sus propios objetivos son válidas. La gran izquierda debe ser capaz de contener a todas las izquierdas, a todas sus temáticas, esencialmente diferenciadas, a todas sus formas teóricas, esencialmente diversas, a todas sus iniciativas, en muchos frentes de lucha distintos. Nunca más la idea de desviacionismo, o de revisionismo, en defensa de una ortodoxia común, estéril y niveladora. La cuestión vital ya no es la teoría correcta o el curso de acción correcto, sino quienes, en sus muchas opiniones y acciones, pueden estar a la altura del futuro que proponen, y quienes lo contradicen de hecho en sus acciones cotidianas.

Nunca más la división estéril entre los ideales y el mundo, como si los ideales movieran a la voluntad, como si la gente común y corriente fuese tonta o ciega. No tenemos otro privilegio que el de mantener la



voluntad de ser felices, unida a la confianza en que el mundo puede ser transformado radicalmente. Cualquier ciudadano común puede alcanzar esta conciencia, de muchas maneras, desde muchos lugares, cualquier ciudadano común puede actuar para hacer que el mundo sea distinto. Construiremos una red de redes de acción en que no haya expertos ni vanguardias, ni iluminados ni teorías correctas, ni acciones brutales, ni desconocimiento de la humanidad.

Miradas desde esta perspectiva, las iniciativas ultra izquierdistas no son sino parte del pasado, herencia del totalitarismo, ilusión ilustrada, miseria que nos ha contagiado el enemigo. Sólo ir más allá, con voluntad e imaginación permitirá hacer de la izquierda realmente una posibilidad de construcción de futuro.

Santiago, 21 de septiembre de 1999.



El Capitán América juega un papel muy importante en la historia «Tree of Knowledge» y también intenta resolver el misterio de los terroristas.





ROMPIENDO

N I C O L Á S C A S T R O

EL CERCO

"Se puso uno en cada esquina, el otro quedó en el centro".
Musiquilla de los ochenta.

"Cacha, esta huea", parece el Pedagógico",
11 de septiembre de 1999, 22:00 horas.

Atendiendo a la crítica

Nadie puede negar que los encapuchados existen, caminan, comen y desarrollan una vida, dentro de lo que el sistema permite, *normal*. Pero al parecer no son normales cuando se juntan, cuando actúan. El hecho es condenable, punible, lo lanzan a las tapas de los diarios y el debate parece abrirse al conjunto de la sociedad. Pero, en realidad, no se trata del debate, sino, por el contrario, de las conclusiones; procesada la información, analizada la coyuntura, concertadamente la clase dominante instala su discurso. Los vándalos irrumpen en escena mostrando el cuerpo del delito en toda su dimensión. Hordas lumpenescas atacan la seguridad del ciudadano. No corresponden al estereotipo del terrorista, sino más bien al del barrista, actuando bajo la influencia de un fanatismo violento. El encapuchado es un delincuente.

"Entiendo por humanismo el conjunto de discursos mediante los cuales se le dice al hombre occidental: si bien tú no ejerces el poder, puedes sin embargo ser soberano.

Aún más: cuanto más renuncies a ejercer el poder y cuanto más sometido estés a el que se te impone, más serás soberano".

Michel Foucault, *Microfísica del poder*.

Por su parte, los intelectuales "progresistas" salen, no al ring, sino a la sala de foros (valga el resentimiento) a pronunciarse. Aquellos que desde la izquierda defienden la institucionalidad del sistema político "entienden", con su gesto técnico característico, a los jóvenes que no encuentran su espacio en la sociedad que los niega en sus posibilidades de realización. E incluso reconocen que se trata de "gente", que, esta vez, presos de una anarquía ideológica y política, atentan contra sus padres en cada uno de sus actos. Profunda reflexión parece anidar en esta propuesta de reconciliación generacional. Aquí, los encapuchados no se corresponden con el estereotipo del delincuente, pero tampoco con el de un sujeto político. No son malos los encapuchados, son como Jim Carrey, (en *La Máscara*, obvio).

Los más analíticos y conceptuales, que no se ven en la necesidad de debatirse con las incoherencias propias de la participación electoral, buscan entre sus teoremas categorizaciones que permitan explicar el fenómeno. Situando como interlocutor los principios "humanistas" o la efectividad operativa que, en ambos casos, contradicen la imagen corporativa de la nueva izquierda, muestran vicios y desviaciones que desaliñadamente se autoconducen al matadero del aislamiento político. De nuevo, aquí los encapuchados no corresponden al estereotipo del irracional colectivo, sino, por el contrario, a la expresión de un proceso, una práctica y un análisis político inconducente, en definitiva, de ultraizquierdistas.

Lo interesante de estas dimensiones del análisis es que son abordadas desde el efecto comunicacional que los hechos producen. Es decir, es la capacidad de la burguesía de instalar los parámetros de discernimiento o apoyo. Se analiza la efectividad o el fracaso de la acción directa, pero en relación con el manejo comunicacional de la oficialidad. Mostrar la cara, o ir a un siquiatra son las salidas viables.

Los intelectuales que, por decisión propia, se encierran en la comodidad de sus cubículos, son capaces de procesar la información que reciben y perciben, y más allá de las voluntades propias, sólo pueden percibir lo inmediato. Reduciendo la construcción de subjetividad al *Cuerpo D*, (ese de *El Mercurio*, obvio, de nuevo) o analizando la barricada con la que se encontraron como transeúntes, instalan el debate político únicamente en la esfera de lo global.

Esta combinación, que sitúa lo inmediato y lo global como las herramientas de análisis, descontextualiza y confunde; pero, ojo, es tan reducido como el análisis que sostiene que, por estar encapuchado, se hace lo correcto. Estas miradas no permiten percibir los niveles de conciencia, articulación y proyección de los mismos hechos, los cuales se ven reducidos a



un problema de legitimidad o ilegitimidad puntual, y dependiendo de cómo el mismo sistema resuelve su discurso para la coyuntura. Si bien la diferencia entre represión y re-educación política, es bastante grande, el resultado buscado en ambas formas es la *integración*. Por temor o ideología, deshacerse del lastre los encapuchados parece ser la tarea.

En el terreno estudiantil, párrafo aparte merecen las simpatías antropológicas y no menos fetichistas de los mirones: el saber quién será, la risa por el que se resbala, el aplauso o la efímera complicidad que da el respirar un poco de lacrimógena. Aparte (como el párrafo), los que disfrutan con nuestras rabias y alegrías; aparte los que miran, no los interesados, los voyeristas por deporte. Los encapuchados no corresponden al estereotipo de nada, son *buena onda*. Son simpáticos, son como un conjunto de demonios de Tasmania que se encontraron por casualidad. ¿A quién parece que mataron?

Los mirones tienen que escuchar por qué se pelea, ese por lo menos debe ser el precio de la entrada al "espectáculo", les guste o no, deben tomar una decisión. Para este territorio, recuperar la voz política de los encapuchados parece ser la tarea. Causar impacto, no sólo molestia o simpatía, transformar al público en actores, agrandar el "teatro".

Ahora sí, entre nosotros:

En la mayoría de los casos, el debate de los encapuchados es situado bajo un marco que raya en la redundancia moral. Se discute sobre si está bien golpear, porque ellos nos golpean, o respecto a si ciertas formas de actuar corresponden o no a un imaginario de hombre ideal ("combativo y popular"). Estas *discusiones* no deben distraernos del debate fundamental, el cual sin duda debe ser llevado a cabo: ¿Acumulan, para el campo popular, los encapuchados?



Más allá del bien y del mal ¿violencia?

Si bien es necesario reflexionar acerca del uso de la violencia, esto debe entenderse como algo que está al margen de la capucha. No es la capucha lo violento sino el enfrentamiento y, definitivamente, no todos los enfrentamientos se desarrollan con encapuchados al medio. No es conveniente reducir el análisis a un problema de legitimación o no del uso de la violencia.

No se puede entender el problema de la violencia política sin conceptualizar a la política como la organización y aplicación sistemática de la violencia, como la articulación de un conjunto de medios para la perpetuación o destrucción-construcción de poder. La violencia es parte activa de la estructura social, es la forma en la que se traducen, en determinadas ocasiones, los enfrentamientos, no es sólo un instrumento o medio de lucha, sino, sobre todo, *una* de las formas que asume el conflicto de clases.

El problema moral de utilizar la violencia política debe ser reemplazado por el problema político de cómo utilizarla en este período. Entendiendo que esto va más allá de un problema de legalidad o ilegalidad de las formas de lucha, sino que debe ser considerado en un análisis sobre las condiciones para su materialización. La lucha de clases –como realidad y como teoría– advierte sobre el carácter permanente del enfrentamiento social: es claro que *no hay poder sin enfrentamiento* y este enfrentamiento es de carácter cotidiano.

¿Pero, qué tienen que ver los encapuchados con la cotidianidad? Al parecer nada, y es precisamente en esta reflexión donde la instalación hegemónica de un discurso desinformante o “velado” se vuelve efectivo, incluso entre los aliados del campo popular. Desalojando cualquier vinculación con el verdadero enfrentamiento, el permanente, los encapuchados son cercados comunicacionalmente, en la estigmatiza-



ción del vándalo, ya sea por infantil, delincuente o ultrazquierdista, apareciendo en la escena política de manera esporádica y, en la mayoría de los casos, en formas descontextualizadas de cualquier provecho político. Nuevamente el problema moral de la violencia, nuevamente la imagen del delito, pero más arraigada, haciéndose carne en la tradición.

En ese sentido, la violencia de la que habla públicamente, y con énfasis, la burguesía –e incluso quienes dicen representar voces del campo popular, la izquierda madura–, es casi siempre aquella que expresa el enfrentamiento de los pobres, y por ello lo categoriza como delito; la otra en cambio, su violencia, recibe los elogios de una categorización benevolente y cómplice: la justicia. En la perspectiva de los intereses de los poderosos, la lucha de clases es reemplazada por la imagen de una lucha –también permanente– entre el delito y la justicia. Quitándonos de encima los supuestos morales de la legalidad, nuevamente aparece en el tapete el problema de la validez política de un actuar determinado.

Ya le pregunté a todos, mi teniente, ¿pero de dónde saco un infiltrado!?

Romper con una serie de fetiches creados alrededor de los encapuchados se hace imprescindible. El primero tiene relación con situar geográficamente su accionar. Los “analistas” tienden a estereotipar la figura del encapuchado con la del estudiante universitario; es evidente que, a los ojos de la prensa, sólo las universidades reciben cobertura informativa. Exceptuando los “11”, las expresiones de lucha callejera son reducidas a lo estudiantil. No es posible negar, que la subjetividad construida alrededor de los distintos sectores del pueblo organizado que se apropia de la capucha, posee en su expresión actual el legado de las lu-

chas contra la dictadura, y en una imagen más reciente, la de las luchas estudiantiles, que son transmitidas en vivo y en directo. No es menos cierto, que la influencia de los estudiantes universitarios en lo que va de la década ha sido por lo demás importante. Pero, sin duda, el espacio político de la capucha ha dejado de ser tan restringido a este sector y por qué no decirlo, ha dejado de pertenecer exclusivamente a los sectores con los cuales el sistema se muestra más permisivo.

Durante la dictadura, la capucha representa el acto instintivo a la hora de la protesta, o la presencia de la propaganda orgánica, pero en la actualidad se instala como un actor político diferenciado que establece, por lo menos en el terreno subjetivo, la continuidad de la lucha revolucionaria. Por esto, debe asumirse la acción de encapucharse como una herramienta jalonadora de sentido común, pero, además, como parte de una política; de esta manera es posible reflexionar con respecto al sin número de potencialidades que esta situación puede generar. No basta con diferenciarse, desde la galería, de los encapuchados que no lo entienden de esta manera; no basta con tomar distancia, como lo propone el Ministerio del Interior. No puede aislárselos. Lo que sí es posible, es diferenciarse a través de una propuesta política y un actuar contundente, recuperando esta continuidad histórica que, sin duda, nos pertenece.

Durmiendo con el enemigo: calle v/s territorio

Si bien es un error analítico de proporciones el proyectar un actuar político con los ojos puestos en la "geografía" del enfrentamiento, únicamente, ha sido incluso en este ámbito donde las apariciones se han transversalizado. Mapuches, portuarios, pobladores y estudiantes encapuchados parecen multiplicarse; como respuesta inmediata, el discurso

oficial instala la necesidad de quitarle aire a los encapuchados, establecer un cerco que impida su reproducción. Pero el sistema no pone los ojos en la geografía, sino en quienes la habitan.

En muchos casos, el actuar de algunos grupos de encapuchados no logra distinguir el enfrentamiento en todas sus aristas. La acción de cubrirse el rostro, aunque se realice organizadamente, no puede ser considerada como una expresión del momento más álgido de un proceso de acumulación de fuerza social. El *momento* de la capucha no se transforma, necesariamente, en la tensión de una apuesta política que bus-



que dotar a su fuerza de niveles ascendentes de radicalidad. Estos grupos utilizan la geografía del territorio como un espacio de diálogo con otros sectores del pueblo organizado y, como una de sus premisas, el establecer niveles de "diálogo" con las fuerzas represivas. Pero éstas no responden únicamente con *policía*, se sitúan en el plano de una ofensiva o contraofensiva política. Se hacen presentes de diferentes maneras en la disputa del escenario, articulando discursos locales entre sus bases, disputando la iniciativa; de acuerdo a sus necesidades propias despliega su aparato

policial reprimiendo de distintas maneras, deja hacer, inyecta recursos, coopta organizaciones; pero siempre instala una política que va más allá del accionar de los encapuchados, por sobre todo, centrándose en las proyecciones de su actuar.

Aunque muchas veces se pueda visualizar estos procesos como controles de tipo político, como ideológico, policíaco y militar, separadamente, en realidad se trata de un paquete tecnológico fuertemente articulado. La secuencia de actuación depende de la envergadura del enfrentamiento.

¿Pero dónde se produce el enfrentamiento? No sólo en la calle. El territorio de disputa es la articulación de las distintas subjetividades que se manifiestan con la presencia, o bien con la ausencia de los encapuchados, y es así como lo entiende la burguesía. Les preocupa en todas



sus dimensiones. No son los gastados análisis de científicos políticos, que estudian la emergencia de grupos *proto anarquistas*, su marco teórico. Por el contrario, posee un carácter profundamente estratégico, y es por esto que busca el aislamiento de los encapuchados para así aniquilarlos, no golpearlos como en las décadas pasadas; sin ningún arraigo, al “león” no le preocupa nuestra “mirada”.

Para los ojos recelosos, no hay dudas que los encapuchados pertenecen al campo popular y que son un factor gatillante en su proceso de rearticulación, pero no es menos cierto que hay sectores más acertados que otros. Elegir cómo y dónde pelear parecen ser las respuestas más obvias.

Es aquí donde se hace presente otro de los fetiches, y es el de reducir la figura de los encapuchados únicamente a la expresión material de la lucha callejera. No se toma en cuenta, de esta manera, el sin número de situaciones donde los encapuchados se hacen presente sin tener contacto con las fuerzas represivas; pese a la disposición permanente a enfrentarse, si es necesario el encapuchado aparece en la feria, la plaza o el acto político y establece un diálogo más profundo y político con la cotidianidad. Elige dónde y cómo hablar, se apropia de los espacios naturales de reunión e instala su discurso más allá del enfrentamiento “militar”; no desaloja esta dimensión, sino que la incluye en una apuesta con mayor proyección. La construcción territorial, entendiéndola como la forma de asumir la totalidad o la mayor cantidad posible de las aristas del enfrentamiento, establece sus raíces en la construcción permanente y asentada en un territorio social. Sin duda, si los intelectuales vieran o se propusieran ver más allá de su espacio restringido de influencia, sus análisis tendrían más importancia.

La legitimidad trasciende el problema de la legalidad y se instala en un escenario más complejo. La legitimidad se construye, afianzando o destruyendo los patrones, “los supuestos”, que el mismo sistema genera.



Sin duda, los encapuchados pueden atentar, con una política acertada, contra la mal entendida normalidad en el proceso de reproducción de las asimetrías, atentan contra la dominación. Por esto no puede establecerse como una acción determinada, divorciada del resto de un actuar político que, en definitiva, tiene como objetivo la recuperación de territorio controlado por el enemigo. Recuperación que, en el enfrentamiento mismo, puede traducirse en un retroceso. Así es la cosa, al hacer evidente el enfrentamiento que en la cotidianidad aparece velado, al intentar desenmascarar el verdadero rostro de la dominación, el enemigo se expresa mucho más allá de sus aparatos represivos.

Lo que se intenta es producir un conjunto de planteamientos y lecturas políticas, que se expresan en un actuar concreto, de manera coherente y sistemática. La capucha tiene como potencialidad, incluso por su estética, el ser una herramienta política jalonadora de sentido común, que apunta a subvertir la distorsionada imagen de la realidad. Sin embargo, alejada de esta integralidad política, se transforma únicamente en un fetiche plagado de vacíos políticos, que no abordan la totalidad de las relaciones sociales que se ponen en disputa.

Considerada de este modo, la capucha no aborda el problema de forma territorial, no aborda la integralidad; así como el análisis de los intelectuales reduce, al hecho mismo de estar en la calle, el estar desarrollando una acción revolucionaria. De este modo, el problema no se sitúa en el plano de la efectividad de la acción directa, lo que sin duda es importante, sino en el conjunto de tensiones políticas que se producen en su preparación, en su desarrollo, en las consecuencias y potencialidades que genera.

Es, en este sentido, fundamental comprender que la dominación no se establece “en el aire”, ni en el territorio geográfico, sino en el territorio social. La dominación se manifiesta en el amplio espectro de nece-



sidades y deseos, de rechazos y apatía, que se expresan en un actuar concreto, el cual la reproduce o la subvierte.

Ladran, Sancho:

Es importante destacar que, para realizar un análisis político, en primera instancia no se *los* puede, no se *nos* puede (todas las combinaciones esquizofrénicas posibles...), tratar como un fenómeno a *estudiar*, en el peor de los casos, y digo en el peor, salvando la pedantería del verbo *conducir*.

No hay que olvidar, que si bien hay que alejarse de las prácticas "espontaneístas", en la espontaneidad se desarrolla una de las formas embrionarias de lo consciente; no es posible, desde una perspectiva revolucionaria, sólo utilizar la crítica, sino también es necesario protagonizar en la *escénica* el problema de la conducción y, en este plano, sólo la lucha política concreta hace posible disputar los cómo, los cuándo y los por qué.

Algo que no puede obviarse es el problema del resguardo. El enfrentamiento requiere de protección para multiplicar la disputa, sin duda, la protección implica defensa. De hecho la protección del rostro propio, es la imagen más clara de la necesidad del resguardo, ¿contra qué o quién? Definitivamente eso depende de los niveles de conciencia política de los distintos grupos de encapuchados. De forma espontánea o consciente la figura represiva se desvanece en cada pedazo de tela y es aquí donde ésta se resignifica y se transforma en capucha. Por esto *no es el acto de taparse la cara lo delictual, sino la concertación para ejercer la ilegalidad*. Encapucharse implica hacer evidente el enfrentamiento, que puede traducirse en una escaramuza o en un hecho político.

Esta es la dimensión en donde empieza a jugar un rol fundamental la esfera de los *supuestos* que motivan la acción. Al hacer evidente el enfrentamiento, los encapuchados producen niveles de polarización subjetiva que deben ser analizados con anterioridad. Los niveles de conciencia política de los distintos grupos definitivamente no son homogéneos.

Nuestro actuar no es irreflexivo. Por el contrario, a cada paso que damos, buscamos darle coherencia y continuidad a las tareas que creemos que hoy día deben asumir los revolucionarios. No se trata de recetas, o paquetes de soluciones para las distintas realidades locales, sino de apuestas que, en el terreno de la lucha concreta por la construcción y la conducción, proyectan su efectividad o se diluyen. La reflexión, y su coherencia con la realidad política, sólo pueden estrecharse con el acierto, aquel que se logra al calor de la construcción real.

Que opinen, entonces, los que quieran, a nadie puede vetársele este derecho.



«Cuando la sociedad humana llegue a un estadio en que sean eliminadas las clases y los Estados, ya no habrá guerras, ni contrarrevolucionarias, ni injustas ni justas.

Esa será la era de la paz perdurable para la humanidad. Al estudiar las leyes de la guerra revolucionaria partimos de la aspiración de eliminar todas las guerras.

Esta es la línea divisoria entre nosotros los comunistas, y todas las clases explotadoras».

Mao Tse Tung

«Sí, pero para esto falta mucho, mejor me tapo».

Sentido común radicalizado.







LA CAPUCHA NO OCULTA, ALEJANDRO CID AL CONTRARIO, MUESTRA

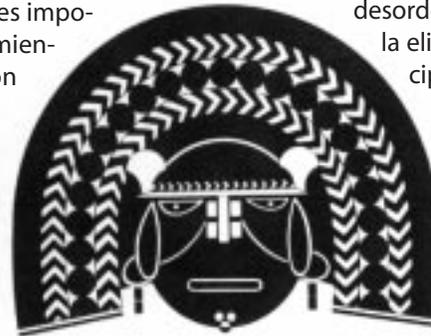
Los hombres son buenos, pero vigilados son mejores.

Juan Domingo Perón

2.-

A Aquí el sueño no ha acaecido, es simple ilusión, es imposible su comprobación y permanencia. Para el pensamiento oficial, los proyectos de sociedad alternativos son una reserva moral íntima y privada o son meros sin sentidos colectivos, infantiles frente a la sobriedad del cálculo, frente a la levedad e intransigencia de la tecnología del poder, verdaderos *software* implementados en todas las esquinas de nuestra sociedad. Uno de estos *softwares* lo constituye la democracia, el principio oficial.

Los encapuchados son virus...



...en tanto sociedad que quiere asumirse como reflejo de plena salud, los encapuchados representan la más absoluta voluntad del desorden. El *software* se activa, no simplemente en el sentido de la eliminación física del ser humano encapuchado, sino principalmente en su sentido simbólico. Los agentes trabajan para perseguir las ideas, para vigilar y someter a juicio las ideas, llevarlas a los tribunales del tiempo oficial, tenerlas, en definitiva, al alcance. El fantasma que recorrería Europa ya no atormenta a nuestras autoridades estatales y privadas, ahora el enemigo es invisible, es un virus que comunica su existencia a través del daño, y frente al que reviven ancestrales miedos, utilizados hasta el cansancio por la dictadura, primero, y por los

gobiernos de la Concertación, después. Me refiero al pánico que provoca la evocación de la idea cristiana del demonio, que en latín significa “el que divide”; la fuerza redentora del caos, la sombra del mal rompiendo el equilibrio familiar de la sociedad. Esto es la expresión ideológica oficial, mostrada en su crudeza irracional, que exalta el cálculo y el pragmatismo por un lado, pero que acompaña aquellos ejercicios con ideas incuestionables acerca de la ética fundante de esta democracia y de esta sociedad. El demonio existe para ellos en todos estos disidentes que, ocultando su rostro, vale decir negando la lógica comunicacional del espectáculo democrático, marchan por los senderos prohibidos. ¡En ellos que caiga toda la violencia del Estado! a la democracia, tan delicada, hay que protegerla...

Pero no son policías los culpables de la muerte de Daniel o Claudia, ni siquiera los civiles no identificados (que siempre resultan ser uniformados) que disparan a mansalva en las protestas. Otros más siniestros son los culpables. Otros que se ocultan en capuchas más sofisticadas que poleras o pañuelos, otros que detrás de sus centros de Investigación, detrás de sus oficinas ministeriales, elaboran los discursos que justificarán la mano asesina que dispara. Esos intelectuales, esos santos señores de oficina son más anónimos, más ocultos que los trabajadores portuarios, que los mapuches, pobladores y estudiantes haciendo barricadas.

La producción del consenso oficial, que dejará fuera de él a los encapuchados, tiene como principio la inaccesibilidad. La retórica intelectualista, tan ajena a los trabajadores y al mundo popular, cumple con el propósito de defender el conocimiento, reservándolo para una minoría que lo entiende y que es capaz de traducirlo en acciones. Y no hablo solamente de diferencias lingüísticas o educacionales, hablo de complejos dispositivos institucionales que operacionalizan los discursos oficiales, en los distintos ámbitos de la actividad del Estado; en cualquiera de los cuales hay hombres ocultos que

diseñan políticas, de entre ellas, la famosa *seguridad ciudadana*, que se encarga de los encapuchados.

Pero estos señores no ven o no quieren ver que “el que divide” no está entre los encapuchados, está en la incertidumbre, en la insalvable sensación de falta de unidad. Esta democracia, el principio ordenador, no es reflejo de una unidad, sino resultado del disenso, y es sólo la cabeza de la lista de los principios incuestionables, que el fuego de las barricadas no hace más que mostrar.

“El que divide” está, o mejor dicho, *son* las antiguas pero renovadas relaciones de injusticia y explotación. Cuando se constata eso, la reconciliación significa, sobre todo, el acto de ponerse de acuerdo para extirpar los virus de la disidencia. Porque reconocer que esta sociedad no padece por sus múltiples virus (con sucesivos nombres, dependiendo de las coyunturas), sino que por las innumerables heridas abiertas, de un engendro contradictorio y violento en sí, nos lleva a pensar que no será posible esta reconciliación que buscan, toda vez que en esta sociedad no es posible siquiera la conciliación.

Ocultar el fondo de la cuestión, es el trabajo intelectual más cotizado en el mercado de la hegemonía. Asimismo, las condiciones que la sociedad chilena ofrece, van construyendo un sentido común agrietado por su débil sustentabilidad. De ahí, que se requiera actualizar por todos los medios el discurso oficial.

Por eso, el casi inexistente control sobre los medios de comunicación, por parte de los sectores más excluidos y empobrecidos de la sociedad civil, no sólo sirve para mantener los monopolios en el sector, sino también para que personajes que viven de mantenerse vigentes únicamente por medio de la polémica, ostenten el atributo de no hacerse responsables de sus palabras. En ellos, además de la demonización del encapuchado, existe una tendencia a su infantilización, como si fuera un antojo ver el sello de lo irracional en sus acciones. Para ellos el capricho y lo perverso van unidos. Al niño mal criado





se le castiga, al perverso se le elimina. Fórmulas simples que son el punto de partida de una ideología oficial que, despojando al sujeto en cuestión de su condición de humano, le confisca sus derechos y le expone, eventualmente, a la cruel ritualización de la tortura. Un conjunto de discursos que, articulándose en un sentido común dominante, fundan la convivencia democrática en el miedo al disenso, demostrando la incapacidad de sus actores para ofrecer explicaciones satis-

factorias respecto de un fenómeno que sobrepasa la supuesta franja de jóvenes inadaptados.

3.- **No atiendas el mensaje, atiende los golpes. Los Prisioneros**

Si tomamos un período de tiempo como una fabricación humana, es decir, un período al que le asignan, por convenio hegemónico, la propiedad de señalar el principio y el final de una etapa, descubriremos que esta fabricación facilita que manipulen la necesaria atención que debemos prestar a la vida que vivimos. La aceptación acrítica de ciertas características de un período o de una época significa, en esa perspectiva, validar determinados comportamientos desde el Poder. En buena medida, es uno

de los criterios de Verdad más importantes del sistema. Nuestra sociedad viene desde hace mucho vinculando distintos proyectos políticos a la idea de un tiempo, de una época diferenciada. Esto no es ninguna novedad, salvo las consecuencias de usar al tiempo como argumento político, tanto desde los que están en el Poder, como desde nuestra vieja izquierda.



Las Alamedas no se abrirán para que pase el hombre libre, esa es una receta para otro tiempo. La Alameda simboliza el centro, la antigua unidad realizada por un Estado-padre que acogía a sus hijos, que les ofrecía la principal avenida del país para dirigirse en masa a La Moneda. En el siglo veintiuno la Alameda es otro dispositivo implementado desde el sistema, no recibe al transeúnte como un objeto inanimado, éste vive en las centrales de carabineros que graban y archivan a esa masa anónima y, por tanto, potencialmente peligrosa. La Alameda no importa para el encapuchado. Importa mostrar su rabia, su disidencia.

En lo ajeno reina la desgracia. Y es bueno decirlo. No es nuestro este país que se vende al mejor postor. No es nuestra esta democracia que no escogimos. Aun cuando podamos, por referencia familiar o documental, conocer la crisis de la UP, tampoco fue nuestro tiempo. Lo que nos pertenece es una sinuosa y exhibicionista impunidad. Y no estoy reduciendo el problema a un asunto generacional; todo aquel que asuma responsablemente su disidencia, puede reconocer en los acuerdos que hicieron viable este tipo de democracia, maniobras dirigidas a la identificación mutua entre expectativas y régimen político.

Sólo expectativas antes de los noventa, sólo expectativas después, nunca una referencia a un pasado mejor con el cual pudiéramos comparar el presente. Este tiempo democrático es la verdadera cuna para los íconos que vendrán, aun cuando rastreemos su origen en el Golpe y la dictadura, incluso en un pasado más lejano.

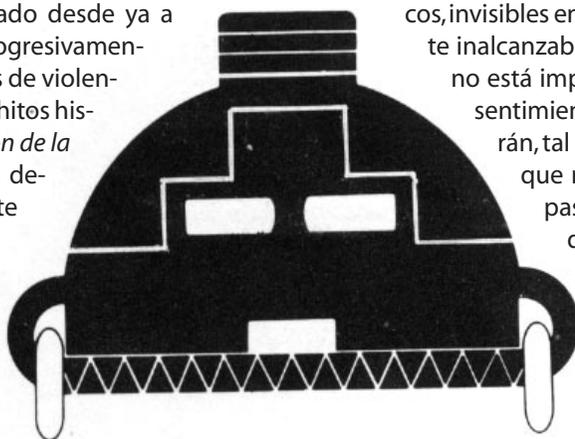
Desfavorablemente, las traducciones de esta realidad se han centrado, casi únicamente, en que el elemento fundante de un proyecto de cambio es el rescate de la memoria quedando, por tanto, la capucha como símbolo de un pasado inmediato, del pasado donde encapucharse



era una necesidad técnica de sobrevivencia. Mi impresión al menos, es que la capucha hoy tiene un elemento propositivo, un atisbo estético de un sentimiento de búsqueda.

La identidad que nace de encapucharse para protestar, es una señal de *negación* de algo y de *aceptación*, al mismo tiempo, de una realidad cotidiana. La aceptación de la impunidad como una realidad que afecta desde los pobladores de la Villa "Héroes de Iquique", en Maipú, inundados por negligencia administrativa, a los familiares y víctimas de violaciones a los derechos humanos. Es una impunidad tan cercana, tan entrometida, que hace de la capucha un refugio frente a lo inevitable: la vigilancia y persecución de quienes tengan la imprudencia de reclamar sus derechos. *Aceptar la impunidad no significa resignación, significa ante todo el principio desde el cual es posible pensar Chile*, en sus relaciones más recíprocas y esenciales.

La capucha no oculta, al contrario muestra. En el Chile de los últimos años, taparse el rostro es una denuncia, deja en evidencia la paradoja de la convivencia nacional. Expresa la asimetría del poder. El individuo disidente, puntual o estratégico, está condenado desde ya a guardarse el descontento, acumulando rabia progresivamente. Ira que, a su vez, estallará con diversos niveles de violencia, tanto en los triunfos deportivos como en los hitos históricos. El encapucharse, por tanto, es la *negación de la efectividad de "los caminos democráticos"*, es la demostración estética de la ilegitimidad fundante de esta democracia. Las vías legales, que el sistema exige sean utilizadas por el ciudadano común, llevan incorporados tantos *softwares* de imposibilidades, que empujan crecientemente a la famosa crisis de representación. O, en último caso, al abandono de la lógica del



diálogo, entre sociedad civil y Estado. Esto, desde un punto de vista funcional, ha provocado que el chileno piense desde el mercado, pero –atención– no del "mercado perfecto" de Milton Friedman, sino a partir del real; del que en su agresividad termina por imponer la impunidad del poderoso, imponiendo a su vez, la lógica pragmática por sobre la supuesta armonía. Aunque la evidencia muestra que esta situación tiene un filo funcional y uno proscrito.

Taparse el rostro es una señal transparente que los encapuchados le envían al sistema. Responden a la vigilancia todo poderosa, de la forma más natural y repetible. Oculando su rostro dejan ver los ojos expectantes y alertas.

En la era del simbolismo, los anónimos disidentes crecen cada día, no esta vez contestando simplemente desde sus rabias; esta vez vigilando de vuelta al sistema. Los histéricos agentes se alarman ante el enorme potencial de la capucha. Reconocen en silencio que, entre luchar por los derechos y violar las leyes, existe un lindero exiguo. Aún más. En esas condiciones protestar y encapucharse representan dos momentos de una misma decisión. La capucha deja ver sólo los ojos, los miles de ojos anónimos que acechan y rodean al sistema por todos sus flancos, invisibles en sus fronteras físicas y conceptuales, absolutamente inalcanzables en su i-lógica interna. En esta acción disidente no está implicado el rostro ni los discursos, está implicado el sentimiento: la labor del gesto por sobre las palabras. Pasarán, tal vez, años para que los gestos constituyan palabras que recorran el territorio, comunicando las ideas y los pasajes a esa realidad aún buscada tercamente atrás de un pedazo de género.

1.-

Era el negro, ¿o era el pelao?, el chino, sí era el chino. ¿O el flaco? Ya no me acuerdo. El asunto



es que la capucha le molestaba los ojos, tuvo que bajarse un poco la tela, mostrando casi toda la nariz. Una, dos, tres y más veces tiró la cadena a los cables. Cuando iba por la quinta todo el mundo lo chacoteaba, riéndose de su futuro incierto como padre. Hasta que el chispazo prendió los rostros tapados y toda la población se ocultó en el frío hueco de la noche. Yo miraba cerca de la acera. El espectáculo era poderosamente seductor. Muchas sombras se acercaban lentamente a la esquina, por un lado, perros callejeros y gente asomándose a los pasajes. Pero se podía, extrañamente, distinguir el paso veloz de los muchachos. Forros de neumáticos al hombro, bidones de combustible y el trote del quetejedi, inconfundible, armando excitado la barricada. Venía la parte que a mí me gustaba, cuando todo se encendía con una llamarada tan violenta, que se podía escuchar el zumbido del oxígeno inflamándose. Ahí mismo comenzaba la liturgia, los aplausos, silbidos y cabros chicos, medios raperos, recogiendo piedras. Lo demás no me parece tan relevante. Porque lo que me interesa destacar es el papel de la mujer en todo esto. ¿Suena convincente? Antes que me digan que no. Quisiera, en mi defensa, decir que es verdad, en parte, pero cierto. Había una mujer que me interesaba, entre todos los presentes. Me daba la impresión de que siempre andaba enamorada. No como se imaginan a las típicas enamoradas de los cuentos, medias ausentes, ingravídas. Esas me ponen nervioso. No me gusta su actitud, es como si en realidad estuvieran atentas, siempre dispuestas a un capricho, o como si estuvieran tan lejos que vivir, para ellas, no fuera algún estar tomados de la mano, o conversando, o no sé, haciendo ese acariciar de cuerpos tan necesario. Ella andaba, por ahí, enamorada, llena de cantos y nostalgias.

Seguiré con el relato, que a fe de no procurar engaños, no es de barricadas y encapuchados, sino de todo lo contrario, ¿que



creían?, ¿que sería una apología a la capucha?, –como si fuera muy entretenido andar con esa lesera en la cabeza, picándote por el sudor, o mezclándose de ventosidades y cosas tuyas, cuando la tos de las lacrimógenas no te deja respirar. ¿O que las barricadas son las trincheras encendidas del combate contra el capitalismo brutal y salvaje? Lo de brutal y salvaje vale, porque aquí cuál de todos tiene más odio. Pero lo de las trincheras encendidas del combate, más o menos no más. Mientras ellos parecen astronautas, con cascos y quién sabe qué tecnología de última generación, nosotros andamos con poleras en la cabeza. En donde sí les llevamos ventaja, es en esto de sentirse deportista, o por lo menos a mí me pasó. Ya hubiera querido el Kaitel mi velocidad cuando se nos tiraron encima. Lo que más lamento es no haberme portado a la altura, y llevarla de un brazo a ella para salvarla, pero sé que en realidad se hubiera enojado conmigo.

Ya sentados afuerita de la casa, de ella por supuesto, con la población aún oscura, conversamos medios jadeantes, mientras el quetejedi traía una bebida recién comprada. Alguien preguntó si vieron cuando le tiraron la mola a la micro de pacos. ¡Síiii! ¡Hooo!, ¡qué buena! Yo, en silencio, pienso. A veces me pongo medio filósofo. Me da por irme detrás de las ideas como una fila negra que busca una salida. Pienso que en verdad son más fuertes que nosotros, que pasarán los años en este ir y venir de fuegos y heridas. Que mi cuerpo se irá gastando, poco a poco, sin ver a mi gente feliz, sin caminar alguna vez satisfecho de tener mi propia patria, o que eso que decimos sistema se acabará un día, brotando sueños y esperanzas de entre sus ruinas. No es muy bueno sentirse así, me imagino un pirata, me siento un pirata. Y ahí, sobre la misma, la boca me traiciona: “¿Pa’ dónde vamos cabros?, ¿ganaremos algún día?” ¡Tate! La frase cayó fuerte. No me había percatado que sólo yo meditaba, los otros inte-

rrumpieron su conversación. Me miraron, se miraron. El silencio se hizo pesado, casi ruidoso, cuando sorpresivamente estallaron en risas. ¡Buena po'!, ¡este siempre tan poeta! Me reí también, mucho más calmado que antes.

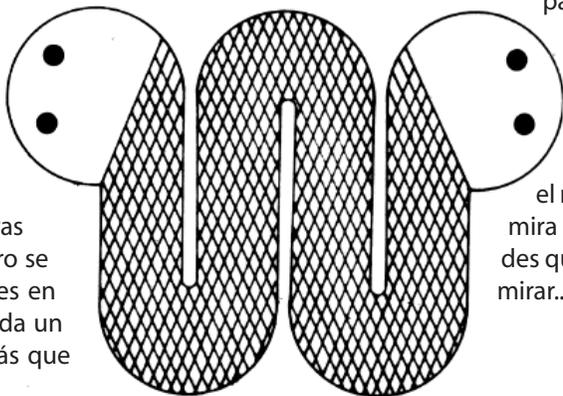
Después todos miramos, entre las sombras, las calles que nos rodeaban. El quetejedi se sentó a mi lado, y tomándome del hombro me dijo: "Usa los ojos, huacho. Despabila la mirada". Me sentí apenado, quise fumar, busqué instintivamente la silueta de ella, pero noté que se levantaba rápidamente. "¡Ah! Me acordé de algo." Fue y volvió rauda de su casa, traía un papel, que me extendió para que leyera. Era una fotocopia, un comunicado del Subcomandante, que hablaba acerca de un viejo, del viejo Antonio, que le contó un relato mientras curtía el cuero de un león de montaña, que él mismo había cazado. Lo leí con un poco de celos, había notado la especial atracción que provocaba este zapatista en las mujeres. El texto en cuestión decía así:

"El león come la carne de otros porque los otros se dejan comer. El león no mata con las garras o con los colmillos. El león mata mirando. Primero se acerca despacio... en silencio, porque tiene nubes en las patas y le matan el ruido. Después salta y le da un revolcón a su víctima, un manotazo que tira, más que por la fuerza, por la sorpresa.

Después le queda viendo. La mira a su presa... El pobre animalito que va a morir se queda viendo nomás, mira al león que lo mira. El animalito ya no se ve él mismo, mira lo que el león mira, mira la imagen del animalito en la mirada del león, mira que, en su mirarlo del león, es pequeño y débil. El animalito ni se pensaba si es pequeño y débil, era pues un animalito, ni grande ni pequeño, ni fuerte ni débil. Pero ahora mira en el mirarlo del león, mira el miedo. Y, mirando que lo miran, el animalito se convence, él solo, de que es pequeño y débil. Y, en el miedo que mira que lo mira el león, tiene miedo. Y entonces el animalito ya no mira nada, se le entumescen los huesos así como cuando nos agarra el agua en

la montaña, en la noche, en el frío. Y entonces el animalito se rinde así nomás, se deja, y el león se lo zampa sin pena. Así mata el león. Mata mirando. Pero hay un animalito que no hace así, que cuando lo topa el león no le hace caso y se sigue como si nada, y si el león lo manotea, él contesta con un zarpazo de sus manitas, que son chiquitas pero duele la sangre que sacan. Y ese animalito no se deja del león porque no mira que lo miran... es ciego. 'Topos', les dicen a esos animalitos.

El topo se quedó ciego porque, en lugar de ver hacia fuera, se puso a mirarse el corazón, se trincó en mirar para dentro. Y nadie sabe por qué llegó en su cabeza del topo eso de mirarse para dentro. Y ahí está de necio el topo en mirarse el corazón y entonces no se preocupa de fuertes o débiles, de grandes o pequeños, porque el corazón es el corazón y no se mide como se miden las cosas y los animales...
...el hombre que sabe mirarse el corazón no ve la fuerza del león, ve la fuerza de su corazón y entonces lo mira al león y el león lo mira, en el mirarlo del hombre, que es sólo un león y el león se mira que lo miran y tiene miedo y se corre... nunca olvides que al león y al miedo se les mata sabiendo a dónde mirar..."









MABEL VARGAS - GONZALO ROJAS *

S7ETE COMUNICADOS

COMUNICADO N° 1.

*SOBRE LA NECESIDAD DE JUSTIFICAR
EL NACIMIENTO Y DESTINO
DE LOS COMUNICADOS POSTERIORES.
Santiago, 1° de julio, 1999.*

A la veinte veces detestable Academia (escuche):
A los Fruncidos Ceños de la Insurrección:
A los Fervientes de la Opinión Pública:
en fin,
a todos mis camaradas distinguidos yéndose de hocico:
(escuchen):

* Mabel Vargas es Presidenta del Centro de Alumnos de la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la Universidad de Chile.
Gonzalo Rojas es estudiante de Licenciatura en Lenguas Hispanoamericanas, en la misma Facultad.

Poética insurgente

En la búsqueda de antecedentes que nos permitan establecer un diálogo –por cierto, exquisitamente arbitrario– entre algunos sucesos en donde la Historia no se adueña del ser humano (sino que, por el contrario, el ser humano salta, lúdico y furioso, sobre *Ella*), nos encontramos muchas veces ante desembocaduras no muy alentadoras en lo referente a la adopción excesiva de logicismos pragmáticos que, a fin de cuentas, son los llamados a atrofiar la desenvoltura natural de los acontecimientos y los llevan, las más de las veces, al fracaso y al olvido absoluto. Pero nosotros, que somos testarudos y no *entendemos* nunca bien las cosas, hemos querido enfocar a la subversión de tal manera que haga suya a la literatura, para así configurarla una-vez-más en arma caótica y regenerativa; o, si se quiere, (el lector puede aquí abandonar estas letras ilusas), hemos querido jugar con la posibilidad siempre existente del encuentro entre lenguajes diferentes, pero que en la práctica de la insurgencia no difieren mayormente.

Soldar la fractura entre literatura y contexto inmediato, entre escritura y acción, en fin, entre arte y vida, ha sido el infeliz problema de muchos artistas, desde el instante en que éstos dieron cuenta de su exis-

tencia como insignificante ante la muchedumbre hambrienta, no de literatura, sino hambrienta de algo que le permitiera llenar el estómago. Y puesto que (aunque dudamos cada vez más de la significación literal de este escrito) los libros y las pinturas no se comen, la producción del artista, por lo demás nacida casi siempre del vientre mismo de la burguesía, no alcanza transformación alguna si es que se mantienen negadas las posibilidades para su recepción, con lo que sus caminos quedan irrevocablemente cerrados y no trascienden en ningún momento su condición de mera oración pasiva¹. Entonces, cuando la literatura sale a la calle y logra ser vista por una cantidad de individuos a los cuales el recorrido monótono y ofensivo de la realidad imperante los sofoca y oprime, su oración se convierte espontáneamente en acción. Casos de proliferación semejante tenemos bastantes; pero de significación *realmente* explosiva y masiva, muy pocos. Debemos (y queremos) remitirnos inevitablemente a los sucesos franceses tanto del siglo pasado como de éste que ya se acaba, para así intentar conjugarlos con los propios de la revuelta zapatista.



¹ Partiendo de la base de que toda obra artística requiere de un receptor ideal, es evidente que la constitución de tales receptores requiere de condiciones más amplias y mucho más complejas que la sola nutrición. Si, por ejemplo, un escritor pretende que se le lea en un medio alarmantemente analfabetizado, está perdiendo el tiempo. Después de haber comido y alfabetizarse, el receptor puede defecar o escupir sobre la obra, pero no por eso habrá dejado de prestarle algo de atención. Ahora bien, ante la censura y la represión, son ambos entes, el escritor y el receptor, quienes deben intentar romper la cadena odiosa y brutal que entre ellos se interpone, lo cual supone toda una travesía indisoluble que los hace cómplices de una lucha común en la que los roles se movilizan, pasando el lector a ser parte innegable del proceso de producción. Al fin y al cabo es él quien *hace* la obra. Por esto, quienes escri-

ben este comunicado se sentirían igualmente felices si las hojas que lo componen sirven para ser leídas o bien para limpiar la bayoneta de algún insurgente del Ejército Zapatista, allá en la tan lejana y cercana selva Lacandona.



COMUNICADO N° 2.

SOBRE LA LITERATURA DE ACCIÓN Y SUS ANTECEDENTES EN LA HISTORIA

A quienes debemos
nuestra inercia, a nosotros mismos,
estudiantes en la Inmovilidad:

UN PENSAR QUE SE ESTANCA ES UN PENSAR QUE SE PUDRE
(Universidad de la Sorbona, París)

Los jóvenes que en mayo de 1968 colmaron las calles de París, Tlatelolco y Berlín, llevaron a la práctica lo que, un siglo atrás, Jules Michelet llamaba *literatura de acción*, grito cuestionador de toda forma perezosa, blanda y cómoda de arte. Como vemos, es en el siglo diecinueve, — ya sea con los *Chants du Ouvriers* de Pierre Dupont, ya sea con la aparición de Baudelaire en las barricadas, con el fusil al hombro— que se plantea la necesidad de romper con el cerco de la pluma (y de la policía) para derivarla a campos que hacía tiempo clamaban por una consideración en la creación artística. Volvamos, pues, a las palabras de Michelet, quien en el ámbito de las primeras escaramuzas callejeras de 1848 y ante la frustrante inmovilidad del romanticismo, decía: “La pasada generación fue una generación de oradores; que la actual sea de auténticos *productores*, de hombres de *acción*, de trabajo social. Y de acción en muchos sentidos. La literatura, salida de las sombras de la fantasía, tomará cuerpo y realidad, será una *forma de acción*; ya no será más una diversión de algunos individuos o de unos cuantos perezosos, sino la

voz del pueblo que habla al pueblo”², y por tanto, una instancia de lucha comprometida *en muchos sentidos* con la insurrección del ser humano.

Más tarde serán otros como Van Gogh, Lautréamont y Rimbaud quienes trágicamente nos advertirían de la urgente necesidad de cambiar la vida, junto con la poesía. Hacerlas una sola; llevarlas juntas a la conquista de nuevos espacios que consecutivamente amplíen todas las nociones, todo lo existente. Así, en el aplastante y simultáneo siglo veinte, los dadaístas ponían a la existencia por delante de toda poética; existencia en la que “cada hombre debe gritar” de manera contestataria y repulsiva ante la detestable burguesía y (¡ojo!) ante cualquier discurso que, bajo el pretexto de la Rebelión, adopte al dogma como frío medio de lucha. Pero, serán los surrealistas que, consagrando a la imaginación como la suprema rectora de las actividades humanas, y admitiendo al hombre como *un soñador sin remedio*, se comprometería en el campo de la lucha política, con una resuelta postura por la libertad del hombre, tanto en el sentido de conquistar a la muchas veces demasiado pragmática vigilia, como acercar definitivamente las luchas del arte a las luchas populares³. Paul Eluard es quien, en 1936, frente al avistamiento de la

² Jules Michelet, profesor del College de France, sería, por intervención directa del gobierno francés, suspendido de sus funciones como docente. Es preciso hacer notar que en 1835, Victor Hugo en el prólogo a *El Ángel*, ya había escrito: “En el siglo en que vivimos el horizonte del arte se ha ampliado. Hubo un tiempo en el que el poeta decía: el público. Hoy el poeta dice: el pueblo.” [Véase: Mario de Micheli, “Arte y realidad”, en *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, (Madrid, Alianza Forma, 1998).

³ Sin embargo, el surrealismo no siempre atendería en su práctica a la lucha por la verdadera libertad, abrazando muchas veces prácticas tan odiosamente dogmáticas, que, en muchos casos, no queda más que tacharlas de inquisitoriales y estúpidas. El caso más patético es el de Breton quien, adueñado del movimiento, expulsó a varios de los más notables surrealistas como Vitrac y Artaud, cosa de la cual se arrepentiría tardíamente.

embustera y horrorosa segunda guerra mundial, sintetiza de mejor y más bella forma el sentimiento de los poetas agrupados bajo la bandera de la Libertad⁴:

“Ha llegado el tiempo en el que todos los poetas tienen el derecho y el deber de afirmar que se hallan profundamente enraizados en la vida de los demás hombres, en la vida común... Hay una palabra que jamás he oído sin sentir una gran emoción y una gran esperanza; la más grande, la de vencer a las potencias de la ruina y de la muerte que se ciernen sobre los hombres; esta palabra es: fraternización... Los poetas dignos de ese nombre, como los proletarios, se niegan a ser explotados. La poesía verdadera está en todo lo que no se ajusta a esta moral, a una moral que, para mantener su orden y su prestigio, no sabe hacer otra cosa que construir bancos, cuarteles, cárceles, iglesias y prostíbulos. La poesía verdadera está en todo lo que libera al hombre de este bien espantoso, bien que tiene un rostro de muerte. Se halla en la obra de Sade, de Marx o de Picasso, como en la de Rimbaud, Lautréamont o Freud... Puede estar en la fría necesidad, la de conocer o comer mejor, como en el gusto de lo maravilloso. Desde hace más de cien años los poetas descendieron de las cimas en que creían estar y caminaron por las calles, insultaron a sus maestros; ya no tienen dioses, se atrevieron a besar en la boca a la belleza y al amor, aprendieron los cantos de rebelión de la muchedumbre miserable y, sin dar muestras de disgusto, tratan de enseñarle los suyos propios”⁵

PD: El subcomandante insurgente Marcos: “Los cristales son para romperlos... y cruzar al otro lado...”

PD: La camiseta con la foto del Subco... 12.800 pesos. Quien la lleva puesta, de alguna forma, ya tiene precio.

⁴ La declaración de Eluard será aquí citada no en su totalidad, pero sí en gran parte, pues la consideramos fundamental y hermosa.

⁵ Paul Eluard, *Donner a voir*, (París, Gallimard, 1939).





COMUNICADO N° 3.
PARÍS, MAYO DE 1968...
MÉXICO, OCTUBRE DEL MISMO AÑO.
¡ACTUAD!

EL DERECHO DE VIVIR NO SE MENDIGA, SE TOMA
 (Universidad de Nanterre, París)

ESTOS SON LOS AGITADORES: IGNORANCIA, HAMBRE Y MISERIA
 (Lienzo en la *Manifestación del Silencio*,
 México, viernes 13 de septiembre de 1968)

Entonces, llegamos al ámbito de las barricadas de mayo, donde en pocos días la revuelta estudiantil llevó espontáneamente (sin un llamado ni consigna de huelga general) a la paralización de las actividades en casi la totalidad de las fábricas francesas. Las murallas, en vista de ello, se pusieron en constante diálogo con la insurgencia y decidieron enérgicamente correr junto con ella. Así, no sólo la teoría política como concepción de la historia encontraba su lugar en las calles insurrectas del Barrio Latino: la metáfora, bajo una cara desconcertante e impertinente, hacía posible la conexión entre actividad artística y barricada, llegando incluso a adquirir rasgos de autorreflexión y replanteamiento ideológico en el accionar diario de los rebeldes frente al estado policial de De Gaulle. Desde ese punto de vista, *la imaginación llegaba al poder* gracias a un programa esencialmente basado en el lenguaje poético, el cual contribuía aún más –dada su naturaleza de lenguaje “impredecible”– a generar el desorden en las filas enemigas. Una frase como “Desabotónese el cerebro tantas veces como la bragueta” estaba destinada no sólo a un

fin decorativo del movimiento, sino que se abalanzaba provocativamente sobre una lógica acostumbrada a disparar hacia un blanco muchas veces demasiado lógico y demasiado predecible.⁶

Muchas fueron las dificultades a las que los estudiantes parisinos se enfrentaron; a saber: las constantes pugnas, siempre existentes, por el control del movimiento; la expulsión inmediata de la universidad por intervención explícita del Estado; la incompreensión escéptica de un sector no menor de la izquierda francesa, cuyo compromiso con la revolución atiende más bien a un compromiso con la tradición revolucionaria que con la revolución misma; la incompreensión de la ciudadanía francesa, que, contra la creencia mundial y contra el prestigio hipócrita del que goza hasta hoy día, se apegaba a una moral burguesa violentamente excluyente. Sin embargo, y a medida que la subversión dejaba atrás su carácter netamente universitario, la consigna adquiría ribetes casi dionisíacos en donde la falta de una organización *a priori* se hacía incontrollable y, a los ojos del burgués, sumamente peligrosa y desproporcionada, por cuanto no solamente atentaba en contra de sus intereses económicos, sino que además contra toda su limitación lógica y moral: CUANTO MÁS HAGO EL AMOR MÁS GANAS TENGO DE HACER LA REVOLUCIÓN. CUANTO MÁS HAGO LA REVOLUCIÓN MÁS GANAS TENGO DE HACER EL AMOR.

Pese al fracaso de las barricadas, Mayo dejaría como saldo a favor la posibilidad de establecer (a modo de la más surrealista de las experiencias) un contacto sin parangón entre clases (y, por tanto, realidades) supuestamente alejadas una de otra. El estudiante junto al obrero demos-

⁶ Es sabido que el Partido Comunista francés ya había decidido cambiar el rumbo del movimiento; con su dogmatismo característico, lo llevó, bajo la mirada complaciente de muchos, a “aclarar las posiciones como movimiento de lucha organizada”, relegando, en cierto sentido, su factor esencial de sorpresa. Véase: Jean Paul Sartre y Jean Cohn-Bendit, *La imaginación al poder*.

traron su desprecio infinito hacia toda clase de *dirigencia*⁷, dando cuenta, con su mismo fracaso, de una sociedad demasiado aficionada al orden logocéntrico, pero muy poco amiga del ser humano. LA REVOLUCIÓN ES INCREÍBLE PORQUE ES VERDADERA, y derivará en los años posteriores en distintas vertientes inauditas. Una de ellas ocurriría, con un final aún más sucio y vil, meses más tarde en las narices mismas del imperialismo.

México, de hecho, sería el escenario que albergaría a la revuelta estudiantil que, a partir de julio del 68, tomaría a las calles como espacio natural de acción. Aquí, sin embargo, alcanzaría una proporción masiva gracias: primero, a los distintos procesos revolucionarios que hacía años venían ocupando un espacio central en América Latina y que, con distintos matices, tenían en el estudiantado a un aliado hasta ese entonces –salvo casos excepcionales– demasiado *espectador*; y segundo, al descontento de todo un pueblo cuya reforma agraria prácticamente consistía en un negociado más de las altas esferas, de las cuales no estaban ajenos los partidos “representativos” de la masa popular como es el caso del PRI, verdadera institucionalización de las fuerzas revolucionarias. A diferencia de los jóvenes de París, la insurgencia mexicana obtendría –como lo que ahora vemos con respecto al Ejército Zapatista– el temprano apoyo y simpatía de la ciudadanía, en vista de lo cual surgían distintos frentes activos en donde los obreros, las madres, los campesinos (cuya principal fuerza la constituyen los indígenas), e incluso los ferroviarios –que en 1958 no habían obtenido el respaldo necesario del pueblo–, ampliaban

la *realidad insurrecta*, haciéndola capaz de oponer triunfal batalla en contra de los “granaderos” rastreros del Gobierno Mexicano⁸. Se levantaba “por primera vez después de cuarenta años una multitud de ciudadanos conscientes de sus derechos; una multitud indignada...” agolpada en el Zócalo de manera imponente y espontánea.

Los acontecimientos posteriores a la triste noche de la matanza de



⁷ Son las palabras de Rudi Dutschke ante los críticos “de izquierda” en el artículo cuarto de la Carta de la Convención Nacional de las Universidades Francesas, mayo del 68: “Comprenden el peligro –que puede ser mortal– que va a correr el sistema capitalista en decadencia si conseguimos despertar, mediante una dialéctica cada vez más eficaz de clarificación y de la acción, la espontaneidad que los partidos han sofocado a las masas”. Véase: Julio Cortázar, *Último Round Tomo Y*, (México, Siglo Veintiuno Editores, 1972).

⁸ Los *granaderos* son los soldados encargados de la represión callejera en México, responsables directos, junto con el siniestro “Batallón Olimpia”, de la matanza del 18 de septiembre y del 3 de octubre, sin mencionar las constantes invasiones a la Ciudad Universitaria. Véase: Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, (México, Ediciones Era, 1997).



Tlatelolco, firmarían la trágica derrota del pueblo mexicano y darían clara muestra de la brutalidad habitual de los organismos encargados de resguardar el orden y la propiedad privada. Casos como aquellos veríamos después en diferentes puntos del continente hasta hoy en día (nunca está de más decirlo); pero, en contrapartida, anunciarán a las fuerzas de la Insurrección que el campo mejor provisto para su lucha no es otro que aquel que, dada su insoportable condición de miseria extrema, ya no le teme a la muerte, eliminando así la disyuntiva entre morir de hambre o morir *haciendo algo* para cambiar el hambre. Y ese campo, en México, dio el toque de alarma hace ya más de cinco años; no en la calle, sino en la selva. El EZLN, para nosotros –es decir, desde una perspectiva occidental– mantiene para sí, o mejor dicho, se configura desde y para la lucha milenaria indígena, resucitada y organizada. Detrás de Marcos está el cuadro de una insurgencia hasta ahora viva, pero viva porque sabe de la muerte y del sacrificio.

PD: Viva porque sabe que su enemigo está muerto, está solo. Lo sabe y lo dice.

PD: *Es necesaria
una cierta dosis de ternura,
Pero a veces no basta
con una cierta dosis de ternura,
Y hace falta,
Y hace falta,
Una cierta dosis de plomo
Para quitar de en medio
A tanto hijo de puta.*

(Letra de una salsa bailada en la “Fiesta de la Realidad”, celebrada por los zapatistas en el 2º aniversario del levantamiento).

BREVE Y NECESARIO MANIFIESTO:

Vamos construyendo un trabajo que, como el lector ha podido seguramente advertir, no está ajeno a la pasión de quienes emiten estos comunicados. Manifestamos desde ya que sus frutos, sean de la condición que sean, estarán impregnados de admiración hacia la revuelta zapatista. Hemos dicho.



COMUNICADO N° 4. SOBRE LA UTILIZACIÓN DEL LENGUAJE POÉTICO EN LA INSURGENCIA ZAPATISTA.

...Debéis saber que este armado caballero ha derrotado a gigantes
disfrazados de molinos de vientos,
que a su vez se disfrazaban de helicópteros artillados...
debéis saber que soy andante caballero,
pero más mexicano que el fracaso de la economía neoliberal...
Don Durito de la Lacandona.

En el caso de Chiapas, si bien el movimiento insurgente posee un carácter aparentemente distinto, podemos constatar la coexistencia de la subversión con la literatura en un sentido de alimentación constante y recíproca. Así, por ejemplo, la actualización de lo que occidentalmente llamamos *Poesía Maya* se hace presente de manera más que regular en las reuniones públicas de las comunidades indígenas insurgentes. Pero, sin duda, lo que aparece como más desconcertante, son los comunicados del EZLN dirigidos al pueblo mexicano y “a los pueblos y gobiernos del mundo”⁹ bajo las formas discursivas propias de la literatura. Imaginarse el rostro de los asesores de Gobierno y las FF.AA. ante un papel en donde se habla de las dimensiones quijotescas de la insurgencia zapatista, no puede provocar sino la simpatía y la admiración hacia la pro-

puesta revolucionaria –en el fondo y en la forma– de las “sombras invisibles” habitantes de la Lacandona.

Un grupo armado que, debido a la miseria de la cual se ve rodeado, reacciona y pone en jaque no solamente a un determinado gobierno, sino a todo un conjunto de procesos avasalladores de la cual es indefectiblemente una parte, se constituye doblemente contestatario en la medida en que supone, para su lucha, el conocimiento de su lenguaje y sus múltiples combinaciones, así como el uso de ese mismo lenguaje para la comunicación y desestabilización del otro.

Y ese otro se ve de pronto frente a un subcomandante metafórico que en su discurso incurre en diálogo con su propia conciencia, cuya sublevada caracterización se hace a partir de la tradición literaria y no desde la tradición política.

Por esto, a través de la noción siempre nueva de literatura en cuanto lenguaje intrínsecamente desconcertante y conspiratorio, podemos hablar de un movimiento realmente cuestionador tanto del otro como de sí mismo. En definitiva, una concepción antidogmática que pone en constante revisión los medios ocultos y visibles de su *poética*, entendiendo a ésta como la eclosión y florecimiento naturales de una estrategia espontáneamente avasalladora que desde la palabra lanza, sin mediación alguna –salvo la *suya propia*–, un grito directo y desestabilizador del poder central, en virtud del discurso y la *acción* marginal.

Es ahí cuando la simultaneidad torna una ofensiva fría y calculable en una insurrección rupturista compleja; es ahí donde es posible dar vuelta el globo y ponernos de cabeza a todos; es ahí donde la periferia se transforma de *única* en caleidoscópica; es decir, de disparo aislado y monótonamente tan poco arriesgado, en una ráfaga incontrolable con multiplicidad de sentidos, capaz de poner en aprietos tanto al aparato regular del poder, como al correcto ciudadano pasivo de la calle.

⁹ Véase: EZLN, *Documentos y comunicados 2*, (México, Colección Problemas de México, 1995).

P.D. 1: Este discurso está trasnochado, recontra vapuleado y, demás está decirlo, más vivo que la Selva misma. Por tanto, dichosos aquellos que



vomitan muerte después de su lectura. A ellos, vayan unas cuantas caricias de desinstrucción.

P.D. 2: Se da por iniciado el compromiso de no cese del fuego en cualquiera de los frentes... ¡Biban los que asen hesta rebolusion! ¡BIBAN!

LA ORTOGRAFÍA ES UNA MANDARINA
(Universidad de la Sorbona, París)

P.D. 3: y no lo olviden:

EXAGERAR: ÉSA ES EL ARMA.
(Inscripción en la Facultad de Letras de París, mayo de 1968)



COMUNICADO N° 5.

QUE AVANZA HACIA LA SELVA LACANDONA

*Toda luna, todo año, todo día, todo viento,
camina y pasa también.*

*Toda sangre llega al lugar de su quietud,
como llega a su poder y a su trono.*

Kahalay de la Conquista, del *Chilam Balam*

La palabra indígena resuena sospechosamente marginal. Tal desconfianza no hace más que develar la infinita estrechez sobre la que se construye el entendimiento occidental. Somos así de pequeños. Lo que no alcanzamos a comprender en la inmediatez lo sentimos incómodo, aquello que no nos calza –en el más estricto sentido de la palabra– se intuye rápidamente como algo ajeno, otro; la mirada de Colón nunca más se fue de estas tierras.

Tan difícil nos resulta escuchar la palabra tierra o agua.

La tierra está para ser pavimentada, el agua para envasarse y aquello que habita en la tierra o en el agua será tema de otro cantar.

Otro cantar. Cantar indígena.

Eso que denominamos Literatura Maya y de lo cual poco conocemos –será porque poco es lo que abarca la palabra Literatura, que en nuestros pueblos se extendía más allá del inexistente papel, más allá de los límites de la boca, de la mano, del cuerpo–, se refiere a distintas expresiones que vemos materializarse desde su tradición oral en distintos textos que fueron posteriormente transcritos y muchas veces mediatisados –manoseados– por los cronistas y estudiosos que se dieron la tarea de rescatar el material.

Esta Literatura posee varias características que resultan casi curiosas para nuestra mirada occidental. Entre ellas debemos mencionar que da cuenta de las grandes cosmogonías de los pueblos mayas, la fundación del universo y la aparición del hombre (el caso más representativo es el texto del *Popol Vuh*). En otros casos cumple con distintas funciones sociales, por ejemplo, a través de cantares. Tal práctica pone nuevamente en problemas el intento de clasificar y/o delimitar a la *literatura indígena* puesto que, evidentemente, tal concepción proviene de *nosotros* y resulta insuficiente para entender lo que *ellos* hacían del lenguaje. Finalmente, encontramos otro rasgo que sería suficiente para confirmar nuestra sospecha inicial sobre tales prácticas como de alta peligrosidad: no se manifiesta una separación clara entre mito-historia-religión.

En este punto la oscuridad invade nuestras cabezas. La historia del pensamiento occidental no es más que el constante intento epistemológico de ordenar y dividirlo TODO. He aquí el problema: si nosotros hemos llegado a través de grandes trabajos al notable y orgulloso resultado de clasificar casi todo lo que en este mundo –y en otros– hay, no podemos más que mirar como mero primitivismo a quienes descaradamente se han dado el lujo de no separar agua de fuego, cielo de tierra, hombre de naturaleza, etc., etc.

Y encima cantan.

Escuchar la palabra indígena, sea en sus textos fundacionales como el *Popol Vuh* o el *Chilam Balam*, o bien si leemos la poesía indígena actual –que como tal se declara– implica un *diálogo* que no se dirige a un solo individuo, ni siquiera a varios, su sentido habla en dirección de TODO, de todo ser, de todo tiempo, de todo espacio. Los límites se encuentran más allá de mí mismo. Es por ello que resulta tan desconcertante y nos provoca un estupor que hace quinientos años nos hace rehuir el tema.

Esa palabra tan extraña, tan otra, es justamente el factor que más desquició las cabezas del mundo entero cuando emergió la nueva figura de un zapatista que hablaba raro...

El desconcierto también lo vivió Marcos en un primer contacto con la cultura indígena: “El manejo del lenguaje que hacen ellos, la descrip-

ción de la realidad, de su realidad, de su mundo, tiene mucho de elementos poéticos. Eso como que removió la trayectoria cultural normal o tradicional que traía yo en literatura y empezó a producir esa mezcla que asomó en los comunicados del EZLN del 94. Era un poco como estarse debatiendo entre las raíces indígenas de un movimiento y el elemento urbano”.

Y más adelante agrega:

“Nosotros advertíamos que la concepción política de lo que el EZLN era entonces chocaba con la concepción política de las comunidades indígenas y se modificaba. También hubo efectos en el quehacer cultural del EZLN, que tenía una vida cultural bastante intensa para una unidad guerrillera. No sólo nos enfrentamos con las lenguas indígenas, sino también con su manejo y con la forma de apropiación del español. Los indígenas no se apropian de conceptos, sino de palabras, y traducen su visión con un manejo del lenguaje muy rico, como decir *está triste mi corazón por me siento mal*, o decir *me duele el corazón* y señalarse la panza, que está cerca. De pronto alguien se enfermaba y decía *me voy a morir* y al principio uno pensaba que, en efecto, se iba a morir; y cuando se lo revisaba no era más que un dolor abdominal. Pero así se sentía. Nos encontrábamos con que los indígenas manejaban el lenguaje con mucho apego al significado de las cosas y al uso de imágenes también. Teníamos que aprender ese otro manejo del lenguaje para poder comunicarnos con ellos, y ellos con nosotros, lo que empezó a producir efectos en nuestra forma de hablar. Y de escribir. Llegó un momento en que estábamos hablando *chueco*, como decíamos nosotros, a veces anteponiendo un adjetivo, otras no nombrando una cosa sino aludiéndola como una imagen, y sucedió que así cuajó nuestro modo, el modo de hablar de los zapatistas, y eso nos hizo perfectamente identificables.”¹⁰

¹⁰ Fragmento extraído de una entrevista realizada al subcomandante Marcos por Juan Gelman, publicada en la revista *Brecha*, el jueves 18 de abril de 1996.



COMUNICADO N° 6. PARA MUESTRA UN BOTÓN...

Para todos aquellos incrédulos de esta cultura occidental que necesita ver para creer. Para los que con impaciencia esperan algo más poético, ahí va un comunicado de abril del 1995 directamente desde la Selva.

Al semanario nacional *Proceso*:
Al periódico nacional *El financiero*:
Al periódico nacional *La Jornada*:
Al periódico local de San Cristóbal de las Casas, *Tiempo*:

Señores:

Van carta y comunicado que confirman encuentros esperados (me imagino que, cuando llegue ésta a sus manos, ya estarán por realizarse). Finalmente, el supremo rechazó nuestra propuesta de una sede más atractiva. Nosotros estamos claros que, como corresponde a un buen pensamiento, el ezetaelene debe dar muestras de flexibilidad y razonamiento frente a la tozudez del gobierno, por eso presentamos una nueva propuesta que, estábamos seguros, sería del agrado de más de uno:

- a] Fecha: 10 de abril de 1995, en horas de la tarde.
- b] Lugar: Hacienda de Chinameca, Morelos.
- c] Punto único de la agenda: Historia de México.

Sólo habríamos puesto tres condiciones:

1. Que las fuerzas gubernamentales no disparen a la cara. Esto es porque luego es un problema identificar los cadáveres y para que las

fotos de rigor no presenten una imagen de barbarismo e irracionalidad de nuestro país. Esto último es muy importante, sobre todo ahora que, para saber lo que ocurre con el gobierno mexicano, hay que leer *Newsweek*, *New York Times*, *Washington Post* y otras conocidas publicaciones de amplia distribución nacional (en los iueséis).

2. Que la orden de fuego la den los legisladores de la llamada "Comcopa" (que, como todos saben, quiere decir "Comisión de Contubernio y Parafernalia"), para que así quede claro su papel de pacificadores.

3. Que, consumado todo, el coreógrafo de la Cámara de Diputados, Roque Villanueva, deleite al respetable con esa fina expresión corporal que sirve para expresar el júbilo por las medidas populares y nacionalistas.

No sé por qué razón el supremo rechazó la propuesta. ¿No era buena?

Vale. Salud y un salvavidas (para las vacaciones y para la crisis).

Desde las montañas del sureste mexicano
Subcomandante insurgente Marcos

P.D. que, decidida, sale al ruedo. Sigo sin poder bajarme de la ceiba. La luna es un toro de plateada ornamenta y, con un par de afilados pitones, embiste al oriente. Yo pienso que, no siendo guerrillero, torero fuera. Pretendo entonces tomar la noche como negro capote, pero tiene tantos agujeros semejando estrellas que desisto de mi intento. Me quito del cuello el descolorido paliacate, ya más marrón que rojo, y lo despliego con una elegancia que ya quisiera Sánchez Mejía. Grillos y cocuyos llenan el tendido de la sombra, el sol está vacío por obvias circunstancias. Yo me dirijo al centro de la plaza que, como es el centro de la copa de la ceiba, es más seguro y queda a unos pasos. Cito a la luna intentando unas "media verónica". La luna-toro se sigue de largo. Es inexplicable que no perciba a tan gallardo torero. Cito de nuevo, el público está impaciente y una martucha bosteza con fastidio. Nada, apenas una luciérnaga embiste zigzagueante. Un muletazo untado en la cintura no consigue

arrancar del respetable nada que no sea el continuo aserrar de los grillos. El toro lunático sigue adelante sin voltear siquiera. Yo me siento en un rincón y suspiro con tristeza. Lo que es a mí, ni las mujeres ni las lunas me hacen caso...

Durito ha subido también a la copa de la ceiba, extrañado de mi tardanza. Tan pronto se acomoda, le informo rápidamente de la situación. Durito opina que es más fácil torear cometas, salen de donde menos se espera uno y son enjundiosos como toro de miura. La luna siempre tiende a un mismo derrotero y, aunque esto facilita el estoque final, no permite mucho el lucimiento del traje de luces y el respetable tiende a aburrirse soberanamente...

Yo le doy la razón y la muleta. Durito quiere enseñarme unos pases que, dice, le enseñó Federico García Lorca. Ami pregunta de si los escarabajos también torear, Durito responde que uno debe saber de todo y que el toreo es como la política, aunque en ésta los toros salen bastante mañosos y traicioneros. "Es más, a mí me decían 'Durito El Camborio' y lo que otros no envidiaban, ya lo envidiaban en mí", dice. En ésas estamos cuando escuchamos voces al pie de la ceiba.

–Es woyo –dice Camilo.

–No, es tejón, el "andasolo" –dice mi otro yo.

–Mira si lo afocas para tirarle –instruye Camilo a mi otro yo, mientras carga el arma.

Yo me quedo inmóvil, fumando. Mis lances toreriles deberán esperar, para mostrar su gracia, mejores ocasiones y públicos menos beligerantes. Durito suspira en tono flamenco pues no hay trigo en los tendidos. Abajo se aburren y se van...

La luna termina por embestir el horizonte, justo en la oscura muleta de una montaña.

De reojo mira la luna al sup. Él está enjugándose la cara con el capote. Ya no supo si lloraba...

P.D. que, aunque no os deis cuenta, encierra un misterio (encantador como todos los misterios). "Éste es el lugar, ¡oh cielos!, que disputo y



escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. Éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán a la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asenderado corazón padece. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una lengua ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! ¡Oh vosotras, napeas y dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes: así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis a lamentar mi desventura, o, a lo menos, no os canséis de oílla! ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella



de mi ventura, así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe! ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad: dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia! ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en más prósperos y adversos sucesos: toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello!”¹¹

Durito ha dicho todo de corrido y con notable entonación. De pie sobre una piedrita, y enarbolando en la diestra mano una ramita que, según supe luego, era una espada, Durito ha volteado a mirarme cuando dijo aquello de “¡Oh tú, escudero mío, agradable etcétera!”. Yo volteo a mis espaldas por ver si se refiere a alguien más, pero no hay nadie.

–Sí, tú –dice Durito señalándome con su ramita. Tú serás mi escudero.

–¿Yo? –digo visiblemente sorprendido.

Durito no hace caso de mi pregunta y sigue:

–Además no es una ramita... Es una espada... la única, la mejor... ¡Excalibur! –dice blandiendo la ramita.

–Creo que se te están confundiendo los tiempos y las novelas –le digo. El inicio de tu discurso se parece demasiado a una parte del Quijote de la Mancha y Excalibur era la espada del Rey Arturo– quedé titubeando de esto último y trataba de recordar el video que tenía la Eva y que se llamaba *La espada en la piedra*. Durito aprovechó mi silencio para arremeter:

–¡A callar bellaco! ¿Acaso ignoráis que la naturaleza imita al arte?

¹¹ Miguel de Cervantes y Saavedra, *Aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, capítulo XXV. “Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros”.

¡Qué importa si Alonso Quijano o el paje Arturo! Ahora es... ¡Don Durito de La Lacandona!

Yo me reí.

–¿De qué os reís, oh gente soez e ignorante? –reprocha y amenaza Durito.

–De nada –le digo, conciliador. Me estaba acordando que los expedientes de la PGR no encuentran ni la selva chiapaneca, menos van a encontrar a los asesinos de LDC, JFRM y el cardenal Posadas –dice con desprecio Durito.

–Bueno, pero ¿qué te dio por hacerte caballero andante? –le pregunto sentándome y teniendo cuidado de no acercarme demasiado a “Excalibur”. Durito se sienta también, suelta un suspiro quijotesco, y dice como en lamento:

–¡Ah mi ignorante escudero, una mujer es la culpa de mi desvarío, herida en mi costado, razón de mi desvelo, causa de mi pena, y responsable de mi desventura!

Durito no me deja protestar por lo de “ignorante” ni por lo de “escudero”, y sigue su triste desahogo:

–Es bueno que yo os platique mi tragedia para que aprenda así vuestro corazón a andarse con tiento y cuidado en la escabrosa senda del amor. Ved que no es por gusto que mis pasos me han traído a parajes tan lejanos, donde la soledad hiere como un afilado cuchillo y el silencio oprime a hombres y a cielos. Sabed bien, mi escuálido escudero, que es ley divina que un gallardo caballero andante, triste vague por el mundo y por la vida, y muera suspirando por alguna Doña ausente que, criminal adorable, le ha robado, con tan sólo una mirada, el entendimiento todo. ¡Ah pero que mirada! ¡Un relámpago en el sol de abril! ¡Una estrella rota en mitad del día! ¡Un diamante que flota y mata! ¡Un mar todo olas y coral! ¡Un deseo que mirando habla! ¡Un mudo suplicar del ansia!

Yo lo conmino a terminar de una vez la historia:

–Más vale que te apures porque ya llevamos varias páginas y no va a haber periódico que publique esto. De por sí dicen que sólo uso de pretexto los comunicados para mandar lo que se me ocurre...

–A fe mía que tenéis razón y verdad hay en vuestras palabras. Certeza tengo de que no habrá periódico ni libro ni enciclopedia que abarcar pueda todas las venturas y desventuras que, por mal de amores, he padecido. ¡Ni la biblioteca del *Aguascalientes* bastaría para tan grande y dolorido amor que en mi pecho duele! –dice Durito con voz quebrada.

–De la biblioteca del *Aguascalientes* ni te preocupes, ésa ya la tienen en la PGR –le digo para consolarlo.

–Harto bien me parece. Así será que aprendan algo de geografía y de ortografía esos bellacos y mandrines –dice Durito guardando su espada y caminando hacia su hojita. La noche ya cerró todos los rincones y una de esas lluvias con las que marzo salpica a abril se siente en la humedad del viento. Desconcertado pregunto:

–¿No vas a seguir la historia?

–Es inútil, no hay palabras suficientes que puedan llenarse de tanto dolor y pena tanta- dice Durito mientras se cubre con su hojita. Antes de taparse completamente me dice:

–No olvidéis tener listas las monturas. Mañana partiremos con el alba, como es ley que cabalguen los caballeros andantes. de madrugada, para que el brillo de nuestras armas apene al sol cuando ose enfrentárenos y sea, así, menos fiero.

Durito lanza un último suspiro y calla. Yo me quedo sentado, dispuesto a velar el sueño de mi amo, el valeroso caballero “Don Durito de La Lacandona”. Estoy decidido a defender su noble sueño ante cualquier adversidad. Monstruos y gigantes no osarán perturbar tan hidalgo reposo. Hasta me he conseguido una rama que, con un poco de imaginación, semeja una lanza temible. Empieza a llover y, como todo escudero que se precie de serlo, abandono guardia y amo, corro y me refugio en mi techo. Ya se empieza a llegar la madrugada con su frío abrazo y no deja de llover...

Yo no duermo. No he podido resolver dónde diablos voy a encontrar las monturas sobre las que habremos de cabalgar mañana.

P.D. que, colgada de un cairel rojizo, murmura al oído disculpas (pues

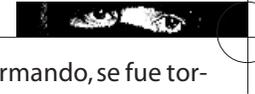
Baudelaire fue tomado preso por la PGR y no ha sido presentado), y ofrece a cambio, que...

*En dulcísimos conceptos,
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna
de muchas otras envidiada,
serás por mí levantada
sobre el cerco de la luna.*

Miguel de Cervantes Saavedra

El sup en mitad del ruedo esperando, paciente, a que el reloj marque las cinco de la tarde...





COMUNICADO N° 7. PARA DESPEJAR LAS DUDAS.

A los dogmadictos, a los cuadrados,
a los nietos de la Poesía con mayúscula,
a nosotros, de nuevo.

A los hechos nos remitimos. Sin ningún titubeo afirmamos que estamos frente a un nuevo tipo de discurso. O tal vez debiéramos decir un nuevo orden de discurso. Es uno que utiliza armas propias, que crea sus recursos textuales a partir de materiales recogidos en tierras propias. El zapatismo se inventa a sí mismo sin falsas modestias y sin mayor pretensión que hablar con la verdad. Con su verdad. No hay ideologías ocultas pero sí mensajes que entender.

El zapatismo se diferencia de otros grupos subversivos en que se presenta reconociéndose en características propias. De la misma forma en que no niega su estrecho y principal vínculo a estructuras lógicas que son más bien pertenecientes al mundo indígena, también se reconoce nacido desde medios *burgueses*, o que hasta este momento pertenecían al elítico mundo de la intelectualidad, nos referimos a la visión que mantienen respecto de la *cultura*. El zapatismo se reapropia del espacio literario, que en los grupos de izquierda se había limitado al discurso contestatario directo, aquel que se entendía como revolucionario: "La poesía que frecuentábamos nosotros era la que se consideraba poesía social o de compromiso. Que es la que nos gustaba, porque estábamos en eso. O la más lejana de los clásicos como Shakespeare, eso sí. Pero de la poesía contemporánea sólo la que tenía contenido social; la que no, nos parecía que no servía, que era contrarrevolucionaria, pequeñoburguesa, etcétera...!"

Evidentemente este pensamiento se fue transformando, se fue torciendo y por tanto agrietando. Aquello que comenzaba a cuestionar los límites del pensamiento dogmático era precisamente el contacto directo, en un largo período de tiempo, con los pueblos indígenas. Los lenguajes y sus contenidos se fueron infiltrando hasta conformar una IDENTIDAD PROPIA que reconoce en la vieja izquierda a sus padres, pero de los cuales ya no tiene necesidad de depender.

En nuestra opinión este proceso es bastante similar –y mucho más positivo– al que se vivió entre Europa y Latinoamérica con la llegada de los españoles y que pronto confluía en el discurso que entendemos por *barroco*. Aquellos que desde el espacio urbano llegaron a la selva para cambiar el mundo fueron transformados y deformados por la propia realidad que los superaba. Hablar de marxismo no les servía de nada, la palabra *revolución* hasta ese momento sólo aparecía en algunos pocos libros de texto y el Che Guevara jamás aprendió a hablar tzotzil.

Al comparar el fenómeno con el desarrollo zapatista, no es sólo pensando en que finalmente resulte un discurso distinto por su originalidad y su sentido de identidad, es también aquello que Mabel Moraña denomina como *fenómeno de retorno* donde un grupo de hombres provenientes de la izquierda tradicional termina parodiándose a sí mismos y centrandolo en *leit motiv* en aspectos mucho más concretos que el mero discurso dogmático: el hambre y la falta de libertad.

Sigue vivo, pues, el zapatismo. Existencia con simultaneidad de rostros impredecibles que se subvierte en forma constante no sólo con las ráfagas de las AK-47, sino también con la palabra, que es su dicha de saberse nuevos en un momento en donde todo parece viejo. Nunca la metáfora fue tan rebelde; se esconde y se le escapa al poder; se eleva y se entierra en el lodo; SE DETIENE Y DICE: YA NO SOY SOLO TINTA; SOY ARMA DE GUERRA (Y NO ME VEN).

POSTDATA.***DONDE EL SUB EXPLICA QUÉ HACEN
LOS ZAPATISTAS EN ESTAS PÁGINAS.*****Que se quiten los pantalones**

Ustedes han señalado que el objetivo del pasamontañas no es tanto el de la conspiración, que no se debe tanto a la necesidad de ocultar nombres y rostros, como a poner en evidencia, de modo simbólico, que los que se alzan son los sin rostro, los que nunca han tenido ni nombre ni importancia para nadie en este país. Hoy, mucho después, ya importan, ya se sabe de su existencia, ya preocupan. ¿No se han ganado el derecho a desprenderse de la máscara, del anonimato forzado?

“No. Es que el pasamontañas no sólo refleja el estar sin rostro de los indígenas del sureste mexicano, sino el estar sin rostro del pueblo de México. Por otra parte, casi desde un comienzo el pasamontañas dejó de ser un recurso de seguridad para convertirse en un símbolo, como el mismo uniforme, un distintivo, como el paliacate rojo, pues. Quien lleva el paliacate es como que dijera ‘yo soy de ellos, aunque no tenga arma yo soy igual que ellos’. De una u otra forma, para todos, desde el primero de enero del 94, y para nosotros desde que nació, o sea desde 1993, el EZLN se rige por paradojas porque, fíjate que, como dices, ya todos nos ven, pero qué paradójico es que el EZLN, para mostrarse tenga que taparse el rostro con un pasamontañas y que para esconderse se lo quite. Eso es lo que desespera a los soldados. Dicen: ‘es que no podemos pelear contra ellos porque llegamos y se quitan el pasamontañas y son igual que cualquier gente, chaparritos, prietitos, no los podemos reconocer’. Nos escondemos cuando nos quitamos el pasamontañas y cuando nos mostramos es cuando nos cubrimos el rostro. Es una paradoja que es real y es la que desesperó a los militares en febrero. Y la lucha del gobier-

no porque nos quitemos el pasamontañas es eso, ellos dicen que sin pasamontañas sí nos pueden pegar, ‘tenemos que quitarles ese símbolo’, dicen. Entonces, cuando hacen la ley del diálogo, y consiguen que nos sentemos a hablar sin armas, no pueden conseguir que nos sentemos sin máscaras. Ahí se dan cuenta que el símbolo fuerte no es el arma sino el pasamontañas y sería absurdo que nos exigieran que nos quitemos el pasamontañas para hablar con ellos, porque nosotros podríamos decirles ‘bueno, yo me quito el pasamontañas pero tú quítate los pantalones’. Y ellos dirán ‘no, es que yo quiero que te quites el pasamontañas para saber quién eres’ y nosotros contestaríamos, ‘y yo quiero que te quites los pantalones por lo mismo’. Además, los servicios de inteligencia del gobierno se precian de saber quiénes somos, entonces, para qué quieren que nos lo quitemos.”¹²

Nota: Fotografías de Emiliano Thibaut en el libro de Thibaut y D. Tótoro «Zapatistas», Liberarte, Argentina, 1996.

¹² TÓTORO Taulis, Dauno. “La palabra desnuda”, *Punto Final*, 30(355):18, 12 al 25 de noviembre de 1995.

MEGAPOSTDATA

América Latina está embarazada de un niño pantagruélico que comenzó a gestarse en las guerras de la Independencia y que aún no ha logrado nacer.

Julio Cortázar, *Policritica a la hora de los chacales*

La vida es difícil, sabe usted, y hay que ganársela. Desgraciadamente hay que cumplir la orden porque si damos un paso atrás nos matan a lo tarugo nuestros propios compañeros.

Un sargento del 19 batallón de Infantería del Ejército Mexicano

¡Es triste tener que morir tan joven! ¡Si no te hubieras metido de agitador, ahorita estarías libre y tranquilo!

Un oficial.

No es que justifique la violencia, pero si ésta es utilizada en defensa propia en contra de la policía, ya no la llamo violencia; la llamo inteligencia...

Malcom X

Arma. En esta arma va nuestro corazón guerrero. Es nuestra dignidad la que nos obliga a tomar las armas para que nadie tenga que tomarlas nunca más... Esta es el arma de la paz. Recuerda siempre que nuestra lucha es por la paz.

Comandante Tacho, EZLN

*Rompimos el cerco,
y cuando salimos gritamos
¡Viva Zapata!
y cuando salimos gritamos
¡Viva Zapata!*

**Fragmento de La Toma de Ocosingo,
canción zapatista interpretada por una patrulla de insurgentes.**

La libertad ajena amplía mi libertad al infinito.

Bakunin

Vayan estos comunicados para todos los miembros el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Con la esperanza de buenas nuevas, nos despedimos.

***Desde las calles de Santiago de Chile,
Mabel Vargas, Gonzalo Rojas.***

**ESTE ENSAYO ESTÁ DEDICADO
A LA MEMORIA
DE DANIEL MENCO**



